



CORAZÓN DE
SAL Y MAR

ATRAPADA

Penélope Ember

CORAZÓN DE SAL Y MAR

ATRAPADA

Penélope Ember

Capítulo 1

El ático de mi abuela es un laberinto de recuerdos y objetos olvidados. Entre las telarañas y el polvo que se arremolinan a mi alrededor, busco las cajas que me ha pedido que baje. Mis manos, protegidas por guantes desgastados, hurgan entre la maraña de antigüedades, sintiendo la textura áspera de la madera y el metal oxidado.

De pronto, un destello metálico llama mi atención. Un cofre antiguo, cubierto por una capa de polvo que parece susurrar historias olvidadas, se encuentra escondido en un rincón. La curiosidad me pica como un insecto insistente y me acerco a él con cautela. Mis dedos rozan la superficie fría y rugosa, imaginando las manos que lo han abierto y cerrado a lo largo de los años.

Con un crujido que resuena en el silencio del ático, abro el cofre.

En su interior, encuentro una brújula antigua. Su grabado es extraño, no consigo descifrar su significado, y su aguja gira locamente, desafiando las leyes de la física. Un escalofrío recorre mi espalda, una inexplicable sensación de inquietud.

Cierro el cofre con cuidado y lo bajo junto al resto de las cajas. La voz de mi abuela me devuelve al presente.

—¡Aquí están! —exclama mientras deposito las cajas a sus pies.

Sin embargo, mi mente sigue atrapada por la brújula. La saco del cofre y la observo con fascinación. De repente, la aguja se detiene en seco.

—Creo que esto servirá... —dice mi abuela entrando en la cocina.

Pero cuando me mira, sus palabras se cortan en seco y su rostro se transforma en una máscara de horror.

—¡Eleanor! —exclama, corriendo hacia mí justo cuando la aguja de la brújula vuelve a girar frenéticamente, su rostro surcado por una repentina urgencia— ¡El manantial! ¡En la isla Media Luna!

Antes de que pueda responder, una luz cegadora me envuelve. El mundo a mi alrededor se distorsiona, se convierte en un torbellino de colores y sonidos. La brújula cae de mis manos, perdida en la vorágine.

Cuando la luz se disipa, me encuentro en un lugar completamente diferente. La tierra firme bajo mis pies es reemplazada por la arena dorada de una playa. El sol brilla con fuerza en el cielo azul, y el sonido de las olas rompiendo contra la costa es como una sinfonía a mis oídos.

Parpadeo varias veces, desorientada y confundida. ¿Qué ha pasado? ¿Mi abuela acaba de desaparecer? Pero no solo ella, la casa, la ciudad... ¡todo!

Miro la brújula que ahora yace en el suelo, a escasos metros de distancia. Ahora la aguja está completamente quieta. Asimilo lo que acaba de ocurrir, cómo ha ocurrido. Cuando he tocado la brújula... ¿me he... transportado? ¿A dónde? Miro a mi alrededor, no hay más que playa.

¿Es esto siquiera real? No, es imposible. Debo de estar soñando. Pero la textura de la arena bajo mis pies, el calor del sol en mi piel, el sonido del mar en mis oídos... todo es tan real.

Sin embargo, no me da tiempo a pensar en ello antes de que alguien aparezca a mi espalda. Es un hombre altísimo, con grandes músculos que parecen esculpidos en granito. Su cabello negro le cae a la altura de los hombros, desordenado por el viento y la furia que se refleja en su rostro curtido por el sol. Su ropa es como sacada de un cuento de piratas: pantalones de cuero ajustados que resaltan sus muslos poderosos y una camisa blanca fina que deja entrever un collar adornado

con una moneda de oro.

No me da tiempo a fijarme en mucho más, pues su mirada airada se lleva toda mi atención.

—¡Tú! —exclama con voz profunda y ronca, señalándome con el dedo índice antes de echar a andar hacia mí con zancadas largas y decididas.

Mi instinto de supervivencia, que ni siquiera sabía que tenía, me dice que eche a correr en dirección contraria. Y eso hago. Salgo por patas y me lanzo sobre la brújula con la esperanza de que me lleve de nuevo al lugar de donde he venido. Pero no ocurre, y el hombre me alcanza con una facilidad pasmosa.

Antes de poder darme cuenta, estoy entre sus brazos. Me sujeta con una fuerza bruta que me hace temblar y me mira con una expresión de ira contenida que hace que todo mi cuerpo se tense. Sus ojos, de un color gris como una tormenta, me perforan como si quisieran leer mi alma.

Me mira a mí y a la brújula. Su expresión se relaja un momento, solo un momento. Antes de arrastrarme con él por la arena caliente.

—¿Pero qué haces? ¡Suéltame! —exclamo empezando a entrar en pánico mientras pataleo con todas mis fuerzas. Dios, es fuertísimo.

El hombre se ríe, una carcajada grave y profunda que retumba en mis oídos y me hace sentir aún más pequeña e indefensa.

—Me has robado, ahora atente a las consecuencias.

Yo abro los ojos como platos mientras trato de escaparme de él, en vano claro.

—¿Robarte? ¡Yo no he robado nada! ¡Ni siquiera te conozco! —grito con desesperación, sintiendo que las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos.

Pero él no parece escucharme. Me arrastra con él por la playa desierta, implacable. Mis gritos y súplicas son lo único que se escucha en la inmensidad del mar y el cielo azul.

Me lleva a la orilla con una fuerza desmedida. Siento sus dedos de hierro clavados en mi brazo, y cada paso que doy me acerca a un destino incierto. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, como un tambor desbocado.

De repente, se detiene y me arrebató la brújula. La observa con una mezcla de codicia y fascinación, como si fuera un tesoro invaluable. Luego, la guarda en algún lugar de su ropa y vuelve a mirarme con una expresión que me hiela la sangre.

—Ahora, vamos.

Oh, no.

Me empuja con brusquedad hacia el agua helada, que me envuelve hasta la cintura, y una ola me golpea con fuerza, tirándome al suelo. Me levanto tosiendo, con el agua salada en la boca y la nariz.

Él me agarra del brazo de nuevo y tira de mí con la intención de que sigamos el trayecto nadando. Pero yo no sé nadar.

El pánico se apodera de mí. El agua me cubre la cabeza y siento que me ahogo. Trago agua salada, y mis pulmones arden como si estuvieran en llamas. Cierro los ojos, resignada a mi destino. No quiero morir así, en este mar desconocido, lejos de mi hogar y de todo lo que amo.

Pero de repente, siento una mano fuerte que me agarra por la camiseta y me saca a la superficie. Toso y expulso el agua de mis pulmones, jadeando por aire como si me hubieran arrancado del fondo del mar.

Toso y expulso el agua de mis pulmones. Cuando abro los ojos, veo al hombre mirándome con una expresión indescifrable.

—¿No sabes nadar?, me pregunta con voz grave.

Niego con la cabeza, todavía temblorosa por la experiencia.

Suspira y me ayuda a mantenerme a flote. Nada a mi lado, moviéndose con una facilidad sorprendente a pesar de su tamaño. Sus músculos tensos se contraen y relajan con cada brazada, impulsándonos a través del agua.

De repente, lo veo. Un barco emerge en el horizonte, imponente y majestuoso. Sus velas negras ondean al viento, como cuervos gigantes extendiendo sus alas sobre el mar. Su casco de madera reluce bajo el sol poniente, como si estuviera hecho de oro líquido.

Pronto descubro que ese es nuestro destino.

Mientras nos acercamos al barco, una figura se asoma a la barandilla. Un hombre alto y delgado, con el cabello negro recogido en una coleta y una barba espesa que le cubre la barbilla. Sostiene una cuerda en la mano, que lanza hacia nosotros con un movimiento preciso.

La cuerda cae al agua a nuestros pies. Mi captor la recoge y la ata a mi cintura con una rapidez que me sorprende y, antes de que pueda decir o hacer nada al respecto, grita una orden y me suben.

El viaje hacia arriba es vertiginoso. La cuerda me rasca la piel y el viento me azota el rostro. Siento una mezcla de náuseas y vértigo que me hace querer cerrar los ojos y desaparecer.

Finalmente, mis pies tocan la cubierta de madera. Un mundo nuevo se abre ante mí, un mundo de hombres y mujeres curtidos por el sol y la sal del mar. Sus miradas me escudriñan con curiosidad, algunos con recelo, otros con una pizca de malicia. El aire está cargado de un olor intenso a sal, ron y sudor, una mezcla que me hace arrugar la nariz y sentirme fuera de lugar.

Un hombre corpulento se acerca a mí, con una sonrisa que no llega a sus ojos. Su vozarrón retumba en mis oídos como un trueno.

—¿Y tú quién eres, preciosa? —me pregunta con un tono que me pone los pelos de punta.

Yo me encojo, intimidada por su presencia. Pero antes de que pueda llegar a mí, mi captor aparece, me coge del brazo y tira de mí de nuevo. Me lleva hasta un camarote pequeño y húmedo, situado en la parte baja del barco y apenas iluminado por una lámpara de aceite que parpadea.

Tras echarme una mirada extraña, se marcha sin decirme una palabra. Me quedo quieta en el sitio, sin saber qué hacer. Estoy empapada, tengo frío, miedo y estoy confundida.

El camarote es pequeño y lúgubre. Un único rayo de luz se cuela por una ventana enrejada, iluminando parcialmente el espacio. La humedad se impregna en mis huesos, calando hasta mis ropas. Un escalofrío me recorre la espalda.

Me siento sola y desamparada. Pero no pasa mucho rato hasta que escucho pasos acercándose a mi camarote. Mi corazón comienza a latir con fuerza en mi pecho.

La puerta se abre y una figura entra en la habitación. Es una mujer. Su cabello corto y rojo como el fuego enmarca un rostro dulce que contrasta con su seria expresión.

Sus ojos verdes me miran con una mezcla de curiosidad y recelo.

No dice nada, pero me lanza una bolsa que yo atrapo con torpeza. La abro con cautela y encuentro dentro un conjunto de ropa: una camisa holgada de lino blanco, unos pantalones marrones ajustados y un chaleco de cuero negro.

—Póntelo —me dice con voz ronca—. Órdenes del capitán.

No tengo más remedio que obedecer. Me quito mis ropas húmedas y me pongo las nuevas, que me quedan un poco grandes. Me miro en un pequeño espejo que hay colgado en la pared. Ya no me veo como yo misma, sino como una extraña, una intrusa en este mundo desconocido.

La mujer, que me ha estado observando en silencio, finalmente se da la vuelta y sale del camarote con mi ropa mojada. Me quedo sola de nuevo, con más preguntas que respuestas, pero seca.

Las siguientes horas pasan lentamente, marcadas por el balanceo del barco y el sonido de las olas rompiendo contra el casco. Intento relajarme, pensar con claridad, pero no puedo. Cada crujido del barco, cada voz que escucho me hace sobresaltar.

Pero el cansancio finalmente me vence y me quedo dormida. Un sueño agitado y lleno de pesadillas me acompaña durante la noche.

Capítulo 2

Despierto con el amanecer de un nuevo día. La luz tenue del sol se cuela por la ventana enrejada del camarote, iluminando parcialmente el espacio húmedo y lúgubre.

De repente, escucho una carraspera ante mí. Abro los ojos con sobresalto y veo a la mujer del cabello rojo, mirándome con una expresión indescifrable.

—El capitán desea verte —me dice simplemente, en un tono que no admite réplica.

Me pongo en pie, todavía somnolienta y confundida. ¿Acaso tengo otra opción? No sé qué me espera, pero sé que no puedo quedarme en este camarote para siempre.

Sigo a la mujer por un laberinto de pasillos estrechos y húmedos. El barco cruje y se balancea a nuestro alrededor, y el aire está cargado de un olor a sal, ron y madera vieja.

Finalmente, llegamos a una puerta maciza de madera. La mujer la abre sin hacer ruido y me hace un gesto para que entre.

Respiro hondo y cruzo el umbral. Me encuentro en una cabina amplia y lujosa, amueblada con muebles de madera oscura y decorada con mapas antiguos y armas oxidadas.

Detrás de un escritorio imponente, sentado en una silla de cuero, se encuentra un hombre. Es alto y musculoso, con el cabello negro azabache recogido en una coleta y una barba incipiente que le cubre la barbilla. Sus ojos grises me miran con una intensidad que me hace sentir incómoda.

Es mi secuestrador.

Me acerco a él con cautela, sin saber qué decir. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y mis manos están frías y húmedas.

—Buenos días. Permíteme que me presente. Mi nombre es Sebastian, y soy el capitán de este navío —me dice con una media sonrisa que no aparenta ser amable.

—Eleanor Beaumont —me presento con un titubeo que no consigo disimular.

Él sonrío, como si disfrutara de la situación.

—He pedido que traigan esto para ti —señala la comida que hay sobre la mesa—. Debes de estar hambrienta.

Lo miro con recelo. ¿De qué va este tío? Primero me secuestra, luego me encierra durante un día entero, ¿y ahora va de simpático?

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué estoy aquí? —pregunto ignorando los rugidos de mi estómago.

La sonrisa del capitán se ensancha.

—Directa al grano —dice con voz melosa—. Muy bien.

Se levanta de su silla y se acerca a mí, rodeando la mesa con pasos lentos y deliberados. Su presencia me intimida, pero me obligo a mantener la compostura.

—Voy a ser claro contigo —dice con voz grave—. Mi intención cuando te descubrí no era otra que la de acabar con tu vida.

Mis palabras se ahogan en mi garganta. Un escalofrío recorre mi espalda. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Pero la brújula parece responder a ti —continúa—, así que vas a ayudarme a conseguir mi tesoro.

Lo observo con los ojos desorbitados, la confusión y el miedo todavía latentes en mí. Demasiadas cosas como para concentrarme y entender lo que me está diciendo.

—¿Qué brújula?— digo tardando más de lo debido en comprenderlo todo.

—La que tuviste el valor de robarme.

—¡Yo no he robado nada!— exclamo, indignada.

—Y aún así te encontré con ella —dice con sorna—. No solo eso, si no que trataste de ocultarla cuando me viste.

Yo sacudo la cabeza, recordando los acontecimientos, nuestro encuentro.

—No fue así, no trataba de ocultarla, trataba de... —mi voz se apaga. ¿Trataba de qué? ¿De viajar con la brújula? Es de locos, y de todas formas no me creerá.

Sebastian suspira con fingido cansancio.

—Como sea, eso no importa. Ya no. Porque ahora vas a servirme como pago por tus actos.

Yo me escandalizo. ¿Servirle? ¿Como una esclava?

—Esto es un error, ni siquiera sé cómo llegué aquí —digo con desesperación.

Pero él no me escucha. Hace un movimiento de cabeza y la mujer de pelo rojo aparece para llevarme con ella.

—Bienvenida a bordo, Eleanor —dice con una sonrisa burlona.

La mujer me agarra del brazo con fuerza y me arrastra fuera de la cabina. No puedo resistirme. Soy demasiado débil, estoy demasiado confundida.

Pero ¿en qué me he metido? Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos, pero las reprimo con fuerza. No puedo mostrar debilidad ahora. No ante ellos.

Tengo que encontrar una manera de escapar de este barco, de este hombre, de este destino cruel.

No sé qué me deparará el futuro, pero una cosa es segura. No seré la víctima de esta historia. Lucharé con todas mis fuerzas por recuperar mi vida, por encontrar mi camino de regreso a casa.

Pero cuando lo pienso en frío, comprendo que no resultará tan sencillo. No conozco el lugar donde me encuentro, no sé nadar ni navegar, y tampoco sé cuán lejos estoy de la tierra más próxima. Además, me tienen encerrada en este camarote lúgubre, con una única ventana enrejada que me asoma a un mar embravecido. La puerta solo se abre para traerme comida y agua que no tengo más remedio que ingerir, para mantenerme viva y fuerte, supongo. Necesito todas mis fuerzas si quiero encontrar una salida.

Finalmente, el capitán me hace llamar de nuevo. Esta vez es otra mujer, una menuda de pelo negro recogido en una trenza severa, la que me escolta hasta el camarote de mi captor. Su mirada me escrutina con recelo mientras me guía por los estrechos pasillos del barco, que crujen y gimen como si protestaran por mi presencia.

Al llegar a la puerta, la mujer me pide que espere y la cierra tras de mí. Un silencio sepulcral se apodera de la habitación, solo roto por el sonido de las olas rompiendo contra el casco del barco. Me siento como una rata enjaulada, atrapada en un mundo desconocido y hostil.

Pero en cuanto la puerta se cierra tras de mí, siento un escalofrío de anticipación recorrer mi espalda. La soledad, por una vez, se convierte en mi aliada. Mi mente se activa, con una claridad que rara vez siento. Este es el momento que he estado esperando.

Me acerco al escritorio del capitán, una imponente estructura de madera oscura que emana una autoridad casi palpable. La superficie está cubierta de papeles desordenados y objetos curiosos que parecen haberse escapado de otra era. Paso mis dedos por la superficie áspera, sintiendo las pequeñas imperfecciones y la historia que cargan. Mi corazón late con fuerza mientras busco cualquier pista que pueda revelarme dónde me encuentro. Un mapa, una carta náutica, un diario tal vez... algo que me arroje una luz en esta oscuridad.

De repente, mis manos se topan con un sobre de piel curtida. Es antiguo, sellado con un lacre

rojo que lleva el sello del capitán, y parece guardar secretos que no deberían ser desvelados. Lo abro con cuidado, casi temerosa de lo que pueda descubrir. Dentro, un papel amarillento por el paso del tiempo descansa con una elegancia desvaída.

Me acerco a la ventana, donde una luz tenue y polvorienta se filtra, iluminando apenas lo suficiente para leer. Mi respiración se detiene al ver la fecha en el encabezado: 1693. Mis ojos recorren las líneas elegantes y fluidas de la caligrafía, mi mente lucha por procesar lo imposible. El resto de fechas que encuentro son similares, pero esta es la más reciente.

Sacudo la cabeza con el corazón latiéndome con fuerza. No puede ser, es imposible.

Con manos temblorosas, continúo explorando el escritorio. Entre los papeles desordenados, encuentro un mapa antiguo. Lo desenrollo con cuidado, mis ojos se abren de par en par al ver las islas que representan: Arandale, Meridell, Caldaros, Verdant y Zephyria. Nombres que nunca he oído antes, como si pertenecieran a un mundo ajeno al mío. En la parte superior, escrito a mano, está el nombre "Vesperia".

Observo el mapa con detenimiento, tratando de evocar mis escasas lecciones de historia y geografía. Ningún rincón de mi mente reconoce estos nombres, ninguna memoria los trae a la superficie. La certeza de lo desconocido se instala en mi pecho, un peso de lo más inquietante.

Mientras mis dedos recorren los contornos de estas islas misteriosas, no puedo evitar sentir el temor apoderándose de mí. ¿Dónde estoy realmente? ¿Qué significa todo esto? La realidad se dobla y retuerce, dejando entrever un misterio más profundo y antiguo de lo que jamás podría haber imaginado.

Sin embargo, mi mente no tiene tiempo para divagar más. Un ruido sordo me saca de mis pensamientos. Escucho unos pasos que resuenan en el pasillo exterior, acercándose con una rapidez que hace que mi corazón lata con fuerza. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, y me apresuro a recoger todo, a devolver cada papel, cada objeto a su lugar exacto. Mis manos tiemblan mientras intento dejar todo como estaba, con la esperanza de no haber dejado ninguna evidencia de mi intromisión.

Doy un último vistazo rápido al escritorio, asegurándome de que nada delate mi curiosidad. Siento el sudor frío en la frente y la adrenalina corriendo por mis venas. Retrocedo de prisa, casi tropezando con la silla en mi apuro por alejarme. Justo a tiempo, me alejo del escritorio y me instalo en mi sitio inicial, tratando de adoptar una postura relajada aunque mi interior sea un torbellino de emociones.

La puerta se abre y Sebastian aparece, su figura familiar llena el marco de la puerta. Intento mantenerme firme, pero la expresión en su rostro me hace temer que sospecha algo. Su mirada recorre la habitación, detenida por un instante demasiado largo en el escritorio del capitán. Trago saliva, esperando que mi actuación sea lo suficientemente convincente.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpa él, pero la sonrisa en sus labios revela que no lo siente en absoluto. Su voz tiene un tono casual, pero sus ojos brillan con una curiosidad que me pone nerviosa.

Yo no respondo y él da un paso más hacia el interior, su presencia parece llenar la habitación con una energía que hace que el aire se sienta más pesado. Sigo su mirada mientras examina cada rincón, cada detalle, buscando algo que no debería estar fuera de lugar. Mis manos, aún temblorosas, descansan sobre mi regazo, y trato de controlarlas con fuerza de voluntad.

Desvío la mirada a la ventana que da al mar, incapaz de sostener la tensión que siento.

—Preciosas vistas, ¿verdad? —dice él entonces, siguiendo mi mirada—. El mar es, sin duda, un lugar lleno de misterios —continúa con suavidad—. Nunca sabes lo que puedes encontrar si miras lo suficiente.

Sus palabras cuelgan en el aire, y no puedo evitar sentir que hay un doble sentido en ellas. Asiento, incapaz de encontrar una respuesta adecuada. La tensión en la habitación es palpable, y sé que cualquier error podría delatarme.

—Bueno, Eleanor, ha llegado el momento en que prestes tus servicios —dice, cambiando abruptamente de tema.

Siento cómo mi cuerpo se pone en tensión. Todavía no sé qué espera de mí, y la incertidumbre me carcome.

—Acércate —me pide.

Y yo obedezco sin remedio. Su tamaño, sus cicatrices, su mirada, toda su presencia es intimidante, y tengo que contenerme para no ponerme a temblar. Cada paso hacia él es una batalla interna por mantener la calma.

Entonces, con un movimiento lento y deliberado, saca la brújula. Aprieto los puños al verla. Este maldito objeto es el causante de todo. Aunque ahora, con la aguja quieta, parece completamente inofensiva. Pero ahora sé que no lo es, sé lo que puede hacer, lo que significa.

Sebastian me observa con una intensidad que me atraviesa, sus ojos buscan una reacción en los míos. Siento una mezcla de ira y miedo retorciéndose en mi interior, pero no dejo que se refleje en mi rostro. Tomo una respiración profunda, intentando mantener mi compostura.

—Cógela —me ordena.

Dudo por un instante, mi mente luchando contra la orden. La presencia de la brújula me resulta amenazante, una representación física de todo lo desconocido y peligroso en esta situación.

—No lo repetiré, cógela.

Su tono no admite réplica, y sé que cualquier resistencia será inútil. Con el corazón acelerado, extiendo la mano lentamente hacia la brújula. En el mismo momento en que mis dedos tocan la superficie fría y metálica, la aguja empieza a girar como loca, moviéndose con una velocidad y energía propias.

Miro a Sebastian, buscando alguna explicación en su rostro, pero él se limita a observar con una expresión inescrutable. Después de unos segundos que se sienten como una eternidad, la aguja se detiene de golpe. No señala al norte, pero su dirección es clara y precisa. Si me muevo, la aguja se empeña en señalar una dirección en concreto, como si estuviera viva y consciente de un destino que solo ella conoce.

—¿Qué está pasando? —pregunto, mi voz apenas un susurro, cargada de confusión y miedo.

—La brújula responde ante ti. No sé por qué, y no me interesa —responde Sebastian, su voz baja y controlada.

—¿Qué significa eso? —insisto, desesperada por entender la situación.

Sebastian sonrío de lado, mostrando una expresión aterradora que me hace estremecer.

—Eso, Eleanor, significa que eres mía.

Capítulo 3

Los siguientes días los paso encerrada en mi camarote, con la monotonía de las olas y el crujir del barco como única compañía. Sólo me permiten salir cuando Sebastian me llama para hacer funcionar la brújula y asegurarse de que siguen el rumbo correcto.

Estoy más que indignada. No sólo me mantiene cautiva, sino que también me reclama como suya, ¡como si fuera una propiedad! Y ni siquiera me dice por qué. La frustración y la ira hierven en mi interior, pero no tengo a dónde dirigir las. No sé qué es lo que señala la brújula, ni por qué funciona sólo conmigo. Esta ignorancia me consume, me carcome desde dentro.

Las preguntas empiezan a ser demasiadas, y no tengo una sola respuesta para ninguna de ellas. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué yo? ¿Qué es lo que realmente busca Sebastian? Cada vez que intento encontrar respuestas, sólo me encuentro con más incertidumbre y confusión. Hasta ahora, lo único que parece tener sentido es que la brújula, independientemente de a dónde nos lleve, es la que me trajo aquí. A un lugar remoto en el pasado.

La rutina diaria se convierte en una especie de tortura psicológica. Me llaman, tomo la brújula, observo cómo la aguja se mueve frenéticamente hasta detenerse en esa dirección misteriosa, y luego vuelvo a mi celda flotante. Cada vez que sostengo la brújula, siento una conexión extraña y perturbadora, como si el objeto tuviera una voluntad propia y supiera más de mi destino que yo misma.

Empiezo a prestar atención a los detalles, a los gestos de Sebastian y la tripulación, tratando de recoger cualquier pista que pueda ayudarme a entender qué está pasando. Pero la mayoría de las veces, solo encuentro más enigmas. La tripulación me trata con una mezcla de temor y respeto, como si supieran algo que yo no sé. Sus miradas furtivas y susurros sólo aumentan mi desconcierto.

Una noche, mientras estoy acostada en mi litera, escucho el suave golpeteo de la lluvia contra el casco del barco. El sonido, en lugar de ser reconfortante, me llena de una inquietud profunda. Las paredes del camarote se sienten más estrechas, y la opresión de mi situación se hace casi insoportable. Siento cómo el pánico se apodera de mí y corro hacia la puerta. Sé que está cerrada, pero aun así trato de forcejear con ella. Luego empiezo a aporrearla y a gritar, suplicando que abran la puerta.

No pasa mucho rato hasta que la mujer menuda de la trenza aparece para rescatarme de mi prisión. Su expresión es una mezcla de fastidio y sorpresa.

—¿Qué ocurre? —pregunta, su voz suave pero firme.

Aprovecho la confusión y me escabullo entre sus brazos, empujándola ligeramente. Su sorpresa le impide reaccionar de inmediato, y yo echo a correr hacia la libertad del cielo abierto. Mis pies descalzos golpean el suelo de madera con fuerza, cada paso resuena en el silencio de la noche.

El aire fresco y la lluvia me golpean el rostro cuando alcanzo la cubierta. La sensación de libertad es abrumadora, y por un instante, respiro profundamente, disfrutando de la brisa salada y el sonido del mar.

Corro hacia la proa del barco, mi cabello empapado pegándose a mi rostro. La lluvia arrecia, convirtiéndose en una cortina de agua que dificulta la visibilidad. Pero no me detengo. La adrenalina bombea en mis venas, impulsándome a seguir adelante.

De repente, escucho voces y pasos apresurados detrás de mí. La tripulación me ha oído gritar

y acude a mi encuentro para evitar que intente escaparme. Pero lejos de la realidad, no es mi intención escapar. No ahora. Lo único que necesito es... esto. Respirar aire fresco, sentir el viento en mi cara. Caminar.

Me arrodillo junto a la baranda del barco y me aferro a la madera. La rugosidad del material bajo mis dedos me ancla a la realidad. La lluvia sigue cayendo, empapando mi ropa, mi piel, mis pensamientos. Necesito este momento de conexión con el mundo exterior, con algo que no esté dictado por Sebastian y su brújula.

La mujer de pelo rojo aparece, su figura recortada contra la tormenta. Ordena al resto que vuelva a sus cosas, su voz firme y autoritaria. Los marineros obedecen, aunque con miradas llenas de curiosidad y preocupación. Ella se arrodilla frente a mí, sus ojos buscan los míos con una mezcla de empatía y determinación.

—¿Estás bien? —pregunta suavemente, su voz apenas audible sobre el rugido del viento y la lluvia.

Yo niego con la cabeza, luchando por articular las palabras que se atorán en mi garganta.

—No puedo seguir ahí dentro —consigo decir a trompicones, sintiendo cómo la angustia me oprime.

Ella me mira, y en sus ojos veo algo de comprensión, un destello de experiencia en este mar de incertidumbre.

—No es fácil —dice finalmente—. Lo sé. Estar aquí, sin respuestas, sin control. Pero debes mantenerte fuerte.

Pero yo vuelvo a negar con la cabeza, desesperada por encontrar una salida.

—No, no puedes llevarme de vuelta. No lo haré —digo, sintiendo cómo la desesperación me ahoga—. Quiero... quiero volver a casa —las lágrimas amenazan con escaparse de mis ojos.

Ella se queda en silencio un momento y coloca una mano reconfortante en mi brazo. Es un gesto sorprendentemente cálido.

—No puedo prometerte eso. Yo no —me dice con sinceridad—. Pero puedo hablar con el capitán. Pedirle que te permita salir. Al fin y al cabo, no sabes nadar. Tampoco es que vayas a ir muy lejos, ¿verdad?

La miro de soslayo, sintiendo un destello de esperanza mezclada con mi creciente desesperación.

—Creo que no nos hemos presentado oficialmente. Mi nombre es Evelyn —dice entonces, rompiendo el hielo con una sonrisa leve y amable.

Evelyn. El nombre suena familiar, reconfortante. Mientras miro hacia el horizonte oscuro y tormentoso, me siento un poco menos sola sabiendo que alguien está dispuesto a escucharme y a intentar ayudar.

—Volvamos dentro antes de que cojas un resfriado —me dice Evelyn con preocupación, interrumpiendo mis pensamientos.

Asiento en silencio, agradecida por su consideración. Me pongo de pie lentamente, sintiendo la humedad calándome hasta los huesos. Mis pensamientos siguen enredados en una maraña de miedo y esperanza, pero al menos ahora sé que no estoy completamente sola en esta situación desconcertante.

Evelyn se pone de pie a mi lado y me guía de vuelta hacia el interior del barco. La lluvia sigue cayendo con fuerza, creando un telón de agua alrededor de nosotros. Caminamos juntas por el pasillo estrecho, los pasos resonando en el silencio tenso de la noche.

—Hablaré con él a primera hora —me dice en voz baja, como si temiera ser escuchada—. Te informaré de su decisión en cuanto tenga una respuesta.

Le agradezco con la mirada, sin saber realmente qué decir. Regresamos al camarote y me siento en el borde de la cama, todavía temblando por la emoción y el frío. Evelyn permanece a mi lado un momento más, ofreciéndome una sonrisa tranquilizadora antes de retirarse discretamente.

Me quedo sola en la habitación, el susurro de la lluvia y el crujir del barco bajo mis pies son los únicos sonidos que rompen el silencio. Mientras me abrigo con una manta, mi mente vuelve a dar vueltas sobre todo lo que ha sucedido desde que llegué a bordo. La brújula, Sebastian, las islas misteriosas... todo es como un rompecabezas sin piezas que encajen.

Pero al menos ahora tengo una aliada, alguien que está dispuesta a escucharme. Que es mucho más de lo que tenía hace solo unos momentos. Con esa esperanza en el corazón, me acurruco en la cama y cierro los ojos, esperando que mañana traiga respuestas y quizás, un camino hacia casa.

Capítulo 4

Mi vida, hasta hace apenas unos días, era tan normal como la de cualquier otra chica del siglo XXI. Trabajaba en una oficina gris, vivía en un pequeño apartamento y mis mayores preocupaciones eran las últimas tendencias de moda y las citas fallidas de Tinder.

Quién me iba a decir que por culpa de una brújula mágica, mi vida iba a cambiar por completo.

Ahora me encuentro en el pasado, en un lugar remoto, secuestrada por un temible pirata que me utiliza como engranaje del mismo objeto que me trajo aquí. El barco en el que estoy es un mundo ajeno y aterrador, lleno de una tripulación ruda de unos treinta hombres y mujeres y misterios oscuros. Las velas ondean sobre mi cabeza, el crujido de la madera bajo mis pies y el constante vaivén del mar me recuerdan a cada momento que estoy muy lejos de casa.

El capitán Sebastian es un hombre intimidante, con una presencia que llena cualquier espacio en el que se encuentre. Me mantiene bajo estricta vigilancia, utilizando la brújula como una especie de talismán que controla mi destino. Cada vez que me llama para que la haga funcionar, siento una mezcla de ira y miedo, pero también una chispa de curiosidad sobre qué es lo que busca con tanto afán.

Aunque por lo menos ahora se me permite salir de mi camarote.

Gracias a Evelyn, puedo caminar por la cubierta, sentir el aire salado en mi rostro y escuchar el murmullo del mar. Siempre vigilada, claro. Pero aún así, estas pequeñas libertades me dan un respiro, aunque no disipan del todo el miedo constante que me acompaña.

La Sirena Negra, ese es el nombre del navío, es un barco imponente. Desde la cubierta, levanto la vista y veo los tres mástiles majestuosos, con sus velas gris oscuro ondeando al viento. El diseño del barco es aerodinámico, construido para cortar las olas con una gracia letal. Cada una de las velas principales está adornada con la silueta de una sirena bordada con hilos de plata, brillando tenuemente incluso en la penumbra. Es un símbolo aterrador, recordándome la fuerza y astucia del capitán y su tripulación.

El casco del barco es un negro azabache tan intenso que parece absorber la luz de la luna. En la oscuridad de la noche, La Sirena Negra se funde con las sombras, volviéndose casi invisible. Es Evelyn que me explica esta táctica de invisibilidad nocturna, y me hace comprender por qué este barco es tan temido en el mar. A pesar de la belleza oscura del casco, sé que es una fortaleza construida tanto para la defensa como para el ataque, con refuerzos de acero que la hacen resistente a las embestidas de las olas y a los cañonazos enemigos.

En la proa, la figura tallada de una sirena se alza con una ferocidad que me corta la respiración cada vez que la veo. Es de tamaño natural, con una mirada intensa y una cola que parece azotar el viento. Este símbolo de fuerza y astucia encarna perfectamente la naturaleza impredecible y peligrosa del mar, así como la temible reputación que parece tener el capitán Sebastian.

Mientras camino por la cubierta, no puedo evitar sentir una mezcla de asombro y temor. El barco es una obra maestra de la ingeniería naval, pero también es mi prisión. Cada crujido de la madera bajo mis pies y cada silbido del viento entre las velas me recuerda mi situación precaria. Sin embargo, estos momentos de libertad son un bálsamo para mi alma, permitiéndome soñar, aunque sea brevemente, con la posibilidad de encontrar una salida.

Mientras me acerco a la baranda del barco, miro el horizonte. El océano se extiende

interminablemente, una vasta extensión de misterio y peligro. Por un momento, me permito imaginar que todo esto es solo un sueño. Pero la realidad es mucho más cruel y tangible.

Mientras me acerco a la baranda del barco, miro el horizonte. El océano se extiende interminablemente, una vasta extensión de misterio y peligro. Por un momento, me permito imaginar que todo esto es solo un sueño. Pero la realidad es mucho más cruel y tangible, cuando veo un barco.

Al principio, solo es un punto en la distancia, pero rápidamente se convierte en una figura reconocible, navegando hacia nosotros. Un nudo de ansiedad se forma en mi estómago mientras lo observo acercarse. No sé si es un amigo o un enemigo, pero tal y como están las cosas, la probabilidad de lo segundo es alta.

El barco, aunque más pequeño que La Sirena Negra, se mueve con una gracia y velocidad que me inquietan. Su casco es de un color marrón oscuro, con velas verdes que ondean al viento. Puedo ver figuras moviéndose en la cubierta, preparándose para un encuentro.

—¡Barco a la vista! —grita uno de los marineros desde lo alto del mástil, su voz resonando por toda la cubierta. La tripulación se pone en movimiento de inmediato, una coreografía de precisión y eficiencia que solo puede venir de años de experiencia en el mar.

Sebastian aparece de la nada, su presencia imponente dominando el caos organizado de la cubierta. Sus ojos oscuros brillan con una mezcla de emoción y cálculo frío. No puedo evitar estremecerme al verlo en su elemento, un verdadero señor del mar.

—¡Preparaos para el combate! —ordena, su voz fuerte y clara por encima del estruendo del mar y las voces de los hombres. Cada miembro de la tripulación se mueve con propósito, ajustando velas, asegurando cañones y preparándose para lo que está por venir.

Mi corazón late con fuerza mientras me aferro a la baranda, incapaz de apartar la mirada del barco que se acerca.

Evelyn se acerca a mí, su rostro sereno y decidido. Me toma del brazo, su agarre firme pero reconfortante.

—Debes volver a tu camarote, Eleanor —dice con suavidad pero con urgencia. —Esto no es lugar para ti.

—¿Qué va a pasar? —pregunto, mi voz temblorosa a pesar de mis intentos de mantener la calma.

—Una batalla, espero —responde Sebastian, sus ojos fijos en el horizonte. Luego me mira a mí—. Largo.

Evelyn me toma del brazo y me guía de nuevo a mi camarote. Cada paso se siente pesado, como si estuviera caminando hacia una prisión autoimpuesta. Pero lo cierto es que no deseo encontrarme en cubierta cuando los navíos se encuentren.

El sonido de una explosión zarandea todo el barco y yo me encojo por instinto. Evelyn suelta una maldición y se apresura a cerrar la puerta y salir corriendo.

Me quedo sola, el corazón martilleando en mi pecho. La habitación parece más pequeña, el aire más denso. Cada estruendo, cada grito, se amplifica en mi mente, llenándome de un terror palpable. Me aferro a la brújula, su fría superficie es la única conexión tangible con el mundo que conocía.

Cierro los ojos, tratando de calmarme. Las paredes del camarote vibran con la furia de la batalla. El rugido de los cañones y el chasquido de las velas me rodean, creando una cacofonía aterradora. Me siento atrapada en una pesadilla sin fin.

Pero entonces, en una de las sacudidas, la puerta de mi camarote se abre. Yo la observo con cuidado. Parece que Evelyn, apresurada por el caos inminente, se ha olvidado de encerrarme.

¿Podría ser esta mi oportunidad de escapar? Podría colarme entre el gentío, nadie se daría cuenta de mi presencia. Robaré un bote y después... Bueno, no puede ser muy difícil navegar, ¿verdad? Cualquier lugar será mejor que este.

Mi corazón late con fuerza mientras me acerco a la puerta, asomándome al pasillo. La cubierta es un hervidero de actividad, marineros corriendo de un lado a otro, atendiendo a heridos y asegurando las velas. Nadie parece prestar atención a una chica insignificante entre el tumulto.

Salgo del camarote, moviéndome con cautela, aprovechando cada rincón y sombra para avanzar sin ser vista. El olor a pólvora y el sabor salado del mar llenan mis sentidos, pero sigo adelante, impulsada por la desesperación y el instinto de supervivencia.

Llego a la parte trasera del barco, donde los botes de rescate están asegurados. Mis manos tiemblan mientras desato uno de ellos, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie me ha visto. El barco enemigo sigue en la distancia, pero la confusión en La Sirena Negra me ofrece una ventana de oportunidad.

—Pero ¿qué tenemos aquí? ¿Una desertora? —escucho la voz de un hombre a mi espalda— Supongo que, entonces, no te importará que te lleve conmigo, ¿verdad?

Me vuelvo justo a tiempo para evitar que se abalanzase sobre mí. Es un tripulante de la otra nave. Su mirada es feroz, y puedo ver la lujuria en sus ojos. Siento un escalofrío de terror recorrer mi columna vertebral.

No espero a que dé el primer paso. Me muevo rápidamente, esquivando su agarre y golpeándolo con el remo que tengo en la mano. Él tambalea, sorprendido por mi fuerza, pero rápidamente se recupera y se lanza hacia mí de nuevo.

—¡Quédate quieta! —grita, su voz cargada de frustración.

Mi corazón late con fuerza mientras evalúo mis opciones. No tengo tiempo para dudar. Con un movimiento rápido, giro el remo y lo uso para barrer sus piernas, haciéndolo caer de espaldas. Aprovecho su momento de desconcierto para soltar las últimas cuerdas del bote.

—¡Maldita sea! —masculla, levantándose torpemente.

De repente, un destello de movimiento capta mi atención. Sebastian aparece en la cubierta, su figura imponente destacándose en la confusión de la batalla. Su presencia, a pesar de lo intimidante, me brinda un extraño alivio.

El tripulante enemigo se tambalea hacia atrás, el miedo evidente en su rostro. Sebastian no pierde tiempo y se lanza hacia él con una velocidad sorprendente. En un abrir y cerrar de ojos, lo desarma y lo lanza contra la baranda del barco.

El hombre se desploma, aturdido por el golpe, y Sebastian se vuelve hacia mí. Por un momento, sus ojos se suavizan, aunque su expresión sigue siendo severa.

—Cuando te ordene que te quedes en tu camarote, debes obedecerme —ruge Sebastian, su voz resonando con autoridad y furia.

No me da tiempo a replicar. Se acerca a mí y me levanta del suelo con una facilidad que me deja sin aliento. Me coloca sobre su hombro como si fuera un saco de patatas, ignorando mis pateos y gritos de protesta. La mezcla de indignación y humillación que siento es abrumadora, pero él no muestra ninguna señal de aflojar su agarre.

Pasamos por en medio de la batalla, el caos a nuestro alrededor es casi irreal. Los cañones retumban y las espadas chocan, creando una sinfonía de destrucción. La lluvia de pólvora y el olor a sal llenan el aire. Sebastian se mueve con una agilidad sorprendente, su espada destellando mientras combate a cualquier enemigo que se cruce en nuestro camino. Sus movimientos son precisos y letales, y veo la destreza que tiene en la lucha.

—¡Bájame! —grito, mi voz ahogada por el estruendo de la batalla. Pero él no me escucha o elige no hacerlo.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, llegamos a su camarote. Con un movimiento brusco, me baja de su hombro y me deja de pie, tambaleándome un poco por la rapidez del cambio. Me mira con esos ojos intensos, y por un momento, me pierdo en ellos.

—No toques mis cosas —ordena, su voz más baja pero igualmente firme.

Antes de que pueda responder, sale del camarote y cierra la puerta de golpe. Escucho el sonido del cerrojo al cerrarse, dejándome atrapada una vez más.

Me desplomo en la silla más cercana, el corazón aún latiendo con fuerza. La habitación se siente sofocante, y la mezcla de miedo, frustración y una extraña gratitud se arremolina dentro de mí. Aunque odio admitirlo, Sebastian me ha salvado de un destino que podría haber sido mucho peor. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que sigo siendo una prisionera.

Capítulo 5

El ruido de la batalla aminora al cabo del rato. Me quedo quieta, en tensión, esperando a ver quién ha salido victorioso. Sebastian y su tripulación parecían tener todas las de ganar, pero nunca se sabe. El silencio que sigue es casi más inquietante que el estruendo de la batalla.

Me levanto y comienzo a caminar por la habitación, tratando de calmar mis nervios. Cada crujido del barco me pone en alerta. La habitación de Sebastian, aunque ordenada, tiene un aire de amenaza latente. Mapas detallados de rutas marinas y documentos con letras pequeñas y elegantes cubren la mesa.

Finalmente, escucho pasos en el pasillo. Mi corazón salta y me preparo para lo peor. La puerta se abre lentamente y aparece Sebastian, seguido de Evelyn, sus rostros tensos al verme. No puedo evitar fijarme en la sangre que cubre sus rostros y ropas. Inconscientemente me acerco a ellos, mis ojos buscando el origen de la hemorragia. Pero Evelyn me detiene con un gesto firme.

—No es nuestra —me explica ella, su voz tranquila a pesar de la situación. Me quedo paralizada por un momento, procesando la información y las implicaciones detrás de sus palabras.

—Oh —articulo, sintiendo cómo la comprensión me golpea como una ola repentina.

Aún así, la tensión en el aire es palpable cuando Sebastian se acerca y toma asiento frente a mí. Su expresión es severa.

—Evelyn —la llama, su voz ronca y autoritaria—. ¿Puedes explicarme cómo nuestra prisionera consiguió escapar de su camarote?

Evelyn se tensa a mi lado, pero no muestra un ápice de debilidad ante la mirada inquisitiva de Sebastian.

—Olvidé cerrar la puerta con llave, mi capitán —responde ella con una mezcla de resignación y determinación—. Me distraje con la batalla inminente.

Una ceja de Sebastian se alza peligrosamente, una señal clara de su desaprobación.

—¿Eso que oigo es una excusa? —gruñe, su tono oscuro como el cielo antes de una tormenta.

—No, capitán. Mi error no tiene excusa alguna —responde Evelyn con firmeza—. He puesto en peligro la vida de la prisionera y la nuestra propia al tener que salir a buscarla y asegurarnos de su seguridad. Eso no habría ocurrido si la hubiera encerrado, tal y como me ordenaste.

Observo la interacción entre ellos con atención. Sebastian parece estar sopesando sus palabras, mientras que yo me siento incómoda, como si estuviera presenciando algo que no debería.

—Bien —dice finalmente Sebastian, su voz dura pero controlada—. Veo que comprendes la gravedad de la situación. Sólo por eso no te cortaré una oreja —añade con un tono que envía escalofríos por mi espalda—. Ahora largo, espero que no vuelva a repetirse algo así. No te convertí en mi segunda al mando para que cometas estupideces como esta.

Evelyn asiente con la cabeza, su rostro impassible frente a la reprimenda de su capitán.

—Gracias, capitán —dice con serenidad antes de retirarse.

Quedamos solos en la habitación, y no puedo evitar lanzarle una mirada fulminante a Sebastian.

—¿Qué? —me dice él con un tono molesto.

—¿De verdad le cortarías la oreja por haberse olvidado de encerrarme? —pregunto, sin poder ocultar mi incredulidad—. Ni siquiera fue su culpa. Nadie me obligó a salir de mi camarote..

Sebastian me observa con intensidad, su mirada fría como el acero.

—A veces, Eleanor, la disciplina es la única manera de mantener el orden en un barco como este —explica, su tono ahora más tranquilo—. No se trata solo de castigar, sino de enviar un mensaje claro a toda la tripulación. No podemos permitirnos fallos que pongan en riesgo nuestra seguridad.

Me siento inquieta por la severidad de su respuesta, pero no puedo evitar continuar.

—Pues me parece una atrocidad si esta es tu idea de gobernar un barco... —comienzo, pero mis palabras se ven abruptamente interrumpidas cuando Sebastian golpea con fuerza la mesa. El estruendo hace que dé un salto en mi asiento, y mi corazón se acelera.

—Todavía no lo comprendes, ¿verdad? —continúa él, su tono áspero y frío—. No sabes lo importante que eres. Sin ti, la brújula no sirve de nada. Si te perdemos, lo perdemos todo.

Cruzo los brazos, frustrada por la falta de respuestas claras.

—¡Pues claro que no lo comprendo! —exclamo, sintiendo cómo la frustración y la confusión se mezclan dentro de mí—. ¡Nadie me cuenta nada! ¡Estoy aquí contra mi voluntad, sin saber por qué, ni para qué!

Sebastian me observa en silencio durante unos segundos, como evaluando qué decir a continuación. Su mirada dura parece penetrar hasta lo más profundo de mi ser.

—Tres preguntas —dice de repente.

—¿Cómo dices?

—Puedes hacer tres preguntas. Prometo responderlas con honestidad.

La propuesta me toma por sorpresa. Durante tanto tiempo, he estado buscando respuestas que ahora tengo la oportunidad de obtener, aunque sea solo tres.

—Bien, entonces... —mi mente corre a toda velocidad, intentando decidir qué preguntar primero—. ¿Qué es en realidad esa brújula? No señala al norte, si no a otra cosa.

Sebastian asiente, como si esperara esta pregunta.

—Esta brújula perteneció en el pasado a la legendaria pirata Lyra "La Estrella del Mar" Hawkins, una figura mítica entre los piratas del pasado. Famosa por sus hazañas audaces y su destreza en los mares, Lyra acumuló un tesoro inimaginable durante sus numerosas incursiones y saqueos. Para encontrar su tesoro, se necesita esta brújula especial, modificada por ella personalmente.

—Entonces ¿es un objeto mágico? —mi curiosidad se agudiza, tratando de entender la naturaleza de esta herramienta única.

Sebastian ladea la cabeza.

—Eres tú la que consigue que funcione, dímelo tú —dice—. La brújula lleva en mi posesión cinco años. Y hasta que llegaste, la aguja no se ha movido ni un poco.

—¿Por qué yo? ¿Cómo es que sólo funciona cuando la sujeto yo? —insisto, buscando respuestas que me conecten con mi inesperado papel en esta búsqueda.

Sebastian se encoge de hombros con una expresión enigmática.

—No lo sé. Puede que Lyra sea una antepasada tuya, o tal vez, simplemente, le hayas caído bien a la brújula —me dice, sus palabras llenas de misterio y especulación.

—¿Me dejarás marchar cuando encuentres el tesoro? —pregunto con nerviosismo, sintiendo la necesidad de asegurar mi futuro en medio de toda esta incertidumbre.

Sebastian se recuesta en su silla, un gesto que parece indicar que la conversación podría tomar un rumbo más complicado.

—Eso son cuatro preguntas, te la responderé más adelante —dice con calma, dejando en claro que la conversación ha llegado a su fin.

Me indigno ante la respuesta evasiva.

—¡Pero si sólo me has respondido una! —exclamo frustrada por la falta de claridad.

Él se encoge de hombros, como si fuera algo fuera de su control.

—No es mi culpa no saber todas las respuestas que buscas. La próxima vez, elige mejor tus preguntas —me dice, su tono indiferente ante mi situación—. Puedes marcharte.

Sus palabras me golpean como un recordatorio de mi situación precaria. Siento un nudo en la garganta mientras lo miro con los ojos entrecerrados. ¿Realmente me está echando así de fácilmente? Me levanto resignada y camino hacia la puerta, pero antes de alcanzarla, su voz me detiene de nuevo.

—Y, Eleanor —me dice con una frialdad que corta como el acero—, recuerda que lo único que necesito de ti es que la brújula entre en contacto contigo. Y para eso, puedes prescindir de una oreja... o una mano.

Me giro hacia él con rabia contenida. La amenaza es clara y brutal. Si intento escapar de nuevo, no dudará en aplicar un castigo severo. Mis manos tiemblan ligeramente por la furia y la impotencia que me embargan. Sin más palabras, salgo de su habitación y cierro la puerta dando un portazo.

Dos días después de la batalla naval, la Sirena Negra zumba con actividad febril y una extraña normalidad. A pesar de los restos de sangre seca que aún salpican la cubierta, la tripulación se mueve con un ánimo rejuvenecido por el éxito del botín obtenido. El aire está lleno de risas y conversaciones animadas, como si la amenaza reciente se hubiera disipado en el horizonte.

Los marineros trabajan con destreza renovada, reparando las velas y los daños menores del combate. Algunos están ocupados contando el tesoro adquirido, compartiendo historias exageradas de los momentos más intensos del enfrentamiento. Otros limpian las armas, preparándolas para futuros encuentros que podrían ser tanto prometedores como peligrosos.

A lo largo de la cubierta, se escuchan bromas y apuestas entre los tripulantes, como si el riesgo pasado hubiera fortalecido los lazos entre ellos. El sol brilla sobre el casco negro del barco, haciendo que resplandezca de una manera ominosa pero también imponente, como si la propia Sirena Negra estuviera celebrando su victoria silenciosa en el mar.

Mi día a día, por otro lado, sigue su curso habitual. Al despertar, acudo al llamado de Sebastian para corregir el rumbo del barco. Durante el resto del día, me paseo por la cubierta, observando las rutinas de la tripulación y sintiendo el vaivén constante bajo mis pies. Antes de la cena, el capitán me llama de nuevo para asegurar la dirección.

Pero una mañana, todo es diferente. Sebastian no me llama al despertar, y aunque al principio siento un ligero alivio por no tener que compartir más tiempo con él de lo estrictamente necesario, la inquietud me carcome. La respuesta llega cuando vislumbro un islote solitario en la distancia, apenas visible entre la bruma matutina.

—Isla Delfín —dice una voz a mi lado, sacándome de mis pensamientos. Me giro y veo a Evelyn, quien me ofrece una explicación sobre este lugar—. Junto a la isla Esmeralda y la isla Coral, forman un paraíso tropical. La gente aquí es conocida por ser amable y los forasteros son siempre bienvenidos. Es un buen lugar para abastecernos y reparar daños —añade con una leve sonrisa.

—¿Vamos a atracar en tierra? —pregunto, sintiendo cómo se agita mi corazón ante la posibilidad de pisar suelo firme después de tanto tiempo.

—No bajes la guardia —me advierte ella con seriedad—. Aunque la gente de Isla Delfín sea amable, no todos los que visitan estas islas tienen buenas intenciones.

Contemplo una vez más el pedazo de tierra, imaginando cómo será caminar por sus playas y

sentir la arena bajo mis pies. A pesar de las advertencias, una chispa de esperanza se enciende en mi interior. La posibilidad de escapar, aunque remota, está ahí. Me aterra pensar en las consecuencias si me descubren, pero la libertad que podría encontrar en esas tierras desconocidas es irresistible.

—Vamos a atracar en unas horas —anuncia Sebastian al llegar a nuestro lado, interrumpiendo mis pensamientos—. Mantente cerca y no te alejes demasiado de la tripulación. No quiero tener que salir a buscarte —me advierte con severidad.

Asiento con determinación, intentando ocultar la emoción que me embarga. Mi mente ya está trabajando, maquinando planes. Esta podría ser mi única oportunidad, y estoy decidida a aprovecharla al máximo.

Capítulo 6

Con el corazón latiendo con fuerza por la mezcla de nerviosismo y emoción, llegamos finalmente a Isla Delfín. El barco se acerca lentamente a la costa, las velas ondean perezosamente con la brisa cálida que sopla desde tierra. Observo con avidez cada detalle mientras nos aproximamos.

Las aguas cristalinas revelan bancos de peces tropicales que nadan alrededor de la nave, reflejando destellos de sol sobre sus escamas. La arena blanca de la playa se extiende frente a mí, bordeada por palmeras altas que se mecen suavemente con la brisa marina. Más allá de la playa, el verde intenso de la vegetación de la isla se eleva en exuberancia, invitándonos con su promesa de tierras inexploradas.

Los habitantes locales, ataviados con ropas coloridas y adornos brillantes, nos observan desde la orilla con curiosidad y expectativa. Algunos se agolpan cerca del muelle improvisado, listos para recibirnos con gestos amigables y sonrisas acogedoras. Los aromas exóticos de frutas frescas y especias flotan en el aire, creando una atmósfera vibrante y llena de vida.

Evelyn y Sebastian se sumergen rápidamente en los preparativos para el desembarco, dando órdenes a la tripulación y discutiendo los planes para el abastecimiento y las reparaciones necesarias. Me mantengo cerca, observando todo con una mezcla de asombro y cautela. Es difícil no dejarme llevar por la belleza del lugar y la sensación de libertad que ofrece, pero sé que mi situación sigue siendo precaria y debo actuar con precaución.

A medida que nos aproximamos al muelle, una joven con una túnica azul bordada se adelanta hacia nosotros, extendiendo las manos en un gesto de bienvenida. Su sonrisa es sincera y cálida, pero sus ojos oscuros reflejan una sabiduría y una cautela propias de quienes conocen bien las mareas del mar y los secretos de las islas.

Me quedo atrás por un momento, tomando todo en silencio. Esta es la primera vez desde que fui arrastrada a bordo de La Sirena Negra que siento la posibilidad real de escapar, de encontrar respuestas sobre mi extraña conexión con la brújula y, quizás, de descubrir mi propio destino en este mundo de piratas y misterios marítimos.

Anne, la mujer de la trenza cuyo nombre ahora conozco, se ha convertido en mi sombra desde que llegamos a Isla Delfín. Su presencia firme pero reconfortante me acompaña en cada paso por la isla, asegurándose de que no me aleje demasiado del grupo. A su lado, un hombre grande y de pocas palabras, cuya mirada severa y postura vigilante, sugiere que no me pierde de vista ni por un instante.

Mientras exploramos el muelle improvisado y nos adentramos en las calles empedradas de la aldea costera, los habitantes locales nos miran con mezcla de curiosidad y hospitalidad. Algunos se detienen en su trabajo para saludarnos con sonrisas amables, otros nos observan con reservada cautela, conscientes de la reputación de los piratas y la fragilidad de la paz en estas islas.

Anne me guía a través del mercado bullicioso, donde puestos coloridos exhiben frutas exóticas, telas vibrantes y artesanías elaboradas. El aire está impregnado de aromas intensos y desconocidos para mí, mezcla de especias, hierbas y la brisa salada del mar. Cada rincón de la isla parece vibrar con vida y actividad, una muestra del día a día en este remanso tropical.

A pesar de la sensación de libertad que emana del lugar, sé que la precaución es crucial. La posibilidad de escapar sigue tentándome, pero Anne y su compañero no me dan la menor oportunidad de desviarme de la ruta establecida. Aunque me siento vigilada, también me siento protegida bajo su cuidado atento.

Mientras caminamos entre los puestos del mercado, una anciana de cabello blanco y ojos brillantes se acerca a nosotros, sosteniendo una bandeja de frutas tropicales. Su sonrisa es amable y acogedora, y sus palabras en un dialecto local suenan como una melodía suave y reconfortante. Anne intercambia algunas palabras con ella, y pronto la anciana me ofrece una fruta exótica con insistencia, como gesto de hospitalidad y buena voluntad.

Pero algo extraño ocurre cuando nuestras manos se tocan. La anciana aparta sus manos como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y su expresión amable se transforma en temor. Me señala y murmura algo en un idioma que no entiendo, con los ojos llenos de terror. Anne reacciona rápidamente, tomándome del brazo y llevándome lejos de la anciana antes de que su reacción llame la atención de los demás.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué decía? —le pregunto a Anne cuando nos hemos alejado lo suficiente para hablar en privado.

Ella me observa con una mezcla de preocupación y reserva antes de responder.

—*Awaí* —dice, con voz sombría—. Significa viajero.

Frunzo el ceño, desconcertada por su respuesta.

—¿Viajero? ¿Nos teme porque somos viajeros?

Anne niega con la cabeza con solemnidad.

—No un viajero cualquiera. Y no nos temía a nosotros, si no a ti —dice, pero no me da más explicaciones.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. La reacción de la anciana y las palabras de Anne solo aumentan el misterio que rodea mi presencia en este lugar. ¿Es posible que esa mujer supiera algo sobre mi viaje en el tiempo? ¿Se refería a ese tipo de viajero?

Las frutas en mis manos de repente parecen más pesadas. Mi mente se llena de preguntas sin respuesta mientras observo a la anciana alejarse entre la multitud del mercado. Sus ojos llenos de temor y sus palabras en un idioma desconocido resuenan en mis pensamientos. ¿Podría ser este el lugar donde finalmente encuentre respuestas? ¿Donde descubra cómo volver a casa?

Aunque la idea de encontrar una solución a mi situación me reconforta, también me llena de incertidumbre. Este mundo desconocido, con sus costumbres y su gente, es tanto un refugio como un laberinto de enigmas. Mis pasos siguen a Anne mientras nos alejamos del mercado, dejando atrás las miradas curiosas y las voces murmurantes.

Mientras caminamos por las callejuelas de Isla Delfín, observo los rostros sonrientes de los lugareños y el trasiego de la vida cotidiana. La calidez del sol tropical se mezcla con la frescura de la brisa marina, creando un ambiente vibrante y acogedor. Aunque estoy alerta, no puedo evitar sentir una chispa de esperanza. Quizás aquí, entre estas personas amables y este paisaje paradisíaco, pueda encontrar la clave para resolver el enigma de mi viaje en el tiempo.

Luego de un día tranquilo explorando Isla Delfín y absorbiendo la calidez de su atmósfera tropical, la noche finalmente se cierne sobre nosotros. Con el anochecer, la isla parece transformarse por completo. Las calles, antes bulliciosas con los vendedores y los transeúntes, se vuelven más animadas y llenas de expectación. Escucho música resonando por los callejones estrechos y veo el destello de antorchas encendiéndose en la distancia.

Anne me toma del brazo con una sonrisa enigmática mientras caminamos hacia el corazón del pueblo. Gente con los rostros pintados de colores vivos danzan alrededor de fogatas ardientes, sus movimientos rítmicos y cadenciosos crean una atmósfera mágica. El sonido de tambores y flautas se entremezcla con el crepitar de las llamas, formando una sinfonía de celebración y protección.

—Es un ritual sagrado —me explica Anne en voz baja, como si estuviéramos compartiendo

un secreto sagrado—. Es una tradición antigua para alejar a los malos espíritus y atraer la buena fortuna. La comunidad se reúne cada noche para renovar sus lazos con la tierra y con los dioses del mar.

Observo maravillada mientras las figuras danzantes giran alrededor del fuego, sus expresiones en trance mostrando devoción y respeto por la ceremonia. Las sombras danzan en las paredes de las casas de piedra, y el aroma a incienso y flores tropicales impregna el aire.

—Es hermoso —murmuro, sintiendo cómo la magia del lugar me envuelve también a mí. Pese a mi situación incierta, por un momento me siento parte de algo más grande y antiguo que mi propia comprensión.

Un grupo de mujeres se acerca a nosotros con paso firme y sonrisas cálidas. Sus manos hábiles me cubren el rostro con pinturas vivas y adornan mi cabello con joyas brillantes que destellan bajo la luz de las antorchas. No sé de dónde han sacado estas maravillas, pero su generosidad y la belleza de sus gestos me llenan de asombro y gratitud.

Después, una de ellas me entrega un coco lleno de un líquido verde y espeso. El aroma dulce y embriagador que emana me atrae casi hipnóticamente. Sin dudarlo, llevo el coco a mis labios y bebo de un sorbo. El sabor es fresco y exótico, lleno de matices que evocan la tierra fértil y las frutas tropicales que rodean la isla.

El ritmo de los tambores se intensifica a mi alrededor, marcando el compás de la noche ritualística. Las llamas de las fogatas danzan en sincronía con las figuras que giran a su alrededor, creando sombras danzantes que bailan en las paredes de las chozas. El calor del fuego contrasta con la brisa fresca que viene del mar, creando un ambiente mágico y envolvente.

Entonces, un hombre anciano se acerca a mí con paso tranquilo pero decidido. Sus ojos arrugados y sabios parecen penetrar en lo más profundo de mi alma.

—*Awaí* —me llama en un tono suave pero lleno de significado.

Sé que él sabe. Sabe que no pertenezco a este mundo, que mi presencia aquí es un misterio que conecta con algo más allá de mi comprensión. Sin una palabra, me hace un gesto para que lo siga, y lo hago sin dudarlo. Nos dirigimos hacia la fogata central, donde las llamas crepitan y danzan en una danza ancestral.

El anciano me invita a seguir sus movimientos con gestos lentos y ceremoniales. Mis pasos se sincronizan con los suyos, mi mente divagando entre la realidad tangible y un llamado ancestral que resuena en lo más profundo de mi ser. Siento que mi cuerpo vibra en sintonía con el ritmo de los tambores, y un zumbido penetrante llena mis oídos.

Entonces, en un destello de visión, veo más allá de las llamas. Veo a mi abuela, con su rostro amoroso y familiar, de pie al otro lado del fuego. Su sonrisa es una mezcla de nostalgia y alivio, como si hubiera estado esperándome durante mucho tiempo. Veo mi hogar, el lugar al que pertenezco, un refugio seguro y lleno de recuerdos.

Sin miedo, doy un paso decidido hacia las llamas que danzan, sintiendo la calidez reconfortante del fuego acariciando mi piel. Estoy a punto de cruzar, de volver a casa después de tanto tiempo perdida en este mundo desconocido.

Pero entonces me agarran del brazo con firmeza, anclándome de golpe a la realidad que no es la mía. Mi mente vuelve al presente abruptamente, y dejo de ver a través de las llamas.

Capítulo 7

Me giran bruscamente y mi rostro choca contra el pecho robusto de Sebastian. Sus ojos grises me escudriñan intensamente, llenos de sorpresa y preocupación. Sus brazos me sujetan con una fuerza desmedida, como si temiera que desapareciera si me suelta.

—¡*Awaí!* —exclama el hombre anciano a mi lado, como si quisiera que Sebastian me dejara marchar— ¡*Awaí!*

Pero Sebastian lo aleja con una sola mirada.

—¿Qué demonios haces? —su voz ruge cerca de mi oído, llena de una mezcla de alarma y confusión— ¿Es que quieres morir calcinada?

Sus palabras llegan a mí como un eco tardío, resonando en mi mente aturdida. No puedo apartar la mirada de su rostro enojado y preocupado. En esos ojos grises, veo más que ira; detecto un océano de preocupaciones y cuidados, un mar tempestuoso de emociones ocultas bajo la superficie. Me siento atrapada en su mirada, donde la calidez de su preocupación choca con la frialdad de su advertencia implícita.

Lo miro fijamente, tratando de comprender la tormenta de emociones que agita su mirada. Sin pensarlo demasiado, levanto una mano temblorosa y toco su rostro. Sebastian se tensa ligeramente bajo mi contacto, como si mi cercanía lo tomara por sorpresa. Su piel es cálida bajo mis dedos, pero su expresión permanece inescrutable, como un muro impenetrable.

—¿Qué estás...? —comienza a decir, pero lo interrumpo.

—Tu piel está cálida... —susurro, incapaz de evitar notar la sensación reconfortante de su calor.

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios, una mezcla entre diversión y fatiga.

—¿Has bebido *yumara*?

—¿*Yu...*? —trato de repetir sus palabras, pero mi atención se desvía hacia la piel de sus mejillas. Mis dedos dan suaves golpecitos, fascinada por la suavidad bajo mis yemas.

Sebastian me agarra la mano, deteniéndome antes de que le meta un dedo en la boca o en la nariz por error.

—De acuerdo, ya veo que te lo has pasado en grande esta noche —dice con calma—. ¿Qué te parece si te llevo a tu habitación para que descanses un poco?

Niego lentamente con la cabeza. No quiero que me vuelva a encerrar. No ahora. No después de lo que he sentido, de lo que he visto a través de las llamas. Quiero saber más, necesito respuestas.

—No, no quiero irme —digo con firmeza, retirando suavemente mi mano de la suya—. Quiero quedarme aquí.

Sebastian frunce el ceño, claramente contrariado por mi respuesta.

—Eleanor, has tenido suficiente. Ha sido una noche intensa y necesitas descansar —insiste él. Pero yo no puedo permitirlo. Y echo a correr.

Corro tan deprisa como puedo. Me siento flotar, como si volara en realidad. Todo a mi alrededor pasa como si no fuera más que un sueño. Los sonidos me resultan lejanos, y lo veo todo en cámara lenta.

No sé a dónde voy, pero puedo sentir la arena en mis pies. Ni siquiera soy consciente de haberme quitado las botas. Pero se siente tan bien. Sigo corriendo sin rumbo, riendo y disfrutando de la sensación de libertad que me embriaga. La brisa marina acaricia mi rostro, y el

murmullo del océano acompaña mis pasos como una melodía suave y constante.

Mis pies descalzos se hunden en la arena suave y tibia, y el contacto con la tierra firme me conecta con la naturaleza misma. Cierro los ojos por un momento y dejo que la tranquilidad del entorno me envuelva, permitiéndome sentirme en armonía con el universo.

Pero entonces, siento una presencia que rompe mi paz. Sebastian me alcanza, sujeta mis hombros y me atrae hacia su cuerpo. Al principio, me reconforta su cercanía, pero algo en su tacto y en su aroma me desconcierta.

Una oleada de alarma recorre mi cuerpo mientras mis sentidos se agudizan. Las manos que me sostienen no son las de Sebastian. Percibo un aroma diferente en el aire, una mezcla de especias y sal marina que no reconozco. Abro los ojos lentamente, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

Me esfuerzo al máximo por enfocar todos mis sentidos. Me fijo en él, es un hombre corpulento, con una sonrisa siniestra en el rostro. Está rodeado por otros cuatro hombres, todos con una apariencia igualmente intimidante. Trato de escabullirme, pero ellos me acorralan antes de que pueda hacer nada.

—No, no, preciosa. No hay necesidad de irse tan pronto —dice otro de los hombres, su tono burlón.

—Dejadme en paz —digo, intentando mantener la voz firme aunque por dentro estoy aterrada.

—Oh, pero si solo queremos charlar un poco —responde el primero, su aliento apestando a ron.

Mi mente trabaja a toda velocidad, buscando una salida, una forma de escapar. Pero ellos son demasiado rápidos, demasiado fuertes y yo me siento... ida. Uno de ellos se adelanta y agarra mi brazo, su agarre firme y doloroso.

—No hagas esto más difícil de lo que tiene que ser —gruñe, acercándose demasiado a mi cara.

Justo cuando estoy a punto de gritar, un destello de metal brilla bajo la luz de la luna. En un parpadeo, una figura se interpone entre los hombres y yo, su espada desenvainada y lista para atacar.

—Largo, ya —ordena una voz familiar.

Es Sebastian, su rostro inexpresivo pero sus ojos llenos de una furia contenida. Su presencia es imponente, emanando un aura de peligro que hace que los hombres retrocedan unos pasos. Pero no es suficiente.

—¿Y tú quién te crees que eres? —pregunta el hombre con desdén.

Sebastian no responde. En lugar de eso, se mueve con la rapidez y precisión de un guerrero entrenado. En un abrir y cerrar de ojos, desarma al hombre con un movimiento fluido de su espada y lo hace retroceder con un golpe certero en el estómago. Los otros hombres se abalanzan sobre él, pero Sebastian es un torbellino de acero y furia. Se mueve con una agilidad antinatural, esquivando sus ataques y contraatacando con una precisión mortal.

En cuestión de segundos, los cinco hombres están en el suelo, derrotados y gimiendo de dolor. Sebastian no ha derramado ni una gota de sangre, pero su mirada es fría y despiadada.

Un silencio ensordecedor se apodera de la playa. Mi corazón todavía late con fuerza en mi pecho, adrenalina recorriendo mis venas. Miro a Sebastian, sin saber si sentir alivio o miedo. Entonces se vuelve hacia mí, su rostro es una máscara de piedra, sus ojos impenetrables.

—¿Te han tocado? —pregunta con una voz ronca, cargada de ira contenida.

—¿Por qué te importa? —replico, intentando ocultar el temblor en mi voz.

—¿Te han tocado? —repite, su voz ahora temblando de furia.

Trago saliva y niego con la cabeza, sin atreverme a hablar de nuevo. Su cuerpo se relaja un segundo, solo uno, antes de volver a enfurecerse. Me agarra levanta del suelo y me coloca sobre su hombro antes de echar a andar.

Me lleva en silencio por las calles oscuras, sus pasos largos y apresurados. Le grito que se detenga, que me suelte, pero él no me escucha. No me dirige una sola palabra, su rostro permanece inexpresivo.

Sólo me baja cuando llegamos a una posada destartalada. Me empuja hacia adentro y me obliga a subir las escaleras a un ritmo vertiginoso. Casi tropiezo en cada escalón, luchando por mantener el equilibrio. Me lleva a una habitación al final del pasillo y me empuja dentro, cerrando la puerta tras él con un golpe seco.

Me encuentro en una habitación pequeña y oscura, amueblada con una cama desvencijada, una mesa coja y una silla tambaleante. Una ventana diminuta deja entrar un rayo de luz pálida de la luna, apenas suficiente para iluminar la estancia.

Sebastian camina en círculos por la habitación, sus manos se abren y cierran con inquietud. Su rostro está surcado por líneas de tensión y su mirada es feroz. No dice nada, pero su silencio es más elocuente que cualquier palabra.

—Tienes que dejar de llevarme como a un saco de patatas —me quejo, sintiendo cómo mi espalda protesta por el movimiento brusco. Cierro los ojos un momento, tratando de ignorar el dolor sordo que se extiende desde mi columna.

Mi voz parece sacarlo del trance en el que está sumido. Sebastian se voltea hacia mí con brusquedad, y su cercanía repentina me hace retroceder involuntariamente. Sus ojos están inyectados en rabia, brillando con una intensidad que hiela mi piel y hace que un escalofrío recorra mi espalda.

—¡Y tú tienes que dejar de tentar a la muerte! —exclama con voz ronca y llena de frustración, sus palabras resonando en la habitación cargada de tensión.

Sus acusaciones me indignan profundamente.

—¡Yo no estoy tentando a la muerte! —replico con vehemencia, mis manos apretando los puños con frustración.

Sebastian se ríe, pero su risa no es reconfortante; es profunda y amenazante, haciendo eco en las paredes de la habitación y enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

—Te he salvado de ser violada, dos veces. ¡Por no hablar de que casi saltas al fuego! —continúa, su voz resonando con un tono de advertencia y preocupación.

Mis ojos se abren de par en par ante sus palabras, impactada por la crudeza de su afirmación. Me acerco aún más a él, la incredulidad y la rabia burbujeando en mi interior.

—¡Nada de esto habría ocurrido si no me hubieras secuestrado! —afirmo con firmeza, señalándolo con el dedo acusador.

—Yo no te habría secuestrado si no me hubieras robado la brújula en primer lugar —responde él con dureza, su mandíbula tensa y los ojos fijos en los míos.

—¡Yo no he robado nada! —insisto, mi voz resonando en la habitación cargada de emociones encontradas. Pero en el fondo, sé que por más que lo repita, él no me creerá.

La habitación se llena de un silencio tenso, solo interrumpido por nuestra respiración agitada y el zumbido de la lámpara en la esquina.

Sebastian me observa con intensidad, sus ojos grises buscando los míos como si pudieran leer mis pensamientos. El aire entre nosotros vibra con una tensión palpable, un silencio que se siente más pesado que cualquier palabra pronunciada. Puedo sentir el calor de su cuerpo cercano al

mío, su presencia dominante y desafiante.

—Eleanor... —murmura finalmente, su voz más suave ahora, pero aún cargada de esa energía latente entre nosotros. Sus manos, que momentos atrás me sujetaban con firmeza, ahora parecen indecisas, como si contuvieran la tentación de tocarme de nuevo.

Sebastian se acerca un paso más, su aliento cálido rozando mi piel. Puedo sentir la electricidad entre nosotros, un magnetismo que parece crecer con cada segundo que pasa. Nuestros rostros están a centímetros de distancia, las líneas que nos separan se desdibujan en la oscuridad de la habitación.

—Necesito... que estés a salvo —dice de pronto, rompiendo el silencio.

Me quedo paralizada bajo su mirada penetrante, mi respiración agitada y mi corazón latiendo con fuerza. Pero entonces lo comprendo, y me obligo a volver a la realidad, a pensar con claridad.

—Por la brújula —digo, sin separarme un solo milímetro de él.

Sebastian asiente, su mirada aún fija en la mía. Luego se aparta un paso.

—Por la brújula —responde.

Muevo la cabeza ligeramente, sintiendo la decepción arrastrarse por mis pensamientos. ¿Qué esperaba realmente? ¿Que confesara que le atraigo? Como si me importara.

—Es tarde —dice Sebastian de repente, rompiendo el silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros—. Deberíamos descansar.

Asiento lentamente, sin atreverme a decir más. Pero mi atención vuelve a desviarse, y lo observo atónita mientras se quita la camisa con movimientos deliberados, revelando su torso musculoso bajo la tenue luz de la habitación. Un escalofrío recorre mi espalda al verlo, dejándome sin aliento por un momento. Instintivamente, cierro los ojos con fuerza, tratando de apartar la imagen de su cuerpo desnudo que se ha grabado en mi mente.

—¿Pero qué te crees que haces? —mi voz sale temblorosa cuando finalmente logro articular palabras.

Él suelta una risa ronca que resuena en la habitación, un sonido que me eriza la piel.

—Prepararme para dormir. Dicen que no es bueno dormir con las botas puestas —responde con un deje sarcástico en la voz.

Bufando por su respuesta, aún confundida y molesta, pregunto:

—¿Y no sería más apropiado que lo hagas en tu propia habitación?

—Esta es mi habitación. Nuestra habitación —declara con indiferencia, mientras comienza a desabrocharse los pantalones.

Giro hacia él con los ojos muy abiertos, impactada por sus palabras y su estado semidesnudo. El rubor me sube a las mejillas y rápidamente cubro mis ojos con las manos.

—¿Quieres que compartamos habitación?! —exclamo sin poder creer lo que está diciendo.

—Puedes quedarte la cama, yo dormiré en el suelo. No es el peor sitio donde he dormido —añade con calma, como si mi protesta no tuviera importancia.

Salto de la cama de un brinco, sintiendo mi corazón latir con fuerza y la frustración aumentando.

—Te advertí que habría consecuencias si intentabas escapar de nuevo —me recuerda con calma.

—¡No! De ninguna manera. ¡No vamos a compartir habitación! —insisto con vehemencia, sintiendo que mi voz tiembla por la mezcla de frustración y vergüenza.

Pero él parece no escucharme en absoluto. Cuando me atrevo a mirar de nuevo, ha extendido una manta en el suelo y se ha tumbado boca abajo sobre ella, ignorando por completo mis quejas.

Por lo menos se ha dejado los calzones.

Estoy tan sorprendida y alterada que me faltan las palabras. Me llevo las manos a la cara, intentando tranquilizarme mientras la realidad de la situación me golpea como una ola. El calor de la ira y la incomodidad me mantienen en un estado de agitación constante.

Finalmente, me obligo a tumbarme en la cama, pero no puedo dejar de dar vueltas en las sábanas. Aunque la cama sea sorprendentemente cómoda comparada con el barco, la presencia cercana de Sebastian, tan desnudo y cerca, me impide encontrar paz.

El silencio llena la habitación, solo interrumpido por su suave respiración. Observo cómo parece estar completamente en paz consigo mismo, como si la situación no le afectara en lo más mínimo. Esa indiferencia solo me enfurece más.

—Esto está mal —murmuro para mí misma, pero lo suficientemente alto como para que él me escuche.

—Duérmete —responde con voz calmada y baja.

Gruño en respuesta, dándole la espalda y apretando los ojos con fuerza, tratando de bloquearlo todo.

El cansancio finalmente empieza a vencerme. A pesar de mi mente inquieta, mi cuerpo se relaja lentamente y caigo en un sueño lleno de imágenes turbulentas: islas distantes, mares agitados y una libertad que parece tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejana.

Capítulo 8

Los tres días siguientes se convierten en un verdadero infierno para mí. Sebastian no me da ni un solo momento de paz. Me sigue a todas partes como una sombra silenciosa pero omnipresente. Su mirada grisácea me taladra incluso cuando creo estar sola, como si sus ojos tuvieran el poder de traspasar las paredes. El único momento de intimidad que tengo es cuando me aseo por la mañana, encerrada en el pequeño baño de la posada. Pero incluso entonces, sé que está ahí, esperando detrás de la puerta, hablándome a través de ella para asegurarse de que no intento escapar.

Su voz ronca me pone la piel de gallina, y no puedo evitar sentir una punzada de miedo cada vez que la escucho. Es como si estuviera constantemente vigilándome, esperando que cometa el más mínimo error para castigarme.

Lo peor de todo es que parece disfrutarlo. Cada vez que me atrapa mirando en su dirección, una sonrisa maliciosa se asoma en su rostro. Sus labios curvados en una mueca cruel me hacen sentir humillada e impotente.

Pero las noches son la peor parte. Mi parte racional, la que me recuerda que este hombre me mantiene cautiva, me obliga a odiarle, a detestarlo. Pero otra parte de mí, una que al principio era apenas perceptible pero que ahora es cada vez más fuerte, disfruta de su compañía. A esa parte oscura, le encanta tener su atención. Discutir con él, sentir la calidez de su cuerpo contra el mío, observar los fuertes músculos a la luz de las velas... Se han convertido en pequeños placeres que me hacen sentir despreciable.

Por suerte, al cuarto día, abandonamos isla Delfín. Y con ello, recupero la intimidad de mi habitación. Sin embargo, y a pesar de lo mal que está, me sorprende a mí misma añorando su compañía.

Me cuesta admitirlo, pero hay algo en él que despierta mi curiosidad, algo que me atrae de una manera que no puedo explicar. Sus ojos, tan fríos y calculadores, ocultan una historia que me muero por descubrir. Cada roce accidental, cada mirada prolongada, se convierte en un juego peligroso que me mantiene en vilo. Me encuentro a mí misma esperando esos momentos, ansiando el calor de su proximidad, a pesar de la confusión y el miedo que también traen consigo.

Intento recordarme constantemente quién es él y por qué estoy aquí, pero es difícil mantener la claridad cuando mi cuerpo reacciona de formas tan contradictorias.

A veces me pregunto si estoy perdiendo la cabeza, si esta atracción inexplicable no es más que el resultado de mi situación desesperada. Pero, ¿y si hay algo más?

Decido no darle más importancia y las semanas siguientes transcurren en una especie de rutina. En algunos islotes, Sebastian me permite acompañarlo en sus negocios, mientras que en otros me obliga a quedarme en el barco. No hay reglas claras, solo sus caprichos momentáneos.

Sin embargo, algo ha cambiado. Esta última negociación en un islote remoto parece haber sido particularmente exitosa. Sebastian regresa al barco con una sonrisa triunfal y un aire de satisfacción que no puedo evitar observar.

Se corre la voz de que Sebastian ha conseguido un buen trato, y el rumor se propaga como la pólvora por la cubierta. La tripulación está eufórica, y pronto se empiezan a hacer planes para una gran fiesta.

La idea de una fiesta en medio del océano me llena de una mezcla de emociones. Por un lado,

siento una pequeña chispa de alegría. Es la primera vez que veo a la tripulación tan animada y relajada. Por otro lado, no puedo evitar sentir una punzada de inquietud. ¿Una fiesta con alcohol en medio del océano? ¿Qué podría salir mal?

Intento ignorar mis recelos y unirme a la alegría general. Consiento en beber un poco de ron, y la música y el baile me ayudan a olvidar por un momento mis preocupaciones. La tripulación me acoge con calidez, haciéndome sentir parte de ellos.

Observo a Sebastian divirtiéndose con la tripulación, contando historias y riendo a carcajadas. Me pregunto qué estará diciendo.

La música suena a nuestro alrededor, llenando el barco de ritmo y vitalidad. Es sorprendente la cantidad de músicos que se encuentran entre la tripulación. Algunos tocan los bombos con energía salvaje, otros rasguñan guitarras con pasión, y la misteriosa Anne canta como los ángeles, su voz elevándose sobre la marea de sonido como un faro en la noche.

La gente baila sin ton ni son, moviendo sus cuerpos al ritmo de la música sin ningún tipo de restricción. Y yo los observo con fascinación.

En algún momento, mi mirada se topa con la de Sebastian. Sus ojos grises brillan con intensidad y una oleada de calor recorre mi cuerpo. Me inquieta y me avergüenza su atención, así que desvío la mirada hacia otro lado mientras doy un sorbo a mi bebida, tratando de disimular mi nerviosismo.

Pero entonces varias personas se me acercan con la intención de sacarme a bailar. No tengo opción de resistirme, pues me toman de las manos y me arrastran hacia la pista de baile. Al principio me siento cohibida, como un pez fuera del agua. No sé cómo moverme al ritmo de esta música tan salvaje, nunca he aprendido a bailar de este modo tan desenfrenado.

Sin embargo, en seguida me doy cuenta de que nadie me presta atención. Todos están disfrutando de la música y de la bebida, a nadie le importa cómo baile. Así que decido dejarme llevar por la melodía, dejando que la música penetre en mí y fluya por mi cuerpo.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el ritmo, moviendo mis caderas y mis brazos sin ninguna inhibición. La música me invade por completo, y por un momento, olvido todas mis preocupaciones y miedos.

De repente, siento unas manos rodear mis caderas. Un escalofrío recorre mi cuerpo, pero no me detengo. No puedo, no quiero. El contacto me enciende, me hace sentir viva. Sigo bailando con mi acompañante, nuestros cuerpos se pegan cada vez más. Yo serpenteo a su alrededor, como una enredadera que se aferra a su tronco.

En este momento, solo quiero bailar, quiero sentir la música fluyendo por mi cuerpo, quiero olvidar todo lo que me rodea.

Mis caderas se mueven con un ritmo cada vez más frenético, mis manos rozan su pecho, mis labios se entreabren en un suspiro de placer. La música nos envuelve, nos atrapa, nos convierte en uno solo.

Cuando la canción termina, abro los ojos y me encuentro cara a cara con Sebastian. Sus ojos grises me miran con una intensidad que me hace estremecer. Su respiración es agitada, sus labios entreabiertos. Se acerca un poco más, invadiendo mi espacio personal, y su aroma masculino me envuelve por completo.

—¿Dónde has aprendido a moverte así? —susurra con voz ronca y sensual, apenas audible por encima del bullicio de la fiesta.

Me quedo sin palabras, sin saber qué responder. Nuestros cuerpos siguen pegados, como si estuviéramos unidos por una fuerza invisible. Una parte de mí todavía no le quiere soltar, a pesar de la racionalidad que me grita que debería alejarme. He sabido que era él desde el momento en

que me ha tocado, he sido consciente de con quién he estado bailando durante todo este tiempo. ¿Qué demonios significa eso?

No entiendo por qué he disfrutado tanto este baile, por qué me he dejado llevar por la música y por sus caricias. Este hombre me ha secuestrado y me mantiene cautiva.

Sacudo la cabeza volviendo a la realidad. Me separo de él con un movimiento brusco, rompiendo el contacto físico que me perturba tanto.

—Tengo que irme —murmuro en voz baja, evitando mirarlo a los ojos mientras me alejo de la pista de baile. Mi corazón late con fuerza, luchando contra la atracción que me confunde y asusta a la vez.

Pero él no me deja ir tan fácilmente. Lo siento detrás de mí, su presencia tan imponente como siempre. Me alcanza en las escaleras y me arrincona contra la pared. Sus pupilas están dilatadas y hay algo en su mirada que despierta en mí un fuego que amenaza con destruirme.

—Eleanor... —murmura, su voz profunda resonando en mis oídos como un eco distante.

Intento responder, pero las palabras se me escapan. Siento una mezcla de emociones encontradas: miedo, deseo, confusión. Mi corazón late con fuerza, y la proximidad de su cuerpo me provoca un calor que no puedo ignorar. Sus dedos rozan mi mejilla, y el simple contacto me hace temblar. No sé si quiero apartarme o acercarme más. Es como si estuviéramos atrapados en una danza peligrosa, una en la que ninguno de los dos quiere dar el primer paso.

—¿Qué estás haciendo? —susurro finalmente, mi voz apenas audible, mientras trato de recuperar el control sobre mis emociones.

—No lo sé —admite él, su aliento cálido acariciando mi piel, provocando un escalofrío que recorre todo mi cuerpo—. Pero seguro que es una mala idea.

Yo me estremezco, la cercanía de su cuerpo es una mezcla embriagadora de tentación y peligro. Puedo sentir cada latido de mi corazón reverberando en mi pecho, mi respiración se acelera y, por un momento, todas las razones por las que debería alejarme se desvanecen.

—Muy mala —le aseguro, tratando de imponer algo de racionalidad en la situación. Pero mi voz tiembla, traicionando la lucha interna que me consume.

Nuestros rostros están a centímetros de distancia, y puedo ver la tormenta de emociones reflejada en sus ojos grises. Su mandíbula se tensa y, por un instante, parece debatirse entre seguir adelante o retroceder. El hueco de la escalera se siente más pequeño, el espacio entre nosotros se reduce a una fina línea que amenaza con desaparecer.

La fiesta sigue su curso, ajena a nuestra encrucijada. Las risas y la música parecen provenir de otro mundo, lejano e irrelevante. El tiempo parece ralentizarse, cada segundo se estira hasta convertirse en una eternidad. Puedo ver cómo la mirada de Sebastian viaja desde mis ojos hasta mis labios y de vuelta, una lucha interna visible en sus facciones tensas.

Siento su respiración, cálida y entrecortada, mezclándose con la mía. La anticipación es un torrente de sensaciones que amenaza con desbordarme. Quiero decir algo, pero las palabras se atorán en mi garganta, incapaces de salir. Todo lo que puedo hacer es esperar, suspendida en este momento que parece durar una vida.

De repente, sus ojos se oscurecen, una decisión tomada en un instante.

—Al cuerno —dice de pronto, y estrella sus labios contra los míos.

El mundo se detiene. Su beso es urgente, lleno de una necesidad desesperada que me deja sin aliento. Siento sus manos firmes sujetando mi rostro, sus dedos se enredan en mi cabello, y un fuego ardiente se enciende en mi interior, consumiendo todas mis dudas y miedos.

Respondo con la misma intensidad, mis manos se aferran a sus hombros, acercándolo más a mí. La racionalidad se desvanece, reemplazada por un deseo feroz que nunca antes había

experimentado. Sus labios se mueven con destreza, explorando cada rincón de mi boca, y me pierdo en la vorágine de sensaciones.

El mundo exterior desaparece, el bullicio de la fiesta se convierte en un murmullo lejano. Todo lo que importa es este momento, este contacto electrizante que nos une de una manera que no puedo entender, pero que no quiero detener.

Pero ocurre. Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos respirando con dificultad, nuestras frentes aún pegadas, nuestros cuerpos tan cerca que puedo sentir el latido de su corazón sincronizado con el mío. Sus ojos grises, ahora oscurecidos por la pasión, me miran con una intensidad que me deja sin palabras.

—Una idea pésima —dice entre dientes mientras se aleja de mí. Su mirada no abandona mis labios.

Yo asiento, sin dejar de observarlo. Nos miramos unos segundos en silencio, ambos tratando de recuperar la compostura. Su mirada es pesada, cargada de promesas y amenazas, y mi corazón se retuerce en mi pecho. Finalmente, encuentro la voz para despedirme.

—Buenas noches —murmuro, y me aparto de él, subiendo las escaleras rápidamente. Siento su mirada en mi espalda, pesada y cargada de todo lo que no puedo permitirme sentir.

Cuando finalmente llego al camarote, cierro la puerta con un golpe sordo y me apoyo contra ella, mi pecho subiendo y bajando con rapidez. Me llevo una mano a los labios, todavía hinchados por el beso. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Capítulo 9

Cuando despierto, estoy agotada. Apenas he podido dormir esta noche. Mis sueños estaban llenos de imágenes de Sebastian, de sus ojos grises llenos de tormenta, de sus manos firmes sujetando mi rostro, de sus labios sobre los míos.

He despertado varias veces durante la noche, mi corazón latiendo con fuerza, mis pensamientos desordenados. Y cada vez que abría los ojos, lo buscaba a él, esperando verlo cerca, esperando que sus ojos me dieran alguna señal de lo que había sucedido. Pero recuerdo que ya no compartimos habitación. Su presencia, tan opresiva y constante los últimos días, ha desaparecido.

Me levanto lentamente, sintiendo el peso del cansancio en cada uno de mis músculos. Después suspiro. Necesito tiempo para pensar, para entender lo que ha pasado y lo que significa. Necesito alejarme de esa tormenta de emociones que me atrapa cada vez que estoy cerca de él.

El camarote está en penumbra, las primeras luces del amanecer apenas se filtran por la pequeña ventana. El aire es fresco y salino, y el silencio del barco me envuelve como una manta. Me dirijo hacia el espejo y me observo. Mis ojos están cansados, con sombras oscuras debajo, y mis labios, todavía hinchados por el beso de anoche, son un recordatorio constante de lo que ha ocurrido.

Intento enfocarme en la rutina, buscando una sensación de normalidad. Me aseo rápidamente, tratando de no pensar en él, en su presencia, en la sensación de sus manos en mi piel. Pero es imposible. Cada movimiento me recuerda a él, a la intensidad de su mirada, al calor de su cuerpo.

Mientras me preparo para enfrentar el día, mi mente sigue regresando a esos momentos en la escalera, a la mezcla de deseo y miedo que sentí.

Con un suspiro, termino de arreglarme y me preparo para salir del camarote. Afuera, el barco empieza a despertar. Escucho los murmullos de la tripulación, el sonido de las olas contra el casco, el crujir de la madera bajo mis pies. Es un nuevo día, y aunque me siento perdida y agotada, sé que tengo que seguir adelante.

La distancia que tanto necesito me parece frágil, como si pudiera desmoronarse en cualquier momento. Pero por ahora, me aferro a ella, buscando en la rutina y en el trabajo una manera de recuperar mi equilibrio. Necesito claridad, y solo el tiempo y el espacio me la pueden dar.

Pero Sebastian es el capitán del barco, y me necesita para hacer funcionar su brújula. No pasa mucho rato hasta que Evelyn aparece para informarme que el capitán me reclama.

Asiento sin decir palabra, sintiendo cómo mi estómago se revuelve con nerviosismo. Mientras camino hacia su camarote, cada paso se siente como un eco de mis propias dudas y miedos. La distancia que tanto necesito se desvanece, y cada vez me acerco más a la tormenta que Sebastian representa. Llego a la puerta y respiro hondo antes de llamar.

—Adelante —resuena su voz desde el interior, y empujo la puerta con manos temblorosas.

Cuando entro, Sebastian está de pie junto a la mesa, revisando unos mapas. Levanta la vista al verme, y sus ojos grises me atrapan al instante. Su mirada es intensa, y puedo ver que la noche tampoco ha sido fácil para él. Hay una tensión en su postura y no puedo evitar preguntarme si es por mí.

Me acerco a la mesa, intentando mantener la compostura. La cercanía de su presencia me afecta más de lo que quiero admitir, pero me obligo a concentrarme en la tarea. Coloco mis

manos sobre la brújula y cierro los ojos, tratando de bloquear todo lo demás. La aguja empieza a dar vueltas hasta que se detiene en un punto fijo.

Sebastian la observa y maldice en voz baja. Suspira, frunciendo el ceño mientras evalúa los mapas con una expresión concentrada.

—Nos hemos desviado —informa a Evelyn, quien sin mediar palabra sale del camarote para remediarlo.

Nos quedamos a solas, y el silencio se vuelve incómodo. Me muerdo el labio inferior, sin atreverme a romper el silencio. Sebastian se acerca a la ventana sin dejar de mirarme. Parece que va a decir algo, pero entonces se detiene. Entonces hace un gesto con la mano.

—Puedes marcharte —me ordena, su voz firme.

Y yo obedezco.

El resto del día transcurre con tranquilidad. Le pido a Evelyn que me asigne algunas tareas sencillas para mantenerme ocupada, utilizando el pretexto del aburrimiento. Ella accede encantada, siempre son bienvenidas un par de manos más.

Me sumerjo en las tareas, dedicándome a pequeñas labores que requieren atención y cuidado. Limpio y organizo algunas provisiones en el camarote, reviso los suministros de navegación y ayudo a ordenar parte de la cubierta.

Al final del día, mi cuerpo está cansado pero la sensación de satisfacción se mezcla con el alivio. El esfuerzo físico ha dejado mi piel cálida y sudorosa, pero también he encontrado un respiro temporal de mis pensamientos turbulentos.

Regreso a mi camarote, deseando un momento de tranquilidad después de una jornada agotadora. La luz de una sola vela tiñe el espacio con sombras que bailan en las paredes de madera. Me despojo de la camisa de trabajo, colgándola en un gancho con gesto automático, mientras el aire marino fresco se cuele por la ventana entreabierta y acaricia mi piel.

Un baño rápido alivia los músculos tensos, y me visto con una camisa que, aunque ajustada, es lo único limpio que tengo. Ceno en compañía de la tripulación, compartiendo historias y risas que momentáneamente alejan las preocupaciones.

Después de la cena, deambulo por el barco, perdida en mis pensamientos, hasta que la voz de Sebastian me llama de nuevo. Al entrar en su camarote, su mirada recorre mi figura con una intensidad que me hace sentir incómoda.

Decido ignorarlo y hacer lo que se espera de mí. Me acerco a él, tomo la brújula, y aguardo hasta que todo esté bien. Pero esta vez, Sebastian no mira a la brújula.

—¿Ocurre algo, capitán? —mi voz sale con un deje de sarcasmo, intentando romper la incómoda quietud.

Sebastian aprieta la mandíbula con fuerza. De repente, sin previo aviso, arranca la brújula de mis manos y me empuja suavemente hacia el escritorio, arrinconándome con determinación.

—Si tu intención es volverme loco, lo estás consiguiendo. Pero te aseguro que no es una buena idea. —su tono es áspero, casi un gruñido contenido.

—¿Disculpa? —mi confusión es genuina, aunque mi mente ya empieza a divagar con anticipación sobre lo que está ocurriendo.

—¿Qué demonios llevas puesto? —su voz es una mezcla de incredulidad y frustración.

Entonces, comprendo a qué se refiere. Mi camisa, que al principio pensé que era solo un poco ajustada, está mucho más ceñida de lo que debería. Los botones apenas se sujetan sobre mi pecho, dejando entrever un escote más pronunciado de lo habitual.

Un calor repentino me sube por el cuello hasta las mejillas, sintiéndome abrumada por la vergüenza. ¡He estado paseándome así por todo el barco!

Instintivamente, trato de cubrirme con las manos, pero Sebastian me detiene. Sus dedos rozan mi cuello y luego bajan hasta el escote, un contacto ligero pero cargado de una tensión que no puedo ignorar.

—He visto que has estado trabajando hoy —comenta, como si tratara de devolverme a la realidad que ahora se desdibuja ante su cercanía.

Intento mantener la compostura mientras respondo. Hablar de Evelyn y del trabajo es un ancla para mi mente, una excusa para evitar perderme en el magnetismo de sus caricias.

—Necesitaba... despejar la mente —murmuro, luchando por mantener mi voz firme mientras sus dedos continúan su danza sutil sobre mi piel.

La sonrisa de Sebastian es un desafío, una invitación encubierta.

—¿Hay algo que te preocupe? —pregunta con curiosidad fingida.

No puedo evitar el leve bufido ante su pregunta. La ironía no se pierde en mí, pero es difícil concentrarme cuando cada célula de mi cuerpo parece estar vibrando por su cercanía. Por dentro mi pulso se acelera con cada segundo que pasa.

—Bueno, resulta que la vida de prisionera es bastante más aburrida de lo que imaginaba —respondo, intentando mantener un tono ligero a pesar del torrente de emociones que amenaza con desbordarse.

—¿De veras? —responde él con tono desafiante, aumentando la intensidad de sus caricias. — Bueno, eso tiene fácil arreglo. Si quisieras, podría hacerte la vida más difícil. Puedo atarte, si así lo deseas. O azotarte, incluso.

Me muerdo el labio, sintiendo cómo mis mejillas arden ante la sugerencia velada. No me ha pasado desapercibido el doble sentido de sus palabras. Mis pensamientos se dispersan mientras sus dedos trazan círculos y líneas sobre mi escote, dejando una estela de calor que parece incendiar mi piel. Cierro los ojos un instante, dejándome llevar por la sensación embriagadora de su toque, de la electricidad que parece fluir entre nosotros.

Entonces, Sebastian se acerca a mí, su aliento cálido rozando mi piel expectante. Nuestros rostros quedan a apenas centímetros de distancia y mis labios entreabiertos anhelan el contacto, pero él se aparta bruscamente antes de que pueda cumplirse mi deseo. Emito un gruñido de frustración, incapaz de ocultar mi molestia.

—Dejemos las cosas claras —declara de repente, con una frialdad que hiela mis entrañas—. Para mí no eres más que una herramienta —me recuerda—. Una herramienta deliciosa con unos pechos preciosos. Y esto... —sus dedos traviosos acarician uno de mis pezones a través de la tela ajustada de mi camisa, haciendo que mi respiración se entrecorte ante el contacto inesperado— ... no cambia nada.

Mi respuesta es un gruñido de desafío mientras intento liberarme de su agarre, pero él me sujeta con una fuerza implacable, apretándome contra el escritorio con determinación.

—Te detesto —le escupo entre dientes, mi voz cargada de una mezcla de rabia y deseo frustrado.

Sebastian simplemente sonrío, como si mi furia solo añadiera más sabor a su juego.

—Bien —murmura con una tranquilidad que me desconcierta.

Y entonces, sin previo aviso, sus labios encuentran los míos en un beso que es todo menos suave. Es un beso que arde con la misma intensidad que el conflicto entre nosotros, lleno de pasión turbulenta y una tensión que amenaza con consumirnos a ambos.

Nuestros labios se encuentran en un choque de deseos y resistencias, una batalla de atracción y desprecio que se entrelaza en cada movimiento de nuestros cuerpos. Aunque mis palabras sean de odio, mis labios responden al suyo con una urgencia que delata mi propia contradicción

interna. El beso es un torbellino de emociones encontradas: furia contenida, deseo reprimido y una extraña complicidad que ninguno de los dos está dispuesto a admitir en voz alta.

Sebastian no se aleja ni un segundo de mí, su mano que me sujeta con firmeza deja claro que está en control de la situación. Mi cuerpo reacciona sin mi consentimiento, atrapado entre la necesidad de alejarme y el deseo salvaje de rendirme a la intensidad de sus caricias. Sus labios exploran los míos con una habilidad que no puedo ignorar, haciendo que mi resistencia se tambalee como un castillo de naipes ante un vendaval.

Sus manos, ahora aún más decididas, desgarran mi camisa con una urgencia que refleja la pasión desbordante entre nosotros. Los botones vuelan como pequeños proyectiles, mientras un gemido se escapa sin control de mis labios cuando sus besos bajan hasta mis pechos. El fuego que enciende bajo su toque es avivado por cada caricia, extendiéndose como una llama voraz que consume mis pensamientos y sentidos.

Instintivamente, mis manos se aferran a sus hombros, buscando apoyo en medio del torrente de sensaciones que me envuelve.

Entonces, sus manos se deslizan hacia los botones de mis pantalones con una determinación que me hace temblar. La tela cede ante su avance, y antes de que pueda siquiera asimilarlo, su mano está dentro, acariciándome con una destreza que me hace arquear el cuerpo en respuesta.

Gimo bajo su tacto, completamente rendida. Sin embargo, él no parece satisfecho solo con acariciarme. Separándose solo lo suficiente, desliza mis pantalones por mis tobillos y los lanza lejos. En un instante, me encuentro desnuda frente a él, vulnerable y expuesta ante mi propio deseo y su poder.

Me asalta una oleada de incertidumbre, pero antes de que pueda articular una palabra, sus manos se posan firmemente en mis caderas y me impulsan hacia arriba, haciéndome sentar en el borde del escritorio. La frialdad de la superficie contrasta con el calor que emana de mi piel. Sin vacilar, se arrodilla frente a mí, sus ojos fijos en los míos mientras la intensidad de su mirada me atraviesa como un rayo.

En ese momento suspendido en el tiempo, todo a mi alrededor parece desvanecerse excepto él y yo. La intensidad de su mirada es como un fuego que me consume desde adentro, despertando una mezcla vertiginosa de excitación y nerviosismo en mi interior.

Con sus manos firmes en mis caderas me mantienen en el borde del escritorio, se inclina hacia mí con determinación, su aliento cálido rozando mi intimidad.

Y entonces, me devora.

Tengo que cerrar los ojos, mis manos se aferran con fuerza a la madera de la mesa, mientras siento su lengua explorando cada centímetro de mi piel con una intensidad que me hace temblar. Cada roce es como una descarga eléctrica que recorre todo mi ser, haciendo que mis sentidos se agudicen y mi respiración se acelere. Siento cómo su boca se mueve con destreza, explorando, provocando, llevándome al borde del precipicio del placer.

Mis pensamientos se disuelven en una neblina de sensaciones abrumadoras. Sus manos aún firmes en mis caderas me mantienen anclada al borde del escritorio, mientras él sigue devorándome con una pasión que me deja sin aliento. Cada movimiento es cuidadosamente calculado para provocar un torbellino de emociones en mí, y lo logra con cada succión, cada caricia, cada gemido que escapa de mis labios entre sus besos.

Me dejo llevar por la marea de sensaciones, entregándome completamente a él, a este momento donde solo existimos él y yo. Mis manos se aferran más fuerte a la madera, necesitando algo tangible para sostenerme en medio del torbellino de placer que desata en mí con cada movimiento experto de su lengua.

El orgasmo llega con una intensidad abrumadora, golpeándome como una ola gigante. Mi cuerpo se estremece y un gemido incontrolable escapa de mis labios. Mis manos, que antes se aferraban al borde del escritorio, ahora encuentran su camino hacia su pelo oscuro como la noche, aferrándome a él como si fuera mi única ancla en medio de la tormenta de sensaciones.

Sebastian no se detiene, sigue entregándome a las olas sucesivas de placer hasta que finalmente, lentamente, se desvanecen. Estoy respirando agitadamente, mi corazón latiendo desbocado, mientras me quedo allí, completamente rendida y saciada.

Sebastian se incorpora, tiene toda la cara mojada, y parte de su ropa también lo está. Se acerca a mí y me besa, obligándome a saborear mi propio placer.

—Jodidamente deliciosa... —susurra contra mis labios, su aliento cálido enviando escalofríos por mi piel.

Después se aleja y me acerca la brújula para que le muestre el rumbo correcto.

Capítulo 10

Lo observo desde la distancia, mientras él ejerce su papel de capitán con una disciplina impecable. Su mirada ardiente me recorre de arriba abajo, dejando un rastro de fuego en cada centímetro de mi piel. Cada gesto, cada movimiento estratégico que hago para desabrochar un botón y revelar más de lo debido, lo afecta profundamente. Puedo sentir cómo aprieta la mandíbula con fuerza, conteniendo el deseo que se desborda entre nosotros.

Disfruto cada instante de esta danza prohibida, especialmente cuando sé que está completamente fuera de su alcance en ese momento. Es un juego peligroso pero excitante, donde cada mirada furtiva, cada roce accidental, aviva el fuego que nos consume. El pulso acelerado, el calor que se eleva en la habitación, son testigos silenciosos de la tensión que fluye entre nosotros, como una corriente eléctrica palpable.

Una noche, Sebastian me hace llamar y mi cuerpo se enciende de anticipación. Sin embargo, al llegar al camarote, encuentro demasiada gente presente. Evelyn, Anne y otros altos rangos de su tripulación están inmersos en una discusión intensa sobre algo que no logro comprender del todo.

Mis pasos hacen eco en la habitación mientras entro, y gradualmente las voces se disipan en un silencio tenso. Es evidente que algo grave está sucediendo. Observo a Anne levantarse con determinación y declarar con voz firme:

—Debemos parar, Sebastian.

El impacto de sus palabras reverbera en el camarote. La seriedad en los rostros de los presentes es palpable mientras la tensión se apodera del ambiente. Anne sale de la habitación seguida por los demás, dejándome a solas con Sebastian, cuya expresión es un equilibrio entre sorpresa y resignación.

Me acerco a él, sintiendo el peso del silencio que ha quedado suspendido en el aire.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada.

—No es de tu incumbencia, métete en tus asuntos —responde él con brusquedad, su tono cargado de irritación.

Yo bufo ante su mal humor y tomo la brújula que descansa sobre la mesa. Se la muestro, sosteniéndola frente a él. Espero en silencio mientras la aguja se estabiliza bajo su dirección, luego la devuelvo a su lugar con gesto decidido y me giro para marcharme.

—¿A dónde crees que vas? —me detiene con su voz ronca.

Me vuelvo para enfrentarlo, encontrando su mirada intensa clavada en la mía.

—Llevas días provocándome —me advierte mientras se acerca a mí con paso decidido.

Antes de que pueda reaccionar, me envuelve en sus brazos y sus labios buscan mi cuello con hambre. Mi cuerpo responde instintivamente al contacto, pero me obligo a apartarlo con decisión.

—Puedo aceptar ser tu herramienta, pero no seré tu puta. Si tienes problemas, busca otra forma de desahogarte —le digo con firmeza, manteniendo mi postura a pesar de la cercanía incómoda.

Su rostro se endurece en una máscara de ira contenida que no muestra arrepentimiento alguno.

—He tenido un día de mierda —explica en voz baja, aunque su tono no admite discusión.

—Eso no justifica que me trates así —replico con firmeza, negándome a ceder ante su presión.

Sebastian me agarra con fuerza, haciéndome estremecer, pero me mantengo firme, resistiendo su intento de intimidación.

—No me cabrees, Eleanor —me advierte con voz dura, su mirada fija en la mía.

—¿O qué? ¿Vas a tomarme a la fuerza? —lo desafío, aunque en mi interior temo la respuesta.

El silencio tenso se extiende entre nosotros por unos momentos antes de que finalmente me suelte, dejándome con la respiración agitada. Mi corazón late rápido, mis sentimientos mezclados entre la indignación por su comportamiento y una atracción que no puedo negar.

Sebastian retrocede unos pasos, su expresión ahora una máscara de conflicto interno y deseo frustrado. Mis ojos no pueden apartarse de él mientras me observa en silencio, como si buscara respuestas en los recovecos de mi rostro.

—Tienes razón —susurra finalmente, su voz grave y llena de una intensidad que hace eco en mi interior.

Vuelve a acercarse a mí, pero yo me aparto de nuevo.

—¿Y ahora qué pasa? —su voz revela una genuina confusión y la necesidad de claridad.

Yo lo miro perpleja.

—No te has disculpado.

Él me mira con una mezcla de resignación y orgullo herido.

—¿Disculparme? Soy Sebastian Fane, capitán de la Sirena Negra. No pienso disculparme por gritarte —declara con firmeza, su tono revelando una obstinación que conozco demasiado bien.

Asiento con falsa comprensión, sintiendo cómo mi corazón se resiente ante sus palabras. La dignidad exige que me aleje, que preserve mi autoestima y mi espacio personal.

—Buenas noches, capitán —digo antes de darme la vuelta y abandonar el camarote.

—¡Eleanor! —oigo que me llama, pero yo cierro la puerta antes de oír más.

Esa noche apenas duermo. Mi mente repasa cada detalle de nuestra confrontación, cada mirada, cada palabra cargada de tensión y deseo reprimido. Siento una mezcla de frustración y desilusión que no me deja en paz. ¿Cómo es posible que después de tantos años luchando por la igualdad y mi independencia, haya terminado deseando a un maldito cavernícola de masculinidad frágil?

Cuando amanece un nuevo día, el primer rayo de sol que entra por mi ventana solo intensifica mi frustración. Me siento atrapada entre mis principios y los deseos contradictorios que Sebastian despierta en mí. La tensión no se ha disipado, al contrario, parece haberse solidificado durante la noche, volviéndose una presencia constante e irritante.

Durante el desayuno, mi mirada se cruza con la suya a través del comedor. Sebastian está al otro lado de la sala, rodeado por su tripulación, pero sus ojos están fijos en mí. A pesar de la distancia, puedo sentir la intensidad de su mirada, como si intentara penetrar mis pensamientos y emociones. Cuando paso por su lado, no tengo más remedio que dirigirle la palabra.

—Capitán —lo saludo con una frialdad calculada, la suficiente para mantener las apariencias frente a los demás.

—Eleanor —responde, su voz baja y cargada de descontento.

Nos quedamos mirándonos por un momento, ambos conscientes de la atención que estamos atrayendo. No hay disculpas, no hay explicaciones, solo un campo de batalla silencioso donde nuestras voluntades chocan una vez más.

—Espero que hoy encuentres una forma más constructiva de lidiar con tu mal humor —le digo, mis palabras cargadas de ironía y una pizca de desafío.

—Haré lo posible por complacer, señorita Beaumont —responde con una sonrisa ladeada, su tono de voz revelando sarcasmo.

La tensión se mantiene, pero siento una pequeña victoria al ver la chispa de frustración en sus ojos. Mientras me alejo, no puedo evitar una sonrisa de satisfacción.

—¿De qué iba eso? —me pregunta Evelyn, apareciendo a mi lado. Hoy le toca a ella vigilarme, y parece disfrutarlo.

Yo me encojo de hombros, fingiendo desinterés. No pienso decirle lo que ocurre entre su capitán y yo. Sin embargo, algo en su mirada me dice que no es un secreto para nadie.

—Te oí la otra noche —confiesa Evelyn, con una sonrisa divertida—. Bueno, yo y toda la tripulación. Tienes buenos pulmones —bromea, haciendo que quiera morir de vergüenza—. Demasiado habéis tardado. El capitán no te ha quitado los ojos de encima desde que llegaste a bordo.

Le doy un breve empujón, y ella se ríe, su risa cálida y contagiosa. La miro de soslayo, dándome cuenta de que, a pesar de la situación, he encontrado amistad en ella. Es un consuelo inesperado en medio de tanta confusión.

—¿Cómo llegaste a trabajar para Sebastian? —le pregunto de pronto, mi curiosidad despertada—. No me encajas con la idea que tengo de los piratas. Eres amable y buena.

Evelyn se vuelve para mirarme con una ceja alzada, su expresión mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Crees que Sebastian es un pirata malvado?

Yo me encojo de hombros, recordando sus actitudes altaneras y el poder que ejerce sobre todos. Su presencia imponente y su mirada penetrante pueden ser intimidantes.

—Tal vez malvado no. Pero sí un maldito engreído y orgulloso —respondo, dejando escapar un suspiro de frustración.

—Bueno, eso no te lo discutiré —dice ella entre risas, luego camina en silencio por un momento, su expresión se vuelve pensativa, como si estuviera recordando algo del pasado—. Sebastian no es mala persona, debes saberlo. A mí, por ejemplo, me sacó del comercio de humanos. Compró mi libertad y me dio un lugar al que llamar hogar. Si hablas con el resto de la tripulación, te contarán historias similares.

Me sorprende un poco ante sus palabras. La imagen de Sebastian rescatando a Evelyn de un destino horrible no encaja con el hombre frío y autoritario que conozco. Pero no dejo que eso me ablande. Sigo estando enfadada con él, y sus actos heroicos no borran su arrogancia.

—Y aun así disfruta atracando barcos y segando vidas —digo, recordando los acontecimientos de aquella noche, la batalla que se llevó a cabo en este mismo navío. La sangre y el caos siguen grabados en mi memoria.

—No te equivoques. No es mala persona, pero no dudará en matar por los suyos —me advierte Evelyn—. Y te recuerdo que fue el otro barco quien atacó primero. Si no nos hubiéramos defendido, estaríamos todos muertos. Al fin y al cabo, somos piratas —dice guiñándome un ojo, intentando aliviar la tensión con un gesto amistoso.

Sus palabras me hacen reflexionar, aunque no quiero admitirlo. La complejidad de Sebastian me desconcierta; es un hombre de contradicciones, un salvador para algunos y un demonio para otros. La imagen de él no encaja en las categorías simples que prefiero. Aun así, no puedo dejar de pensar en las historias que Evelyn menciona, en cómo ha cambiado las vidas de aquellos que están a su mando. La tensión entre mi enfado y esta nueva perspectiva hace que me sienta aún más confusa y frustrada.

Subo a la cubierta, donde el viento marino me recibe con su frescura salada. Me acerco a la proa y dejo que la brisa juegue con mi cabello, intentando aclarar mis pensamientos y calmar mi corazón agitado. Aquí, en la vastedad del océano, mis problemas parecen menos apremiantes, y

me permito unos momentos de paz.

Mientras observo cómo el día se despliega, siento que, a pesar de mi enojo, hay una pequeña chispa de esperanza. Tal vez, solo tal vez, Sebastian no es el monstruo que a veces parece ser. Tal vez, hay más bondad en él de lo que estoy dispuesta a admitir. Pero eso no cambia el hecho de que mi vida ha dado un giro inesperado, y la atracción que siento por él solo complica más las cosas.

Capítulo 11

Sebastian no me llama esa noche, ni tampoco a la mañana siguiente. Y pronto descubro la razón. Vamos a detenernos de nuevo. O esa es la intención, porque se ha levantado un viento que indica tormenta y parece dificultarnos el camino.

Toda la tripulación se mueve arriba y abajo, asegurando y preparando el barco. El aire está cargado de anticipación y miedo. Las nubes oscuras se arremolinan en el horizonte, y el olor a lluvia se hace más intenso a medida que las primeras gotas comienzan a caer.

Decido que no puedo quedarme quieta. Aunque no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, sé seguir instrucciones, así que ofrezco mi ayuda a quien la necesite.

—Asegúrate de que esas cuerdas estén bien atadas, Eleanor —me dice Evelyn con un tono urgente.

Asiento, sintiendo la responsabilidad del momento. Mis manos tiemblan ligeramente mientras lucho contra el viento que amenaza con arrancar las velas de sus amarres. El ruido de la tormenta creciente llena el aire, mezclándose con los gritos y órdenes de la tripulación.

El barco se balancea violentamente cuando las olas comienzan a golpear con más fuerza. Me aferro a las cuerdas con todas mis fuerzas, mis dedos entumecidos por el frío y el esfuerzo. Puedo ver a otros miembros de la tripulación luchando contra el viento y la lluvia, cada uno cumpliendo su papel para mantener el barco a flote.

—¡Eleanor, ten cuidado! —grita Evelyn, y apenas logro esquivar una cuerda suelta que pasa volando cerca de mi cabeza. Mi corazón late con fuerza, y me doy cuenta de lo peligrosa que es realmente esta situación.

De repente, veo a Sebastian en la cubierta, dando órdenes con una autoridad inquebrantable. Su presencia, incluso en medio del caos, es imponente. Se mueve con una confianza y una destreza que me dejan sin aliento, y por un momento, olvido nuestro conflicto. En esta tormenta, él es el capitán que mantiene a todos unidos y seguros.

—¡Todos a sus puestos! —ruge Sebastian por encima del rugido del viento—. ¡No dejaremos que esta tormenta nos derrote!

Su voz es un ancla en la tormenta, y encuentro una nueva determinación dentro de mí. Me concentro en mi tarea, asegurando las cuerdas con más firmeza. A pesar del miedo y la incertidumbre, hay una extraña sensación de camaradería en el barco. Todos estamos juntos en esto, luchando contra los elementos como una sola unidad.

De repente, un grito desesperado atraviesa el aire. Giro la cabeza y veo a uno de los marineros, un joven llamado Thomas, resbalando por la cubierta mojada, luchando por mantener el equilibrio. Antes de que pueda reaccionar, una ola enorme golpea el costado del barco, barriendo a Thomas por la borda.

—¡Hombre al agua! —grita alguien, y el pánico se extiende como el fuego entre la tripulación.

Sin pensarlo, corro hacia la barandilla, mi corazón latiendo desbocado. Veo a Thomas luchando contra las olas, su rostro pálido por el miedo y el esfuerzo. La corriente lo arrastra rápidamente, y sé que si no hacemos algo de inmediato, lo perderemos.

—¡Lanzad una cuerda! —ordena Sebastian, su voz firme y autoritaria.

Evelyn y yo nos apresuramos a obedecer, lanzando una cuerda hacia Thomas. Pero las olas son implacables, y él está demasiado lejos para alcanzarla. Cada segundo que pasa, la

desesperación crece en mi interior.

Entonces Sebastian se acerca, su rostro tenso y decidido. Sin dudarlo, se quita el abrigo y se prepara para saltar al agua.

—¡Sebastian! —grito, pero él ya está en el aire, lanzándose al mar embravecido.

El tiempo parece detenerse mientras lo veo nadar con fuerza hacia Thomas. La tripulación, incluida yo, contiene el aliento, observando cómo Sebastian lucha contra las olas. A pesar de la furia del mar, su determinación es inquebrantable.

Finalmente, llega hasta Thomas y lo agarra con fuerza. Con un esfuerzo sobrehumano, comienza a nadar de regreso al barco, llevándolo consigo. La tripulación lanza más cuerdas, y juntos logramos izarlos de nuevo a bordo.

Ambos están empapados y temblando, pero vivos. La tripulación estalla en vítores y aplausos, el alivio palpable en el aire. Sebastian se desploma en la cubierta, respirando con dificultad. Me arrodillo a su lado, mi corazón todavía latiendo con fuerza.

—Gracias —murmura Thomas, sus ojos llenos de gratitud y asombro.

Sebastian asiente, su mirada encontrando la mía. Hay algo indescriptible en sus ojos, una mezcla de agotamiento, determinación y algo más profundo, algo que me conmueve hasta lo más hondo.

Después sigue dando órdenes, como si nada. La tripulación responde con rapidez y eficiencia, cada uno ocupando su lugar. Me sorprende cómo logra mantener la calma y el control tras haber enfrentado la furia del mar. La tormenta continúa rugiendo, pero hay un orden emergente en el caos gracias a su liderazgo.

Yo ayudo en todo lo que puedo, aunque mis manos tiemblan ligeramente por la adrenalina que aún corre por mis venas. El viento y la lluvia azotan mi rostro, pero me mantengo firme, siguiendo las instrucciones que me dan. Aseguro cuerdas, ajusto velas y trato de aportar algo de alivio a la frenética actividad que nos rodea.

En un momento, mientras estamos amarrando las velas, Sebastian se acerca para verificar nuestro trabajo. Su cercanía me hace sentir un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío. Sus ojos se fijan en mí por un breve instante, y el tiempo parece detenerse.

—Aléjate de la borda —dice, su voz ronca.

Asiento, intentando no dejar que mi voz revele la confusión de emociones que siento.

Continuamos trabajando codo a codo, y aunque no hay tiempo para conversaciones largas, cada gesto, cada mirada, parece cargar de significado. La tormenta comienza a amainar lentamente, y el barco, aunque sacudido, sigue adelante. Hay una sensación de alivio entre la tripulación mientras el mar se calma y el peligro inmediato pasa.

Cuando finalmente tenemos un momento de respiro, Sebastian se apoya en la barandilla, respirando con dificultad. Me acerco a él con discreción.

—Estás herido, ¿verdad? —susurro de manera que sólo él pueda escucharme.

Sebastian asiente con un leve movimiento, su rostro endurecido por el dolor que trata de ocultar. Su mirada se encuentra con la mía y puedo ver la batalla interna que libra entre su orgullo y la realidad de su estado.

—Es solo un rasguño —responde con voz ronca, aunque su respiración agitada y el sudor en su frente cuentan otra historia.

Mi preocupación aumenta y me acerco un poco más, extendiendo la mano hacia su brazo herido. Pero él se aparta con brusquedad.

—¿Quieres que mostrarme la herida por las buenas o prefieres que llame a la tripulación para que te sujeten? —le amenazo.

Sebastian resopla, frustrado, y finalmente suspira con resignación ante mi insistencia.

—Aquí no —dice, su voz áspera marcando un tono de urgencia.

Mira a su alrededor y, localizando a Evelyn entre la tripulación, le hace un gesto para que tome el mando temporalmente. Evelyn asiente con firmeza, y sin decir una palabra más, Sebastian me guía hacia su camarote, apartándonos del bullicio de la cubierta.

El interior del camarote es un refugio del caos exterior. La tenue luz de las lámparas de aceite arroja sombras suaves en las paredes, creando un ambiente de calma contrastante con la tormenta que acaba de azotarnos. Sebastian se sienta con un gruñido, y sin decir nada, comienza a desabrocharse la camisa.

La herida es peor de lo que imaginaba. Un corte profundo, con bordes desgarrados, gotea sangre lentamente. Me arrodillo a su lado, sacando rápidamente un paño limpio y un recipiente con agua para limpiar la herida. La sangre ha empapado parte de su ropa, haciendo evidente el esfuerzo y la resistencia que ha demostrado durante la tormenta. Sus músculos tensos bajo mis dedos hablan de la lucha interna que libra entre el dolor físico y su determinación de seguir adelante.

—Esto no es solo un rasguño, Sebastian —mi voz traiciona mi preocupación mientras me concentro en el cuidado de su herida.

Él cierra los ojos por un momento, inhalando profundamente como si buscara fuerzas en medio de la adversidad.

—No tenemos tiempo para esto, mi tripulación me necesita —murmura con voz ronca, tratando de minimizar la gravedad de su estado.

—Tu tripulación necesita un capitán que pueda mantenerse en pie —respondo con firmeza, mi mirada fija en el vendaje que estoy aplicando—. Déjame ayudarte.

Sebastian me observa en silencio, sus ojos transmitiendo una vulnerabilidad que rara vez muestra. Asiente ligeramente, permitiéndome terminar la tarea. Cuando doy el último nudo, me aparto, dejándole espacio para recuperarse.

El silencio se prolonga entre nosotros, cargado de emociones no dichas. Sé que la tensión que existe entre nosotros no ha desaparecido, pero por un momento, hemos encontrado una tregua en medio de la tormenta. Las sombras danzan en las paredes mientras nos quedamos allí, él sentado y yo de pie.

Entonces, como si la gravedad de la situación lo impulsara, sus manos encuentran las mías con una firmeza suave y me atraen hacia él. Me sorprende el gesto, pero no me resisto.

Una vez cerca, sus manos abandonan las mías para posarse con ternura en mis caderas, deslizándose luego con una delicadeza embriagadora por mis muslos. Cada roce es como una promesa susurrada en el aire, haciendo que mi corazón lata más rápido, deseando más de su contacto. Me invita a sentarme en su regazo, pero su mueca de dolor me saca de mis pensamientos.

—Tu herida —le recuerdo con una mezcla de preocupación y deseo.

—Estoy bien —responde con voz ronca, acercando su rostro al mío.

Aunque anhelo sentir sus labios sobre los míos, decido detenerlo por un momento. Coloco una mano en su pecho y lo aparto ligeramente, mirándolo con el ceño fruncido, el deseo palpable entre nosotros.

—¿De verdad? —dice él con frustración— ¿Sigues molesta?

Me cruzo de brazos, manteniendo mi mirada firme.

—Es fácil de solucionar —le recuerdo—. Puedes saltar al agua por uno de tus hombres, pero ¿te cuesta tanto disculparte por actuar como un imbécil? Ni siquiera te has molestado en

agradecerme por vendarte la herida.

Sebastian suelta una risa suave, inclinando la cabeza hacia atrás antes de volver a clavarme sus ojos grises.

—Me vuelves completamente loco, ¿lo sabías? —admite con resignación—. Está bien, siendo haberme comportado como un capullo el otro día, y tienes mi total gratitud por haberme vendado la herida, a pesar de que te pedí que no lo hicieras.

Yo sonrío, más que satisfecha.

—¿Tan difícil era?

Sebastian gruñe y entrecierra los ojos, un destello de determinación en su mirada.

—Ahora te besaré, y si intentas apartarme de nuevo, te tiraré por la borda —me advierte con una intensidad que enciende aún más la llama entre nosotros.

—Pensé que me necesitabas para... —comienzo a decir, pero sus labios encuentran los míos con una ferocidad que me roba el aliento.

Capítulo 12

Nos envolvemos en un torbellino de pasión desbordante, donde cada caricia, cada beso, se convierte en un eco de deseo entre nosotros. Mis dedos se deslizan con devoción por su abdomen, explorando la firmeza de sus músculos, mientras sus manos, indecisas pero ansiosas, exploran cada contorno de mi cuerpo, oscilando entre mis pechos y mi trasero.

El calor de su piel contra la mía crea una atracción magnética, un lazo que nos estrecha con cada latido de nuestros corazones. Siento su excitación palpitar vigorosamente contra mis muslos, su deseo como una corriente eléctrica que aviva la intensidad de nuestro encuentro íntimo.

Sin vacilación, dejo que mis manos exploren más, deslizándose hacia su bulto, acariciándolo con delicadeza y sintiendo cómo responde al contacto, creciendo con cada caricia. Libero su erección que se yergue poderosa frente a mí, provocando un cosquilleo de anticipación que recorre mi piel. Mis caricias se vuelven más intensas, cada movimiento calculado para desencadenar el máximo placer en él.

Su respiración se vuelve entrecortada, su cercanía más profunda, y puedo sentir el pulso de su corazón resonando en perfecta armonía con el mío.

Con una pasión que arde entre nosotros, libera mis pechos y se deleita en su suavidad, y luego, con decisión, me levanta para despojarme también de mis pantalones. Me sienta sobre él, mi intimidad encontrando la suya, y un gemido de placer escapa de mis labios mientras me muevo con cadencia, disfrutando del roce y la conexión que se intensifica con cada movimiento.

Finalmente, tomo la iniciativa y me coloco sobre él, la punta de su miembro rozando mi entrada, nuestros ojos se encuentran en un silencio tenso cargado de emociones encontradas.

—Esto no cambia nada —le digo, mi voz temblando ligeramente por la tensión y el deseo—. Todavía te detesto.

Él asiente con comprensión, su mirada fija en la mía.

—Lo sé —me responde con sinceridad.

Y entonces, me dejo llevar. Cierro los ojos y siento cada centímetro de él llenándome por completo, el placer y la intensidad de nuestro encuentro dejándome sin aliento, aunque por un momento fugaz, todo parece detenerse mientras nos entregamos el uno al otro en un instante de pura pasión desbordante.

Mis manos se aferran con firmeza a sus hombros mientras me inclino hacia él, buscando más contacto, más cercanía. Él responde con un movimiento sutil de cadera, profundizando nuestra conexión física mientras me sostiene con seguridad en mi cintura. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía, encontrando un ritmo que parece estar sincronizado.

La sensación embriagadora de tenerlo dentro de mí me envuelve por completo. No recuerdo cuándo fue la última vez que experimenté algo así, pero sé que este momento supera cualquier expectativa. La excitación crece rápidamente dentro de mí, avivada por cada caricia, cada beso compartido.

No pasa mucho tiempo antes de que sienta que estoy al borde del orgasmo. La tensión se acumula en cada fibra de mi ser, una ola de placer que amenaza con desbordarse en cualquier momento. Mis respiraciones se vuelven más rápidas, mis gemidos se mezclan con los suyos en un dueto de pasión desenfrenada.

Sebastian incrementa la intensidad de sus embestidas con determinación. Cada movimiento es

más profundo, más penetrante, llevándome al borde del abismo del placer. Sus manos se aferran con fuerza a mis caderas, mientras nuestros ojos se encuentran en un silencioso acuerdo sobre el éxtasis que estamos a punto de compartir.

El placer se intensifica con cada embestida, cada roce dentro de mí es como una descarga eléctrica que recorre cada fibra de mi ser.

Y entonces, en un estallido de éxtasis, el orgasmo me envuelve por completo. Mis músculos se contraen involuntariamente alrededor de él, y mi cuerpo se estremece con el placer abrumador que me inunda. Gimo su nombre en un susurro entrecortado mientras mi mente se sumerge en un océano de satisfacción pura.

Con un gruñido gutural, Sebastian me levanta sin despegarse de mí y me coloca con firmeza sobre la mesa. Su dominio es absoluto mientras me penetra con una intensidad que hace eco en cada fibra de mi ser, provocándome gemidos de puro placer.

Finalmente, con una lentitud deliberada, se retira de mi interior, dejando que su esencia caliente se esparza sobre mi abdomen. Me quedo tendida sobre la mesa, sintiendo cómo la debilidad y la languidez se apoderan de mí, como si cada músculo estuviera completamente agotado.

Él me observa con ojos ardientes mientras su miembro se contrae con los últimos estertores de su orgasmo.

Sin embargo, mi atención se desvía hacia el vendaje ensangrentado en su costado. Me incorporo rápidamente, sintiendo la urgencia de su situación, y me apresuro a limpiar la herida y cambiar el vendaje por uno nuevo.

Mi mirada reprende su descuido mientras trabajo, pero él se encoge de hombros con una sonrisa juguetona que no puedo evitar encontrar encantadora incluso ahora.

—No me mires así —murmura con voz suave mientras me agarra por el trasero desnudo y me acerca a él con ternura y deseo renovado—. Esto es culpa tuya.

Sus palabras susurran en mi oído, provocando un ardor que se enciende bajo mi piel. Mi respiración se acelera al sentir su mano recorrer mi espalda. Yo me aparto lo justo para ver su erección, el palpitar firme de su deseo por mí, y la idea de lo que está a punto de suceder hace que un cosquilleo de anticipación y calor recorra mi cuerpo.

—No puedes estar hablando en serio —digo, luchando por mantener la compostura mientras siento la humedad entre mis piernas, una evidencia inconfundible de mi excitación.

—Muy en serio —me asegura con determinación antes de levantarse, girándome bruscamente sobre el escritorio. Mi corazón late con fuerza mientras me penetra de nuevo.

Pasamos el resto de la tarde escondidos en su camarote, perdidos en un torbellino de pasión y deseo insaciable. Cada roce, cada susurro, parece avivar la llama que arde entre nosotros, como si al dar rienda suelta a nuestro deseo hubiéramos abierto una puerta que no puede volver a cerrarse.

El tiempo se desvanece, marcado solo por el latir acelerado de nuestros corazones y el eco de nuestros gemidos que llenan la habitación. Nos perdemos el uno en el otro, explorando cada centímetro de piel con una familiaridad que desafía toda razón y entendimiento.

Finalmente, en la oscuridad de la noche, cuando nuestros cuerpos están finalmente saciados, decido escabullirme. En la quietud de mi camarote, me recuesto en la cama, sintiendo el eco de su presencia en cada fibra de mi ser. El aroma de su piel aún se aferra a mí, mezclándose con el palpitar de mi corazón agitado.

Suspiro resignada. Sé que voy a arrepentirme de esto, que es una pésima idea. Pero ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 13

Unos golpes en la puerta me despiertan abruptamente. Me incorporo despacio, sintiendo cada músculo de mi cuerpo dolorido. El agotamiento me pesa, cada fibra de mi ser me ruega que vuelva a la cama, que cierre los ojos y me entregue al sueño. Pero sé que no puedo ignorar la llamada, así que me obligo a despertarme, aclaro la voz y doy permiso para entrar a quien quiera que sea.

La puerta se abre con un leve crujido, revelando al médico del barco, un hombre de mirada serena que he visto en varias ocasiones atendiendo a la tripulación. Se acerca a mí con cautela, sosteniendo una taza de té humeante. La fragancia herbal llena la habitación, ofreciendo una promesa de alivio.

—El capitán me ha pedido que te lo prepare —me explica en un tono profesional pero gentil—. Es un remedio para evitar... inconvenientes.

Tardo unos instantes en asimilar el significado de sus palabras. Inconvenientes... Es decir, un embarazo. Mi mente, aún adormilada, lucha por comprender todas las implicaciones mientras observo el vapor ascendiendo desde la taza.

Asiento lentamente, tomando el té entre mis manos temblorosas. Siento el calor de la porcelana contra mis palmas, una sensación reconfortante en medio de la tormenta de emociones que se agita dentro de mí. Mientras bebo, noto cómo el médico me observa con atención, como si quisiera asegurarse de que tomo cada sorbo.

El líquido cálido desciende por mi garganta, y cierro los ojos por un momento, tratando de bloquear el torbellino de pensamientos y sentimientos. El recuerdo de la tarde anterior vuelve a mí en oleadas: el deseo insaciable, la conexión profunda, y ahora, la preocupación latente por las consecuencias.

Abro los ojos y miro al médico. Hay una comprensión tácita en su mirada, una mezcla de profesionalismo y empatía que me da un pequeño consuelo.

—Gracias —murmuro, devolviéndole la taza vacía.

Él asiente, recogiendo la taza con manos firmes y se dirige hacia la salida. La puerta se cierra detrás de él, dejando la habitación en silencio. Me recuesto nuevamente en la cama, sintiendo el peso de la decisión que he tomado y las repercusiones que aún están por venir. Cierro los ojos, tratando de encontrar un momento de paz en medio del caos, sabiendo que la realidad me espera más allá de la puerta.

El resto del día pasa con una normalidad inquietante. El barco se balancea suavemente sobre las olas, y el murmullo constante del mar es un telón de fondo omnipresente. El sol asciende en el cielo, marcando el paso de las horas, y aunque intento distraerme con tareas rutinarias, no puedo evitar sentir una tensión subyacente. De nuevo, Sebastian no me llama para asegurar el rumbo. Es una anomalía que no pasa desapercibida para mí. La única vez que esto sucede es cuando el barco se desvía para detenerse en alguna isla, y eso siempre trae consigo un aire de expectación y misterio.

Decido buscar respuestas, y mi mirada se posa en Anne, quien se encarga de vigilarme hoy.

—Anne —digo, intentando mantener la voz firme—, ¿vamos a detenernos en alguna isla?

Ella levanta la mirada de lo que estaba haciendo y me observa con atención, como evaluando si debería compartir la información conmigo. Tras unos segundos, asiente lentamente.

—Hemos tenido una plaga de ratas, muchas de nuestras provisiones se han estropeado o...

desaparecido —responde con voz calmada—. Tenemos que parar a reponerlas.

Mi mente recuerda la conversación que interrumpí aquella noche en la que Sebastian estaba de un humor de perros. La frustración en su rostro, el enojo en su voz.

—¿Por eso está tan cabreado? —digo bufando, más para mí misma que para Anne.

Anne asiente, sus ojos reflejando una comprensión silenciosa.

—Llevamos mucho tiempo detrás del tesoro que esconde la brújula de Lyra. Lo teníamos todo listo para seguir su trayectoria sin detenernos. Pero esto nos ha retrasado.

La brújula de Lyra. Ese nombre ha sido casi un mantra a bordo del barco, una promesa de riqueza y aventura que ha mantenido a la tripulación en vilo. Saber que estamos tan cerca, y a la vez tan lejos, debe ser un tormento para Sebastian. Entiendo ahora su rabia, su impaciencia. Más o menos.

Anne ha vuelto a su tarea, pero yo me giro hacia ella una vez más.

—¿A dónde nos dirigimos? —pregunto con curiosidad. Aunque no importa en realidad, puesto que no conozco nada de estas tierras.

Anne se detiene y me mira, su expresión suavizándose con una sonrisa que ilumina su rostro habitualmente serio.

—A Zephyria —responde—. Al hogar de los piratas.

Yo me tenso un momento. No suena demasiado bien.

—¿Debería preocuparme? —pregunto temiendo la respuesta— ¿Cómo es?

Anne suelta una risa suave, casi nostálgica.

—Es un lugar único —dice—. Lleno de vida y caos. Allí, las reglas son distintas. Es un refugio para aquellos que buscan libertad, pero también puede ser peligroso para los desprevenidos.

La emoción y la inquietud se entrelazan en mi pecho. Un nuevo capítulo de nuestra aventura se abre ante mí, lleno de promesas y riesgos. Decido que debo prepararme, tanto mental como físicamente, para lo que nos espera en Zephyria.

Anne vuelve a sus tareas, pero no sin lanzarme una última mirada de advertencia y camaradería. Yo hago lo propio, intentando concentrarme en mis deberes, pero mi atención se desvía al ver a Sebastian en el puente, supervisando todos los preparativos.

Desde mi posición, puedo observar su figura imponente, su postura tensa pero controlada, el ceño fruncido que refleja la carga de las responsabilidades que lleva. Está dando órdenes con precisión, asegurándose de que cada detalle esté cubierto, de que nada se pase por alto en este crucial desvío hacia Zephyria.

Me detengo por un momento, incapaz de apartar la vista de él. La luz del sol resalta los contornos de sus músculos, la forma en que su camisa se ajusta a su espalda y sus brazos. Su presencia es magnética, y no puedo evitar que mi mente vuelva a los momentos íntimos que compartimos. Siento un calor familiar y tentador recorriendo mi cuerpo, despertando sensaciones que creí haber dejado atrás en la oscuridad de la noche anterior.

Nuestras miradas se encuentran y me hace un leve gesto para que suba con él. Obedezco, mi corazón latiendo con fuerza mientras me acerco.

—Buenos días, capitán —digo con una voz que intenta ser seductora, aunque estoy segura de que revela mi nerviosismo.

Él sonrío de lado, una expresión que me resulta irresistible.

—Ayer te marchaste a hurtadillas —dice, sus ojos brillando con diversión—. ¿Acaso te avergüenzas de mí? —se burla de mí, su tono ligero pero con una punta de desafío.

Mis mejillas se encienden enseguida, el calor subiendo hasta mi rostro.

—Por supuesto que me avergüenzo —contesto con sinceridad. Acostarme con él ha sido una de las peores decisiones de mi vida, y aún así...

Su sonrisa se ensancha, claramente disfrutando de mi reacción.

—Bien, así es más divertido.

Nos quedamos en silencio un momento, él no aparta la mirada de su tripulación, observando cada movimiento con la precisión de un halcón. Su presencia a mi lado es casi abrumadora, y el silencio se llena de una tensión que no es del todo incómoda.

—Gracias por el té —digo rompiendo el silencio de nuevo.

Pero él no me contesta inmediatamente. En lugar de eso, gira su atención hacia la cubierta y grita una orden acerca del mástil, su voz fuerte y autoritaria resonando por todo el barco. Luego, se vuelve hacia mí, su expresión más seria.

—Tengo que ocuparme de unos asuntos, ¿nos vemos en mi camarote tras la cena?

Mis piernas flaquean ligeramente, aunque me esfuerzo por aparentar indiferencia frente a su propuesta implícita.

—¿Me necesitas para la brújula? —pregunto fingiendo inocencia.

Él sonríe, una sonrisa que despierta un calor intenso dentro de mí, haciéndome temblar.

—Claro —responde, su mirada cargada de una promesa que no necesita palabras antes de marcharse.

Sigo observándolo mientras se aleja, sintiendo cómo la anticipación y el deber se mezclan en mi interior. Me doy la vuelta, decidida a concentrarme en las tareas del día, pero mi mente vuelve una y otra vez a la imagen de Sebastian, a su sonrisa juguetona y a la forma en que su presencia domina mis pensamientos.

A lo largo de la jornada, el recuerdo de sus palabras implícitas no me abandona. Cada vez que pienso en él, siento un fuego ardiente que se aviva en mi pecho. Es como si su mirada lasciva hubiera dejado una marca en mí, una invitación que no puedo ignorar. Intento enfocarme en mis responsabilidades a bordo, ayudando donde puedo, pero cada tarea parece palidecer frente al recuerdo de nuestro encuentro en el puente.

El sol se pone lentamente sobre el horizonte marino, pintando el cielo con tonos cálidos y dorados. Mientras observo el crepúsculo desde la cubierta, me encuentro perdida en pensamientos sobre lo que vendrá esta noche. La promesa de estar con él en su camarote me llena de emociones encontradas: nerviosismo, anticipación y un deseo profundo que parece crecer con cada minuto que pasa.

Finalmente, llega la hora de la cena. Nos reunimos en el comedor, la tripulación compartiendo historias y risas como si no hubiera un mañana. El ambiente es ligero, y yo me dejo impregnar por su calma.

Después de la cena, me dirijo hacia el camarote del capitán. Cada paso que doy está cargado de expectativa y un nerviosismo que solo se intensifica a medida que me acerco. La puerta está entreabierta, una invitación silenciosa que no puedo ignorar. Respiro profundamente y levanto el puño para golpear la puerta. Sin embargo, la voz de Evelyn me detiene.

—Lo han avistado muy cerca, debemos tener cuidado, Sebastian.

Oigo a Sebastian gruñir, sus pasos lentos y deliberados resonando por la habitación. Puedo sentir la tensión incluso sin verle directamente, la frustración que emana de él como un fuego latente. Está frustrado, furioso más bien. Murmura algo que no consigo escuchar desde mi posición y después vuelve a gruñir.

—Avisa al resto de la tripulación —ordena Sebastian con un tono de voz que hace reaccionar a mi cuerpo, enviando un escalofrío por mi columna.

Tal vez no debería haber escuchado esto. ¿Qué hago? ¿Debería marcharme? ¿Ocultarme? Opto por la última opción antes de que Evelyn salga del camarote y me vea. Me oculto en las sombras y aguardo a que esté lo suficientemente lejos para salir de mi escondite.

Observo dubitativa la puerta hasta que escucho la voz de Sebastian.

—Por todos los mares, entra de una vez.

Frunzo el ceño y obedezco. Entro en silencio y me quedo en la puerta, insegura de cómo proceder ahora. La habitación está iluminada por la tenue luz de una lámpara, y el aire parece cargado de una mezcla de tensión y deseo. Sebastian me mira, sus ojos grises me penetran hasta el alma, haciendo que un escalofrío recorra mi cuerpo.

Entonces, con pasos agigantados, se acerca a mí. Me rodea la cintura y la otra mano la coloca en mi nuca para acercarme a él y besarme con una pasión que me deja sin aliento. El mundo exterior se desvanece, y todo lo que importa es este momento, este beso. Su lengua encuentra la mía y luchan por el control en un duelo feroz. Yo me aferro a él con fuerza, mis manos recorriendo su espalda, sintiendo la tensión de sus músculos bajo la tela.

Pero con la misma rapidez con la que me ha besado, se separa de mí. Me quedo sin aliento, el corazón latiendo desbocado en mi pecho.

Me lanza una mirada extraña, que no sé cómo interpretar. Es una mezcla de deseo, frustración y algo más, algo que no puedo identificar.

—Vuelve a tu camarote —me dice simplemente antes de darse la vuelta hacia su escritorio, ignorándome completamente.

Me quedo inmóvil por un momento, tratando de procesar lo que acaba de suceder. Siento una mezcla de confusión y desilusión, pero también una chispa de determinación. Asiento, aunque él no me está mirando, y salgo del camarote con una sensación de vacío en el pecho. El aire fresco de la noche me recibe, y camino lentamente hacia mi propia estancia, tratando de entender la tormenta de emociones que ha despertado en mí.

Capítulo 14

Apenas he dormido; la actitud de Sebastian me atormenta y, cuanto más lo pienso, más me cabreo. Durante la noche, me he dado cuenta de lo que soy: una prisionera, una diversión para el capitán. Nada más. No debo olvidarlo. Y mi objetivo debe seguir siendo el mismo: huir del barco, de Sebastian. Volver a mi época, a mi hogar.

La luz del amanecer se filtra por la pequeña ventana de mi camarote, obligándome a enfrentar un nuevo día. Cada rayo de sol parece burlarse de mi situación, recordándome la libertad que se encuentra más allá de estas paredes de madera. Me visto rápidamente, con movimientos mecánicos, tratando de ahogar el torbellino de emociones que se arremolinan en mi pecho. La resolución que he tomado durante la noche aún arde dentro de mí: debo escapar.

No le dirijo la palabra en todo el día, ni a él ni al resto de la tripulación, no más de lo estrictamente necesario. Mantengo la cabeza baja y los labios apretados, evitando cualquier contacto visual.

Paso el día cumpliendo mis tareas de manera automática. Lavo la cubierta, ayudo a preparar las velas y organizo provisiones, todo sin realmente prestar atención a lo que hago. Mi mente está ocupada en planear mi escape. Pero me falta un mapa con el que poder ubicarme.

Podría conseguirlo de Sebastian, pero no quiero arriesgarme. Y tampoco quiero pasar más tiempo del necesario cerca de él.

La imagen del capitán no deja de rondar mi mente. Su mirada penetrante, su sonrisa arrogante y, sobre todo, la pasión compartida. Pero debo mantenerme firme. No puedo permitirme caer de nuevo en sus redes. Cada vez que mis pensamientos se desvían hacia él, me recuerdo a mí misma que soy solo una prisionera para él. Conseguiré un mapa de otro modo.

La tripulación murmura entre sí sobre nuestra llegada inminente a Zephyria. El aire está cargado de expectativa y nerviosismo, lo que me da esperanza. En medio de esta tensión, quizás pueda encontrar mi oportunidad para escapar. Mi resolución se fortalece con cada minuto que pasa.

Finalmente, el crepúsculo comienza a teñir el cielo de tonos anaranjados y rosados, anunciando que la noche está cerca. La actividad en el barco se intensifica mientras nos preparamos para anclar en Zephyria. Las luces de la isla comienzan a vislumbrarse en el horizonte, y mi corazón late con fuerza ante la perspectiva de la libertad.

Mientras la tripulación se ocupa de las tareas necesarias para la llegada, aprovecho para observar y planificar mis movimientos. Los marineros están absortos en su trabajo, lo que me proporciona momentos para analizar cada detalle, cada posibilidad. La oportunidad de escapar está cerca, y no puedo dejar que nada ni nadie me detenga. Con el corazón acelerado, me preparo para hacer mi jugada en cuanto el barco toque puerto. Esta vez, no fallaré. Esta vez, recuperaré mi libertad y volveré a mi hogar.

La isla se acerca cada vez más, y puedo oler la mezcla de salitre y vegetación que emana desde la costa. La adrenalina corre por mis venas, y mis sentidos están alerta, captando cada sonido, cada movimiento. Los preparativos finales se llevan a cabo con rapidez y eficiencia; los marineros trabajan como una máquina bien engrasada, pero yo solo tengo una cosa en mente: mi fuga.

El barco finalmente ancla, y el bullicio de la tripulación al desembarcar llena el aire. Este es mi momento. Me deslizo entre las sombras, aprovechando cada distracción, cada segundo de

descuido. La adrenalina corre por mis venas mientras avanzo con sigilo, acercándome a la pasarela que me llevará a tierra firme. Mi corazón late con fuerza, casi al ritmo de los pasos apresurados y las voces de los marineros a mi alrededor.

Estoy a solo unos pasos de mi libertad cuando, de repente, unas manos fuertes que conozco muy bien me sujetan. El contacto es firme y decididamente inconfundible.

—Tú te vienes conmigo —dice Sebastian, aunque suena más como una orden. Su voz es baja, pero cargada de una autoridad que me envuelve como una red.

Me giro lentamente, mis ojos encontrándose con los suyos. En su mirada hay una mezcla de determinación y algo más profundo, algo que no puedo descifrar del todo. La luz de las linternas del barco juega con las sombras de su rostro, realzando los contornos de su mandíbula y la intensidad de sus ojos grises.

Trato de decir algo, de exigirle que me suelte, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. La proximidad de su cuerpo, el calor que emana de él, me paraliza momentáneamente.

La frustración y la rabia burbujan dentro de mí. ¿Cómo puede tener tanto control sobre mí? Mis manos tiemblan ligeramente, pero me obligo a mantenerme firme mientras me arrastra por la pasarela hacia las bulliciosas calles de Zephyria.

Caminamos en silencio, Sebastian no me suelta y nos flanquean varios hombres y mujeres de su tripulación. Cada paso que damos me recuerda lo atrapada que estoy, aunque por un momento, olvido mi plan de escape al ver las calles llenas de vida, música y... excesos. La atmósfera es vibrante, casi caótica, con un aire impregnado de libertad desenfrenada y peligro.

Hay gente bebiendo sin control, sus risas resonando por encima del estruendo de la música. A un lado, un grupo de hombres se enzarza en una pelea, sus gritos y golpes añadiendo una nota discordante al bullicio general. Más adelante, diviso una pareja entregándose a la pasión contra la pared de una casa, ajenos a todo lo que ocurre a su alrededor.

La vivacidad de Zephyria contrasta de manera aguda con mi propia sensación de encierro. Es irónico que en un lugar donde todo el mundo parece ser libre para dar rienda suelta a sus deseos, yo me sienta más atrapada que nunca.

Sebastian me guía a través de la multitud con una facilidad que solo puede venir de alguien que está acostumbrado a controlar su entorno. Su mano, firme y posesiva en mi brazo, es un recordatorio constante de su dominio sobre mí. No puedo evitar sentir una mezcla de resentimiento y atracción, odiando cómo mi cuerpo responde a su toque incluso mientras mi mente se rebela.

Finalmente, nos detenemos frente a una taberna cuyo letrero desgastado indica que es un lugar frecuentado por marineros y piratas. La música y las risas provienen del interior, creando una cacofonía que parece tragarse todo a su alrededor. Sin soltarme, Sebastian se dirige al que parece ser el dueño del lugar, un hombre robusto con una barba desaliñada y una sonrisa astuta. Le entrega unas llaves, y después de un breve intercambio de palabras, Sebastian le dice algo a Evelyn y al resto de la tripulación. Luego, me arrastra tras él escaleras arriba, ignorando las miradas curiosas y las risitas maliciosas que nos siguen.

Llegamos al final de un pasillo oscuro y estrecho, donde Sebastian abre una puerta y me hace pasar dentro de unas habitaciones. Entro sin remedio, mis pasos vacilantes resonando en el suelo de madera. El cuarto es sencillo pero acogedor, con una cama grande, una mesa pequeña y una ventana que da a la bulliciosa calle abajo. Las cortinas están medio abiertas, dejando entrar la luz parpadeante de las linternas de la calle, creando sombras danzantes en las paredes.

Cuando Sebastian entra y cierra la puerta tras él, comprendo lo que sucede: vamos a compartir habitación de nuevo. El aire parece volverse más pesado, cargado de una tensión que se acumula

entre nosotros. Mi corazón late con fuerza mientras me doy la vuelta para enfrentarme a él. Pero él se me adelanta:

—Ni se te ocurra quejarte —gruñe, la tensión palpable en su voz—. Llevo un día de mierda y lo último que necesito es escucharte gritar. Sí, vamos a compartir habitación. Te advertí de las consecuencias y tú sola te lo buscaste. Ahora escúchame bien: te quedarás aquí mientras me ocupo de unos asuntos. En esta habitación, quieta y calladita. ¿Lo has entendido?

La autoridad en su voz me hace apretar los puños, la rabia y la frustración burbujeando justo bajo la superficie. Gruño enfurecida, una respuesta instintiva que surge de lo más profundo de mi ser.

—Respóndeme, ¿lo has entendido? —insiste él, su voz grave enviando escalofríos por mi cuerpo por razones equivocadas.

—Lo he entendido —respondo finalmente, conteniendo mi rabia e impotencia. Cada palabra sabe amarga, una concesión que no quiero hacer, pero sé que ahora no es el momento para un enfrentamiento.

Sebastian me mira por un momento más, sus ojos grises buscando alguna señal de desafío en los míos. Hay una intensidad en su mirada que me desconcierta, como si buscara algo más allá de mi obediencia. Satisfecho con mi sumisión temporal, asiente brevemente y se dirige hacia la puerta.

—No te muevas de aquí —repite antes de salir, cerrando la puerta tras de sí con un golpe sordo. El sonido resuena en el pequeño cuarto, un recordatorio de mi confinamiento.

Me quedo allí, de pie en medio de la habitación, sintiendo una mezcla de rabia e impotencia. La habitación, aunque cómoda, se siente como una prisión. Camino lentamente hacia la ventana, observando las luces y la vida que se desarrolla en la calle abajo. La risa y la música llegan hasta mí, una burla cruel a mi situación. La calle bulle con energía, una celebración de la libertad que yo no poseo en este momento.

Mis pensamientos giran en torno a Sebastian, su control, y la ira se arremolina dentro de mí, haciéndome hervir la sangre. Miro alrededor y noto las escasas pertenencias que ha traído consigo. Me cruzo de brazos, mi mente trabajando rápidamente. Si voy a estar encerrada, debo aprovechar cada oportunidad que se me presente.

Me acerco a su saco con pasos decididos, mi respiración acelerándose con la adrenalina del desafío. Rebusco entre sus cosas, mis dedos temblorosos pero decididos, hasta encontrar lo que busco: mapas. Los despliego con cuidado sobre la mesa, mis ojos recorriendo los trazos y anotaciones con avidez.

Finalmente, doy con el mapa que me interesa. Zephyria es bastante grande para ser una isla, con una topografía compleja y numerosos recovecos. No me resultará difícil despistarlos si logro escapar.

Mis dedos trémulos siguen las sinuosas sendas del mapa, tratando de memorizar posibles caminos. Las montañas al norte podrían ofrecer refugio, mientras que los densos bosques al sur podrían ser ideales para perderme entre la vegetación. Sin embargo, una sensación de duda me invade. Mierda, no estoy segura de saber leerlo bien. Con lo fácil que sería con Google Maps... La frustración se acumula en mi pecho. No puedo esperar más a volver a mi época, a la familiaridad de la tecnología y la seguridad de mi hogar.

Sea como sea, es el momento de actuar.

El papel del mapa cruje bajo mis dedos mientras lo doblo de nuevo, mi mente trabajando a toda velocidad. La adrenalina recorre mi cuerpo mientras considero mis opciones, consciente de que cada minuto cuenta.

Mis manos tiemblan ligeramente al guardar el mapa de vuelta en el saco de Sebastian. Al buscar entre sus cosas, mis dedos tropiezan con un objeto frío y metálico: un cuchillo. Lo saco lentamente, observando el reflejo de la luz en la hoja afilada. Esto podría ser mi boleto a la libertad.

Me acerco a la puerta con cautela, el cuchillo firmemente sujeto en mi mano. Intento calmar mi respiración mientras introduzco la hoja en la cerradura, forcejeando con movimientos precisos. El sonido del metal raspando contra el metal llena la habitación, cada chasquido resonando en mis oídos como un tamborileo de esperanza. La cerradura parece resistirse al principio, pero no me doy por vencida. Mierda, tengo que hacerlo funcionar. Aunque lo cierto es que no tengo ni la más remota idea de lo que estoy haciendo.

Sin embargo y para mi propia sorpresa, escucho un suave click. Mi corazón salta de alegría, y por un momento, me permito creer que lo he conseguido. Sin embargo, al abrir la puerta con cautela, mis esperanzas se desvanecen al encontrarme cara a cara con Anne. Está de pie frente a mí, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—No te rindes nunca, ¿verdad? —pregunta con voz firme, sus ojos llenos de desaprobación.

Capítulo 15

Me quedo congelada, el cuchillo todavía en mi mano, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. La frustración y la desesperación burbujan dentro de mí, pero trato de mantener la compostura. Anne me mira durante un largo momento, sus ojos escrutando mi rostro con una mezcla de preocupación y desdén. La tenue luz del pasillo apenas ilumina sus rasgos, pero puedo ver la firmeza en su expresión.

Finalmente, suspira y sacude la cabeza, como si estuviera tratando de encontrar paciencia en alguna parte profunda de su ser.

—Esto no puede seguir así, Eleanor. Tienes que aprender a jugar con las reglas de este lugar. Las consecuencias podrían ser terribles —me advierte, su voz baja pero llena de gravedad.

La furia hierve dentro de mí, y no puedo contenerla más. Resoplo indignada, sintiendo que cada palabra que sale de mi boca lleva consigo toda la rabia acumulada.

—¿Peor que convertirme en la esclava de un pirata egocéntrico y narcisista? ¿Peor que quedarme encerrada día y noche a la espera de que alguien me dé permiso para ver la luz del sol? —exclamo, mis ojos ardiendo con desafío y desesperación—. Perdóname si no estoy conforme con mi situación actual.

El rostro de Anne cambia por un momento. Solo un momento, una sombra de empatía cruzando sus ojos antes de volver a su fría determinación.

—¿Te apetece beber algo? —pregunta, su tono más suave pero aún firme—. Las instrucciones de Sebastian fueron claras: no debes salir de aquí. Pero la taberna de abajo es parte de la posada. No estarías rompiendo las reglas si solo bajas a tomar algo.

La propuesta me toma por sorpresa. Parpadeo, tratando de entender sus intenciones. ¿Es esto una trampa? ¿Una forma de hacerme bajar la guardia? Pero la mirada de Anne, aunque dura, no muestra malicia.

La idea de un breve alivio, aunque sea temporal, es tentadora. Con un suspiro, bajo el cuchillo y lo dejo sobre la mesa cercana.

Anne asiente y abre la puerta, indicándome que la siga. Caminamos juntas por el oscuro pasillo y bajamos las escaleras. La música y las risas de la taberna se hacen más fuertes con cada paso, y por un momento, el bullicio me distrae de mi angustia.

Al llegar, el ambiente vibrante me envuelve. La gente ríe, canta y disfruta de la noche, ajenos a mis problemas. Anne me guía hasta una mesa en un rincón y se sienta frente a mí, llamando al camarero con un gesto.

—Dos cervezas —dice con voz firme, antes de volver su atención hacia mí—. No sé cuánto tiempo tendrás antes de que Sebastian regrese, así que aprovecha este momento.

La cerveza llega rápidamente, y tomo un sorbo, sintiendo el líquido frío y amargo deslizarse por mi garganta. Anne y yo bebemos en silencio durante unos minutos, dejando que el bullicio de la taberna nos envuelva. Finalmente, ella rompe el silencio.

—Sabes, Eleanor, no siempre fui parte de esta vida —dice Anne, su mirada fija en su jarra de cerveza—. Hubo un tiempo en el que tenía una vida muy diferente.

La sorpresa me atraviesa, pero mantengo la compostura, asintiendo ligeramente para animarla a continuar. Ella toma un sorbo largo antes de seguir.

—Vengo de un pequeño pueblo costero —continúa, su voz perdiéndose momentáneamente en el ruido de la taberna—. Mi padre era pescador y mi madre trabajaba en una posada. Era una

vida sencilla, pero feliz. Hasta que un día, unos piratas atacaron nuestro pueblo. Quemaron todo a su paso, y yo... no tuve más remedio que unirme a ellos para sobrevivir.

Sus palabras me golpean con fuerza. Puedo ver el dolor y la tristeza en sus ojos, reflejo de las cicatrices invisibles que lleva. Me siento pequeña al lado de su historia, pero al mismo tiempo, algo dentro de mí se suaviza hacia ella.

—¿Y cómo terminaste aquí, con Sebastian? —pregunto suavemente, intentando comprender más de su mundo.

Anne suspira, sus dedos jugando con el borde de su jarra.

—Sebastian me encontró en uno de sus viajes. Yo estaba trabajando en otro barco pirata, pero las condiciones eran terribles. Él me ofreció unirme a su tripulación, prometiéndome una vida mejor. Y bueno, aquí estoy —responde con una media sonrisa que no llega a sus ojos.

—¿Por qué unirme a él? ¿Por qué no volviste a tu vida anterior? —pregunto con curiosidad, queriendo entender más de sus decisiones.

Ella se encoge de hombros y sonrío con una mezcla de resignación y aceptación.

—Yo ya no era la misma que entonces. La vida en tierra firme ya no me pertenecía. Mi vida ahora está en el mar. Y Sebastian es un buen hombre, aunque no quieras creerlo —añade, al ver cómo pongo los ojos en blanco—. El mar es una amante celosa. Una vez que te atrapa, es difícil escapar. Además, aquí tengo una familia, una que no me juzga por mi pasado ni por mis decisiones. —Hace una pausa, mirándome con una intensidad que me desarma—. Igual que tú, estoy buscando mi lugar en el mundo.

—Yo no estoy buscando mi lugar en el mundo. Sé exactamente dónde pertenezco, y no es aquí —respondo a la defensiva.

Anne no responde, pero puedo ver la sonrisa que asoma por sus labios mientras da otro sorbo a su jarra.

Las dos cervezas se convierten en varias rondas más. La conversación fluye más fácilmente con cada bebida, y el tiempo parece desvanecerse en un mar de palabras y risas inesperadas. Anne me cuenta historias de aventuras y peligros, de traiciones y lealtades. Cada relato me hace ver el mundo de los piratas bajo una luz diferente.

Capítulo 16

La noche avanza y el ruido de la taberna se convierte en un zumbido lejano mientras nuestras palabras llenan el espacio entre nosotras, entremezclándose con las notas de la música y el murmullo de las conversaciones. Las jarras de cerveza se vacían una tras otra, y el alcohol empieza a hacer efecto, suavizando las líneas de nuestras preocupaciones y tensiones.

En algún momento, sin saber muy bien cómo, terminamos bailando al son de la música de la taberna. La alegría y la despreocupación llenan el aire, cada nota de la melodía parece fundirse con el calor de los cuerpos en movimiento. Anne y yo giramos y reímos, perdiéndonos en la euforia del momento.

En uno de los giros, sin embargo, me choco con alguien. Siento un pecho fuerte y grande, y un aroma familiar me invade y me calienta el cuerpo. Levanto la mirada, y me encuentro con los ojos iracundos de Sebastian. Mi corazón se detiene un instante, el miedo y la sorpresa me paralizan. Espero que me grite por haberle desobedecido, que me arrastre escaleras arriba para volver a encerrarme. Pero, para mi sorpresa, no lo hace.

Sebastian me sostiene la mirada con una intensidad que corta la respiración. Su expresión es impenetrable, y en sus ojos grises hay una mezcla de ira contenida y una emoción que no puedo identificar del todo. Hay algo en su mirada que me desconcierta, una intensidad que va más allá de la simple furia.

Entonces, se aparta ligeramente cuando alguien coloca un brazo sobre sus hombros. Es un hombre corpulento y enorme, con el cabello gris y un ojo de cristal. Se inclina ligeramente, y su sonrisa cruel me hiela la sangre.

—Vaya, vaya, ¿quién es esta encantadora compañía, Sebastian? —su voz es profunda y rasposa, y su tono está cargado de una curiosidad inquietante. Siento un escalofrío recorrer mi espalda.

Sebastian no responde de inmediato. Sus ojos siguen fijos en los míos, una tensión palpable en el aire. Finalmente, aparta la vista y se vuelve hacia su compañero.

—La encontré mendigando en uno de mis viajes —responde con un tono burlón que me hace sentir el calor subiendo por mis mejillas—. Ahora se dedica a limpiar la Sirena Negra y a calentarme la cama.

La despectiva descripción me hiere, y estoy a punto de defenderme cuando Anne se acerca a mí. Me aprieta el brazo con una fuerza que interpreto como una advertencia para mantenerme callada.

El nuevo amigo de Sebastian me sonríe de una manera que me resulta profundamente incómoda. Se acerca lo suficiente para que pueda oler su aliento rancio, y su sonrisa se convierte en una mueca de deseo repugnante.

—Podrías prestármela esta noche... —sugiere de repente, con un tono que me da náuseas—. ¿Qué me dices, preciosa? ¿Quieres saber lo que se siente con un hombre de verdad?

Trago saliva, el nudo en mi garganta casi me impide respirar. Me obligo a mantenerme estática, mientras mi mente busca frenéticamente una manera de escapar. Sebastian sonríe de lado, como si la situación le divirtiera.

—Vamos, Edward, tenemos cosas que discutir —dice, apremiando a su compañero a sentarse en una de las mesas libres.

Edward, aunque sigue lanzándome miradas lascivas, finalmente se dirige hacia la mesa.

Sebastian se acerca a mí, su presencia es abrumadora. Coloca una mano sobre mi trasero, y me acerca a él con un gesto posesivo. Me lame la oreja y me besa el cuello, la sensación de su contacto me sorprende tanto que ni siquiera sé cómo reaccionar. La mirada de todos se fija en nosotros, y el roce de sus labios en mi piel me resulta casi más humillante que el toque mismo.

Cuando finalmente se aparta, me lanza una mirada que, aunque aparenta deseo, me deja una inquietante sensación de advertencia.

—¿Por qué no me esperas arriba? —me sugiere en voz alta, con una firmeza que no deja lugar a dudas—. No tardaré mucho.

Asiento, aunque no comprendo del todo por qué lo hago. Hay algo en Edward, en la forma en que me mira, que me da mala espina. No quiero estar cerca de él. Así que, con la mente agitada, vuelvo a la habitación, mi celda temporal. Subo las escaleras lentamente, tratando de dejar atrás la incomodidad y el miedo.

Antes de desaparecer por completo de la vista de la taberna, escucho la voz de Sebastian resonar en el aire:

—¡Espero encontrarte desnuda cuando vuelva! —su grito provoca una oleada de risas y aplausos en la taberna.

Al llegar a la habitación, cierro la puerta tras de mí con un golpe sordo, el eco de las risas y los murmullos de la taberna quedándose afuera. Me dejo caer sobre la cama, el colchón cruje bajo mi peso, y el olor a madera envejecida llena mis sentidos. Mi mente está en un torbellino, cada pensamiento un nudo de preocupación y frustración. Mi corazón late con fuerza, el ritmo irregular de mi respiración refleja el caos interno.

Finalmente, después de una eternidad que parece más larga de lo que en realidad ha sido, escucho el sonido de pasos en el pasillo. El ritmo es inconfundible, fuerte y decidido. La puerta se abre, y la figura de Sebastian aparece en el umbral. La luz del pasillo lo envuelve en un halo tenue, su presencia es imponente y su expresión, que solo puedo ver parcialmente desde mi posición en la cama, está cargada de una mezcla de determinación y algo que no consigo descifrar.

Se acerca, y el peso de sus pasos parece acentuarse con cada paso que da. Mi respiración se vuelve más rápida, y me incorporo lentamente, mi cuerpo tenso y preparado para lo que venga.

Su mirada, penetrante y dura, me atraviesa. Sus ojos grises, cargados de una preocupación que no comprendo del todo, me hacen sentir expuesta y vulnerable. Sus manos están crispadas a los lados, y su mandíbula tensa, muestra una mueca de frustración que me resulta completamente ajena. La calma arrogante que solía exhibir ha desaparecido, reemplazada por una tormenta de emociones contenidas, donde la furia se enreda con una inquietud palpable.

—Me has desobedecido, otra vez —dice con una calma gélida que corta el aire—. ¿Es que no te cansas de ponerte en peligro?

Su tono helado despierta una chispa de indignación en mí.

—¿Ponerme en peligro? ¡El único que me pone en peligro eres tú! —respondo con un tono mordaz, mi voz temblando ligeramente mientras intento mantener la compostura.

Sebastian ignora mi respuesta, sus ojos no se apartan de mí. Se acerca a la ventana, la abre de golpe, y el aire fresco que entra parece calmarlo solo un poco. Se pasa una mano por el cabello, como si intentara despejar sus pensamientos. Su furia no se dirige hacia mí, pero la preocupación en su rostro está fuera de lugar, confusa para mí.

—Maldito sea Poseidón y todos sus hijos... —murmura con rabia, más para sí mismo que para mí, como si la marea de su furia fuera demasiado grande para contenerla. Luego se vuelve hacia mí, su expresión se transforma en una amalgama de enojo y agotamiento—. Espero que

entiendas que esto no es un juego, rubita. No te estoy reteniendo porque me divierte hacerlo.

La indignación burbujea en mi interior, y no puedo evitar reírme con desdén, mi furia apenas contenida.

—¿De veras? ¡Porque parecías pasártelo en grande alardeando de cómo me has convertido en tu puta...!

No termino la frase. Sebastian gira sobre sus talones y se coloca frente a mí con una rapidez que me toma por sorpresa. Su mano se cierne sobre mi rostro con una firmeza que no es cruel, pero que me obliga a mirarlo a los ojos. La intensidad de su mirada me atraviesa, y mi pulso se acelera, su cercanía y el calor de su mano son casi insoportables.

—Eres la mujer más tozuda e imprudente que he conocido en mi vida —dice, su voz un torbellino de enojo y exasperación—. Nunca, en toda mi existencia, me había molestado tanto en mantener a alguien con vida. Tenerte cerca es agotador.

Su aliento roza mi cuello, caliente y pesado. La proximidad me electriza, a pesar de sus palabras. Sus ojos, normalmente fríos y calculadores, ahora parecen arder con una intensidad que me desconcierta.

—Pero no puedes dejarme ir porque me necesitas para que haga funcionar tu estúpida brújula —espeto, mi voz temblando de rabia, la frustración aflorando en cada palabra.

Sebastian frunce el ceño, su mandíbula tensa mientras su mano presiona mi rostro, rozando con sus dedos mi mejilla. La calidez de su piel contra la mía me hace estremecer. La mezcla de su ira y su preocupación crea un torbellino emocional que me desconcierta.

—Efectivamente.

Finjo una sonrisa irónica, tratando de ocultar mi propia confusión. Mi corazón late con fuerza contra mis costillas. ¿Acaso él siente lo mismo que yo? ¿O es solo la tensión de la situación lo que nos está afectando a ambos?

—Una verdadera historia de amor, ¿eh? —digo con sarcasmo, intentando mantener mi orgullo intacto.

Sebastian suelta un resoplido que podría ser una risa amarga, luego se aparta de mí, dando un paso atrás. El vacío que deja es tangible, como una brecha emocional que me hace temblar. Pero al mismo tiempo, siento una extraña sensación de liberación.

—Ese hombre tan simpático que has conocido es, ni más ni menos, que mi peor enemigo en el mundo —continúa, sus palabras pesando como plomo—. Edward, también conocido como Ojo de Cristal, es uno de los piratas más temidos de todos los mares. Y es uno de los más poderosos.

Mis ojos se entrecierran mientras lo recuerdo. La forma en que me observaba, con esa mirada cargada de malas intenciones.

—Pues parecías muy cercanos esta noche —señalo, mi tono cargado de una mezcla de incredulidad y cinismo.

—Eso, querida, es lo que se conoce por mantener apariencias. Nos detestamos mutuamente, pero hay situaciones que nos obligan a fingir con aquellos a quienes no soportamos —dice con una seguridad que me hace temblar—. Si Edward descubre hacia dónde nos dirigimos, hará todo lo posible por quedarse con el tesoro. Y si se entera de lo que puedes hacer, si descubre que tienes valor para mí, para la tripulación —se corrige enseguida—, no dudará en utilizarlo en mi contra.

Yo bufo de nuevo mientras pongo los ojos en blanco.

—Así que es mejor que piense que soy quien te calienta la cama—digo enfadada, pero mi voz suena más débil de lo que quiero.

Sebastian se ríe entre dientes, una risa profunda y ronca que me eriza la piel. Se inclina hacia

mí, acercando su rostro al mío.

—Por supuesto. Eres hermosa, tu sola presencia llama la atención. Y eso es lo último que quiero. Pero también eres mucho más que eso, Eleanor. Eres una incómoda verdad que me recuerda que no soy invencible. Y a pesar de todo, me atraes como un imán.

Sus palabras me dejan sin aliento. Sus ojos se clavan en los míos, el calor de su mirada me invade, y siento un hormigueo recorriendo mi cuerpo. Su corazón late con fuerza y el aire se vuelve denso.

Se acerca aún más, hasta que nuestros labios casi se rozan. Puedo sentir su respiración entrecortada, caliente y húmeda, rozando mi piel.

—Cuando he visto cómo te miraba, cuando ha sugerido compartirte... Jamás había estado tan cerca de acabar con su vida —dice con la voz ronca, su aliento cálido rozando mi oído.

Un escalofrío me recorre la espalda. Sus palabras son una confesión, una revelación de un lado de él que nunca antes había visto. La imagen de Sebastian, frío y calculador, se desvanece, dejando paso a un hombre consumido por la pasión y los celos.

Yo trago saliva antes de hablar.

—Eso te convierte en un ser posesivo, lo cual no es una buena cualidad.

Él se ríe, una risa profunda y ronca que me eriza la piel.

—Soy un pirata, rubita. Las buenas cualidades no van conmigo.

Sus palabras son un desafío ronco, un recordatorio áspero de mi situación. Soy su cautiva, una ficha en su juego. Pero la forma en que sus ojos se oscurecen cuando me mira, la forma en que su mandíbula se tensa con una lucha interna, me dice lo contrario. Hay algo más en él, algo que lucha contra su exterior endurecido por el mar.

Se inclina hacia mí, el aroma de la sal y la aventura llenando mis sentidos. Nuestras frentes se rozan y yo cierro los párpados con un aleteo, el calor de su piel como una marca en la mía. Prisionera, una herramienta, nada más. Lo canto en mi cabeza como una oración desesperada.

—Lo que he dicho abajo... —su voz es un ronroneo cerca de mi oído—. No te tocaré si no lo deseas. Nunca.

Abro los ojos para encontrar su mirada. Un mar de emociones turbulentas se agita en sus profundidades: posesividad, anhelo, y una vulnerabilidad sorprendente.

Prisionera. Herramienta. Un mantra que se desmorona bajo el peso de su mirada cruda y hambrienta. Mi respiración se detiene, un jadeo ahogado escapa de mis labios.

Maldita sea.

Ignorando la voz de la lógica, lanzo la precaución al viento. Rodeando su cuello con mis brazos, lo atraigo hacia mí. Mis labios se encuentran con los suyos en un beso desesperado. El beso es salvaje, hambriento, un torrente de emociones reprimidas que finalmente se desbordan.

Capítulo 17

El beso nos envuelve en una vorágine de sensaciones. Su lengua busca la mía con una insistencia que me sorprende. Su cuerpo, fuerte y cálido, presiona contra el mío, acallando mis dudas. Por un instante, soy solo una mujer en los brazos de un hombre.

La necesidad de más se vuelve abrumadora. Sus labios se desplazan por mi mandíbula, bajando por mi cuello en besos ardientes que envían descargas de placer por mi columna vertebral. Sus manos se deslizan bajo mi ropa, la calidez de su toque encendiendo cada fibra de mi ser. Me muerdo el labio, conteniendo un gemido mientras me dejo llevar por la corriente de sensaciones que me atraviesan.

No hay espacio para el pensamiento, solo para el sentir. La habitación se vuelve un mundo separado, un refugio de placer y abandono donde las preocupaciones externas quedan atrás.

No tardamos en deshacernos de nuestras ropas, la urgencia de sentirlo todo nos impulsa. No importa cuántas veces lo vea desnudo, la perfección de su figura siempre me sorprende. Cada músculo, cada cicatriz, es un testimonio de fuerza y supervivencia que me resulta profundamente cautivador. Su cuerpo es una obra de arte esculpida por los dioses, un lienzo de intensidad y resistencia.

Sebastian me levanta con una fuerza que me hace sentir tanto segura como vulnerable, y me coloca sobre la cama con una precisión que revela su deseo y su control. La suavidad de las sábanas contra mi piel contrastan con la firmeza de su cuerpo.

Siento la dureza de su erección presionando contra la entrada de mi intimidad, su calor intenso me envuelve, y esa insistencia me hace temblar. Es como si su deseo implorara un permiso que, en realidad, ya no necesita pedir.

Cuando mi cabeza asiente, dando una señal tácita, la expresión en su rostro cambia a una mezcla de determinación y ansia. Entonces, con una precisión que se siente tanto desesperada como controlada, se hunde en mí. La penetración es profunda y visceral, un choque de sensaciones que me arrastra a un abismo de placer inmediato. La combinación de su ritmo constante y su fervorosa necesidad nos envuelve en un torbellino de sensaciones que nos consume, cada movimiento está cargado de una intensidad que nos sumerge por completo en el momento.

Me aferro a él con fuerza, mis gemidos escapando sin poder ser contenida. Pero en ese punto, una necesidad de control se despierta dentro de mí. Lo empujo hacia atrás con determinación, obligándolo a cambiar de posición antes de que pueda protestar. El poder que siento al asumir el control es electrizante, y sin perder un segundo, me coloco sobre él. Me deslizo con sensualidad sobre su miembro.

Su respiración se acelera, cada inhalación se vuelve más errática y profunda. Su mirada, antes ardiente, se torna más oscura, cargada de un deseo primordial mientras yo tomo las riendas. Sus ojos siguen cada uno de mis movimientos con asombro, con necesidad. Su cuerpo responde a mis movimientos con una entrega total y verlo así hace que mi deseo llegue a su límite.

Siento el orgasmo atravesarme como un rayo, un estallido de placer que recorre cada rincón de mi cuerpo. Mi piel se eriza, y mis músculos convulsionan en un éxtasis tan intenso que casi pierdo la conciencia. Las paredes de mi interior se ciñen con fuerza alrededor de él, apretando y palpitando en un ritmo frenético que me lleva al borde del colapso. Antes de que pueda desplomarme completamente, él me agarra con firmeza, sus manos sujetan mi rostro, impidiendo

que me deslice hacia la inconsciencia.

—Quiero ver tu cara cuando te corres sobre mí —murmura, su voz cargada de una urgencia que destroza cualquier posibilidad de calma. Su mirada se clava en la mía con una intensidad que me hace sentir expuesta y vulnerable. Sin darme tiempo para recuperar el aliento, comienza a moverse con una determinación feroz. Su ritmo es implacable, cada embestida es una ola de placer que me arrastra de vuelta a un abismo de deseo y satisfacción, un ciclo interminable que consume cada fibra de mi ser.

Mis gemidos y gritos son incontrolables, el placer me desborda y me sumerge en una cascada de sensaciones intensas. Cada embestida es más profunda, llevándome más allá de lo que creía posible.

Finalmente, con un último empuje profundo y voraz, sale de mi interior. Su cuerpo se estremece, sus músculos tensos mientras eyacula con una explosión de calor que se mezcla con el sudor que nos cubre. El aire se llena con el aroma salado y agri dulce de nuestra entrega. Sus respiraciones pesadas y entrecortadas se mezclan con las mías, creando una sinfonía de exhausta satisfacción que llena la habitación.

La calma que sigue al frenesí nos envuelve, y aunque el eco del placer aún retumba en mis músculos, una sensación de agotamiento y plenitud se asienta en ambos. Lo miro de reojo cuando Sebastian se deja caer a mi lado, su mirada perdida en el techo con una expresión de cansancio que revela su propia lucha interna.

Me muerdo el labio, sintiendo una oleada de desasosiego y frustración. He vuelto a caer en la trampa, maldita sea. La parte de mí que desea resistir y mantenerse firme se siente traicionada, atrapada en una mezcla de emociones confusas. El remordimiento se mezcla con la satisfacción, y me encuentro en una lucha silenciosa con mis propios sentimientos mientras el silencio de la habitación se llena con el sonido de nuestras respiraciones aún agitados.

Me quedo dormida junto a él, mi cuerpo exhausto y satisfecho finalmente sucumbe al sueño. Cuando despierto, la luz del amanecer se filtra a través de las cortinas, bañando la habitación con una cálida y suave luminosidad que acaricia mi piel. Sebastian sigue a mi lado, su respiración es profunda y tranquila, como la de un niño dormido. Lo observo dormir, notando la ausencia de su habitual expresión de preocupación y dureza. En todo este tiempo, nunca lo había visto tan relajado. Sus facciones, normalmente marcadas por la tensión y el control, se ven más suaves, casi infantiles. Sus labios, ligeramente entreabiertos, revelan una vulnerabilidad que me desconcierta.

Mi mente se llena de pensamientos contradictorios mientras lo contemplo. Me pregunto si este lado de él es una rareza o si hay más de lo que permite que vea. Me sorprende la ternura que siento al observarlo así, y me esfuerzo por recordar la situación en la que me encuentro.

Me giro ligeramente, tratando de no despertarlo, pero el movimiento lo hace fruncir el ceño y murmurar algo en sueños. Me quedo quieta, mi mirada fija en su rostro, esperando que se despierte por completo. Cuando finalmente abre los ojos, su mirada se encuentra con la mía. Por un instante, hay una suavidad en sus ojos, una calidez a la que no estoy acostumbrada. Pero luego, la máscara del pirata regresa, y su expresión se endurece ligeramente, como si se diera cuenta de que ha dejado escapar una parte de sí mismo.

—Buenos días —digo en un susurro, mi voz apenas audible en la quietud de la habitación.

Sebastian asiente, un destello de algo indescifrable en sus ojos antes de que se levante de la cama. Lo observo moverse, cada gesto una mezcla de gracia y fuerza, como la de un animal salvaje enjaulado. Sigo sin apartar la mirada de él mientras se viste, cada movimiento suyo una afirmación de su dominio sobre sí mismo.

Una vez vestido, se dirige hacia la ventana, su espalda ancha tensándose mientras mira hacia el horizonte. La luz del sol ilumina sus cabellos oscuros, revelando hebras plateadas que delatan el paso del tiempo.

—Tengo que atender algunos asuntos más —dice de repente, sin mirarme—. Con suerte, partiremos mañana al amanecer. No quiero pasar aquí más tiempo del necesario.

Sus palabras me golpean como una ola fría. ¿Partir? ¿Tan pronto? Una sensación de ansiedad se instala en mi pecho. Debo encontrar la manera de huir antes de mañana.

—Y espero que tú... —comienza, girándose finalmente para mirarme. Sus ojos, oscuros y penetrantes, se clavan en mi cuerpo todavía desnudo. Siento la calidez de su mirada en mi piel, como una marca ardiente que me señala como suya—. Te suplico que te quedes aquí, con Anne. Intenta no meterte en problemas, ¿quieres?

No me da tiempo a responder, antes de que se dé la vuelta y salga por la puerta, cerrándola suavemente detrás de él. Me quedo sola, envuelta en un silencio opresivo, mi mente dando vueltas como una rueda de hámster.

Minutos más tarde, vestida y con el corazón palpitando en mi pecho, me dirijo hacia la ventana. La única salida que veo. Sé que por la puerta no podré escapar. Anne, o cualquier otro de sus hombres, estará vigilando. Mi única opción es arriesgarme y saltar.

Desde aquí puedo verlo alejarse de la posada, su figura imponente recortada contra el horizonte. Sus pasos son firmes y decididos, como los de un hombre acostumbrado a dar órdenes y a que se le obedezca. Todo en él es atractivo, magnético incluso, pero esa misma atracción es lo que me aterra. Es como si estuviera hipnotizada, incapaz de pensar con claridad cuando le tengo cerca.

Echo un último vistazo a la habitación, a la cama donde hemos compartido momentos tan intensos y tan confusos. Me niego a seguir siendo su prisionera en su juego.

Me asomo por la ventana. El suelo está demasiado lejos, pero no tengo otra opción. La adrenalina me inunda y me empuja hacia adelante. Con un profundo suspiro, me lanzo al vacío.

Caigo con torpeza, el viento silbando en mis oídos mientras mi cuerpo se estrella contra el suelo duro. Un dolor agudo me recorre la pierna, pero me obligo a ignorarlo. Me incorporo con dificultad, apoyándome en una pared cercana. Echo un vistazo a mi alrededor, buscando algún lugar donde esconderme. Las calles están desiertas, pero sé que no puedo permanecer aquí por mucho tiempo.

Me arrastro hasta un callejón oscuro y me acurruco en una esquina, tratando de recuperar el aliento. Me llevo una mano a mi saco, sintiendo el mapa que le he robado a Sebastian, y trato de concentrarme. He estudiado el mapa. Tengo un plan. Ir hacia el norte, hacia las montañas. Allí podré esconderme el tiempo suficiente como para que Sebastian se olvide de mí y... ¿Y después qué? ¿Cómo volveré a casa? ¿Cómo conseguiré volver a mi tiempo? Bueno, eso es algo de lo que tendré que preocuparme más adelante.

El dolor en mi pierna me recuerda la urgencia de moverme. Me obligo a levantarme, usando la pared como apoyo. Cojeando, avanzo por las callejuelas desiertas, cada paso es un recordatorio de mi frágil situación. El frío de la noche se cuela en mis huesos, pero sigo adelante, impulsada por una mezcla de miedo y determinación.

El mapa indica una ruta clara: seguir el río hasta llegar a un paso en las montañas. Desde allí, encontraré un refugio en una cueva que, según el mapa, ha sido utilizada por contrabandistas en el pasado. Si puedo llegar hasta allí, podré descansar y planear mi siguiente movimiento.

Camino deprisa por las callejuelas de Zephyria. El mercado ya está activo y pronto los aldeanos se juntarán aquí. Es curioso lo mucho que cambia la ciudad de la noche a la mañana.

Ahora no parece más que un pintoresco lugar de la costa. Mientras que anoche... Prefiero no recordar lo que vi en las calles anoche.

A medida que avanzo, el sonido del agua corriendo me guía. El río brilla bajo la luz del sol naciente, y su murmullo constante me ofrece una extraña sensación de consuelo. Cojo el camino que lo sigue, siempre atenta a cualquier sonido que pueda indicar la presencia de Sebastian o de su tripulación.

Las horas pasan y mis fuerzas comienzan a flaquear poco después de dejar atrás el centro de la ciudad. Ahora, solo hay pequeñas granjas o casas en ruinas, testigos silenciosos del tiempo y el abandono. Pero la visión de las montañas en el horizonte me da un nuevo impulso. El terreno se vuelve más escarpado y rocoso, cada paso una lucha contra el dolor y el cansancio.

El sol se eleva lentamente en el cielo, bañando el paisaje con una luz dorada que realza tanto su belleza como su desolación. Mis pensamientos vuelven a Sebastian y a la confusión de emociones que me provoca. Pero no puedo permitirme el lujo de distraerme. Debo seguir adelante.

El sendero sigue ascendiendo, serpenteando a través de colinas y valles, y la inclinación del terreno hace que mis músculos ardan con cada paso. Finalmente, la entrada de la cueva aparece ante mí, oscura y acogedora al mismo tiempo.

Me quedo un momento quieta, con una sonrisa en los labios. No puedo creer que lo haya conseguido.

Entro en la cueva, dejándome caer en el suelo, respirando con dificultad. Mis ojos se acostumbran a la penumbra, revelando un espacio más profundo de lo que había imaginado, con varias cavidades pequeñas que podrían ofrecer refugio. Encuentro un rincón seco y protegido, y me acomodo allí, desenrollando el mapa una vez más.

El camino hacia las montañas es solo el comienzo. Más allá, hay un bosque denso que, si logro atravesar, me llevará a un pequeño puerto. Desde allí, podría intentar encontrar un barco que me lleve lejos.

Mientras el agotamiento finalmente me vence, una determinación renovada se asienta en mi interior. He escapado de Sebastian por ahora, pero sé que no se rendirá tan fácilmente. Tengo el mapa, tengo un plan, y más importante aún, tengo una voluntad férrea de sobrevivir y recuperar mi libertad.

Pero todo se va a pique cuando escucho una voz tras de mí:

—Vaya, vaya... ¿A quién tenemos aquí?

Capítulo 18

Me giro con el corazón en la garganta, mis ojos buscando desesperadamente la fuente de la voz en la penumbra de la cueva. Un hombre emerge de las sombras, su silueta esbelta y amenazante. No es Sebastian, pero es igual de peligroso. O peor. Ojo de Cristal.

—¿Huyendo de tu amo, ¿eh? —su tono es burlón, y su ojo bueno destella con una malicia que me helaría la sangre si no estuviera tan aterrorizada—. Sebastian no va a estar muy contento cuando se entere de esto. Aunque yo estaré encantado de alejarte de él, si eso es lo que deseas.

La desesperación se mezcla con la adrenalina en mi interior, creando una tormenta perfecta de emociones que me paralizan. Conozco las intenciones que esconden su mirada, y de ninguna manera dejaré que algo así ocurra. Miro a mi alrededor, buscando cualquier cosa que pueda usar como arma, cualquier oportunidad para escapar de nuevo. Mis ojos se posan en una roca afilada que yace a mis pies.

—¿Sabes? En cuanto te vi, supe que había algo extraño en ti. Una chica tan bonita, con esa piel pálida y esas manos tan delicadas, tu aspecto es digno de una mujer de alta cuna. Pero tu forma de hablar, tus movimientos... Algo no cuadraba. Y después Sebastian... —se pone a reír, una risa fría y burlona que resuena en la cueva—. Ese muchacho se ha esforzado mucho por hacerte pasar desapercibida, y eso, muchacha, es algo inusual. Y ahora te encuentro aquí, en mi alijo. Dime, ¿no es una preciosa coincidencia?

Se acerca lentamente, cada paso que da acortando la distancia entre nosotros. Siento el frío húmedo de las paredes de la cueva contra mi espalda y mi corazón late a mil por hora. El eco de mis propios latidos retumba en el espacio confinado, ensordeciendo cualquier otro sonido.

No dejo que se acerque más. En un rápido movimiento, me agacho para coger la piedra que yace a mis pies, una roca afilada y rugosa que podría ser mi única salvación. Con todas mis fuerzas, se la lanzo, impactando contra su sien. Edward se tambalea, un quejido gutural escapando de sus labios. Aprovechando su sorpresa, me lanzo a correr en dirección contraria, mis pies resbalando sobre el suelo húmedo y desigual.

Pero no llego muy lejos, pues unas manos fuertes me sujetan por detrás, deteniendo mi huida en seco. Me giro con dificultad, encontrándome rodeada por más de una decena de hombres, sus rostros ocultos en la penumbra de la cueva, pero sus ojos brillando con una crueldad que me hiela la sangre.

—No te conviene hacerme enfadar, pequeña —me advierte Edward acercándose a mí de nuevo, su voz ronca y amenazadora. Sus ojos, inyectados en sangre, brillan con una intensidad enfermiza.

La desesperación me paraliza. Estoy acorralada, sin escapatoria. Me siento pequeña e insignificante, una presa acorralada. Por un momento, me espero lo peor. Las historias que he oído sobre lo que les ocurría a las mujeres en situaciones como esta me inundan la mente. La violencia, el abuso, la muerte... Todo parece tan real, tan cercano.

—Llévósla —ordena Ojo de Cristal sin embargo, su voz fría y calculadora. Me desconcierta su cambio de actitud.

Mientras los hombres me arrastran fuera de la cueva, no puedo evitar preguntarme qué me espera. ¿Seré vendida como esclava? ¿Me convertiré en otra de sus víctimas? Sólo sé que mi futuro se presenta incierto y lleno de peligros.

Un saco me cubre la cabeza impidiéndome ver a dónde me llevan. El tejido áspero roza mi

piel, provocando una irritación que se suma a la sensación de desorientación y miedo que me invade.

El tiempo se dilata, cada segundo pareciéndose a una eternidad. Y entonces, en medio de la oscuridad, una imagen surge en mi mente: Sebastian. Lo veo claro como el agua, con su mirada intensa y enigmática. Recuerdo las veces que me ha sacado de problemas, las veces que he podido confiar en él ciegamente. Odio admitirlo, pero con él estaba a salvo, por muy extraño que parezca. Un nudo se forma en mi garganta. Tal vez debería haberle contado la verdad sobre mí, de dónde vengo, por qué no he dejado de intentar huir. Quizás, si hubiera sido honesta con él, habría accedido a ayudarme. Pero ahora es demasiado tarde para lamentarse.

De repente, la tierra firme cede bajo mis pies. Caigo hacia adelante, mis manos buscando algo a lo que aferrarme. Oigo gritos lejanos y el chapoteo del agua. Me quitan el saco de la cabeza y la luz me ciega momentáneamente. Tardo unos segundos en darme cuenta de que estoy en la cubierta de un barco, el viento azota mi rostro y el olor a salitre me invade.

Me encuentro rodeada de hombres, todos ellos con expresiones duras y amenazadoras. Uno de ellos, más corpulento que los demás, se acerca a mí y me agarra del brazo con fuerza.

—Bienvenida a bordo, preciosa —dice con una sonrisa burlona.

Me siento mareada y desorientada. El movimiento del barco me desequilibra y mi estómago se revuelve. Intento resistirme, pero mis esfuerzos son inútiles. Me llevan hasta un pequeño camarote, oscuro y húmedo. Me arrojan al suelo y cierran la puerta con un fuerte golpe.

El pequeño camarote se balancea al ritmo de las olas, y cada movimiento me provoca una nueva oleada de náuseas. El olor a salitre y a madera podrida me invade, y la oscuridad me envuelve como una manta húmeda. Intento conciliar el sueño, pero la ansiedad me mantiene alerta.

Pasado un tiempo, escucho unos pasos acercándose. La puerta se abre de golpe, y un rayo de luz inunda el pequeño espacio. Otro hombre, desconocido para mí, me arrastra fuera de mi celda sin darme tiempo a recomponerme. Mis pies, adoloridos por el viaje, apenas me sostienen.

De repente, el corazón se me para en el pecho. Allí, a pocos metros de mí, está Sebastian. Junto a él, Evelyn y Anne, dos de sus lugartenientes más fieles. Todos me miran con un semblante indiferente y mi estómago se revuelve. Esto no pinta bien.

—¿De verdad? —exclama Sebastian al verme, su voz llena de una indiferencia que me parte el alma—. ¿Me has hecho venir hasta aquí por ella?

Ojo de Cristal sonrío, revelando una fila de dientes amarillos y desgastados.

—Vamos, Sebastian, ¿es así como tratas a tu amante? No me extraña que quisiera huir de ti.

Sebastian se cruza de brazos, sin apenas mirarme. Sus ojos, normalmente tan intensos, parecen apagados.

—Es como un palo en la cama, y no se le da demasiado bien obedecer órdenes. Por mí, puedes quedártela —le sugiere, su voz fría y despectiva.

Mis ojos se abren desorbitados. No puede estar hablando en serio. ¿Acaso no le importo nada? ¿Es capaz de abandonarme así, sin más?

Miro a Sebastian, buscando alguna señal de arrepentimiento, de humanidad. Pero solo encuentro indiferencia. Mi mirada se desliza hacia Ojo de Cristal, quien observa la escena con una sonrisa cruel.

—¿De veras? Qué gesto tan generoso —dice Edward colocándose a mi lado—. Entonces no te importará que me encame con ella mientras os servís unas copas, ¿verdad? Me gustaría probar el producto antes de aceptarlo.

Todas las alarmas se encienden en mi cuerpo. Mi mirada se posa en Sebastian, en Evelyn, en

Anne. Pero nadie parece estar dispuesto a mover un dedo por mí.

—Haz lo que quieras con ella, es tuya —responde Sebastian entonces, su voz fría y distante.

Las lágrimas me arden en los ojos, pero las contengo con fuerza. No voy a darle la satisfacción de verme llorar.

Ojo de Cristal se echa a reír, una risa cruel y burlona.

—¿Qué te parece, preciosa? Parece ser que al final no eras tan importante como me pensaba —dice mirándome de arriba a abajo, su mirada recorriendo mi cuerpo con una lascivia que me repugna—. Llévala a mi camarote —ordena a sus hombres.

Y yo entro en pánico. No puedo dejar que me lleven ahí. De ninguna manera voy a permitir que me toque. Y puesto que Sebastian no va a salvarme esta vez, debo ser yo quien lo haga.

—¡La brújula! —exclamo de pronto, mi voz resonando en la cubierta del barco—. ¡Puedo hacer funcionar la brújula!

Sebastian me mira por fin. Lleno de ira y algo más que no quiero descubrir.

—¿De qué hablas, muchacha? —pregunta Ojo de Cristal con interés renovado.

—La brújula de Lyra, La Estrella del Mar. Sebastian la tiene en su poder y solo yo puedo hacerla funcionar —explico sin omitir detalle, aprovechando la oportunidad para sembrar la discordia entre ellos.

Ojo de Cristal arquea una ceja, intrigado. Mira a Sebastian, luego a mí. Se hace un silencio en el barco que me hace estremecer. Tal vez no debería haber dicho eso. ¿Pero qué otra opción tenía? Edward Ojo de Cristal debe saber que me necesita de una pieza. Incluso si Sebastian no piensa igual.

—¿Estás diciendo que tú eres la clave para encontrar el tesoro perdido de Lyra? —murmura, sus ojos brillan de avaricia.

Sebastian se tensa. Obviamente, no esperaba esta revelación. Sus ojos se encuentran con los míos por un instante, pero no hay rastro de arrepentimiento o preocupación en ellos. Solo un destello de ira y frustración.

—Miente —dice Sebastian, su voz fría y calculada—. ¿Por qué te la iba a entregar, si no?

Pero Edward ya no se cree una palabra de él. Con un solo gesto, sus hombres se abalanzan sobre Sebastian, reduciéndolo con facilidad. Igual que a Evelyn y Anne, a quienes Sebastian ordena no ofrecer resistencia. La traición es evidente en el aire.

Rebuscan entre las ropas de Sebastian hasta dar con la brújula. Puedo ver cómo al capitán de la Sirena Negra se le pone el rostro pálido, y una parte de mí, se alegra de ello. Si tan dispuesto estaba a dejarme en brazos de su peor enemigo, no merece ni un poco de mi lástima.

Ojo de Cristal observa el artefacto con sumo cuidado, como si fuera un tesoro más valioso que el que busca. Después se vuelve hacia Sebastian, su mirada llena de desprecio.

—Sabía que la habías encontrado, pequeña sabandija. Todos estos años ocultándomelo... —dice con una calma furiosa—. Te creías muy listo, ¿verdad?

Sin embargo, la brújula no funciona en manos de Edward. Ni de ningún otro hombre o mujer que se encuentre en este barco. La aguja permanece inmóvil, como si estuviera rota. El pirata se vuelve hacia mí entonces y me ofrece el artillugio.

Yo lo sujeto con manos temblorosas y, de manera inmediata, la aguja que no parecía tener intención de funcionar, comienza a girar con fuerza, para después detenerse señalando un punto fijo en el horizonte. Un escalofrío me recorre la espalda.

—Así que era cierto —murmura Ojo de Cristal, sus ojos brillando de anticipación. Después se echa a reír, una risa estridente que resuena en toda la cubierta—. ¡Levad anclas! ¡Vamos a buscar al resto y después saldremos en busca del tesoro de Lyra! —exclama, recibiendo vítores y

aplausos del resto de la tripulación. La euforia los invade, pero yo empiezo a marearme de nuevo.

—¿Qué hacemos con ellos, capitán? —le pregunta uno de sus hombres señalando a Sebastian, Evelyn y Anne, que ahora yacen en el suelo, humillados y derrotados.

Edward los mira como si se hubiera olvidado de ellos por completo, como si no tuvieran ninguna importancia para él. Aunque, realmente, ahora mismo no les sirve de nada.

—Matadlos —ordena entonces, su voz fría y despiadada—. Y tirad sus cuerpos por la borda, hay que alimentar a los tiburones —dice entre risas, el resto lo secunda.

Pero yo me lleno de horror. Sí, estoy más que furiosa con ellos. Me siento traicionada, utilizada y humillada. Pero no les deseo la muerte. Puede que se deba a que en el siglo XXI no se castiga con la muerte, pero la idea me horroriza.

—¡Esperad! —exclamo deteniendo las espadas que estaban ya listas para atravesarlos. Todos me miran como si fuera una molestia, y me pregunto hasta cuándo tolerarán que siga hablando—. ¿Por qué matarlos? Les has arrebatado todo lo que tienen, su mayor logro es ahora tuyo. ¿No será mayor satisfacción para ti dejar que vean cómo te haces con el tesoro? —trato de darle sentido a mis motivos pobremente.

Ojo de Cristal se acerca a mí y me estruja la cara con la mano, sus dedos hundiéndose en mi piel.

—Pero qué dulce muchacha. ¿Has visto eso, capitán Sebastian? —le grita con burla—. Incluso después de deshacerte de ella, tu ramera trata de salvarte el pellejo. Tal vez deberías aprender algo de ella —dice riéndose, su voz llena de desprecio.

Yo lo miro de soslayo, uno de los hombres de nuestro captor lo tiene inmovilizado con un puñal pegado a su cuello. Puedo ver una fina gota de sangre resbalar por su piel y, a pesar de todo, mi corazón se salta un latido.

—Bueno, tienes suerte. Estoy de buen humor y me siento generoso. Y puesto que has sido tú quien me ha traído la brújula y quien me guiará hacia la gloria, qué menos que devolverte el favor.

Veo cómo los levantan del suelo, les despojan de sus armas y de todo aquello que crean que tiene valor y les atan de pies y manos. Observo con cautela cómo aparece alguien con un pedazo de carne sangriento, todavía tibio, y lo lanza al agua con un arco que lo hace describir una parábola perfecta antes de hundirse en las profundidades. Después colocan a mis antiguos compañeros de viaje al borde del barco. Ojo de Cristal me arrastra con el, obligándome a ver las inmensas criaturas que se han acercado a nosotros bajo el agua. Se pelean por el trozo de carne, sus aletas cortando el agua con violencia, sus fauces abiertas mostrando hileras de dientes afilados. Se deboran el bocado sin miramientos, dejando tras de sí una estela de sangre que ha teñido el agua de un rojo vivo.

Comprendo lo que va a hacer y me resisto a su agarre con todas mis fuerzas.

—¡Has dicho que no los matarías! —exclamo furiosa, mi voz ahogada por el viento y el ruido de las olas.

—Y no lo haré. Los voy a liberar. —Su sonrisa es cruel, como la de un depredador que se burla de su presa.

Antes de poder decir nada más, da la orden. Y sus hombres los empujan al agua uno a uno. Mi mirada se encuentra con la de Sebastian un momento, un solo instante antes de que desaparezca por la borda.

Escucho los chapoteos pero me resulta imposible bajar la mirada.

Me arrastran de nuevo a mi celda y nos alejamos como si no hubiera pasado nada. Yo me

sumo en un vacío que no logro comprender.

Capítulo 19

Navegamos durante dos días, no me molestan demasiado lo cual agradezco. La imagen de Sebastian, Evelyn y Anne siendo devorado por las criaturas marinas se repite una y otra vez en mi mente. Cada vez que cierro los ojos, los veo luchando por sus vidas, sus gritos ahogados por el agua salada. La culpa me corroe por dentro, como un gusano devorando lentamente mi alma.

Cuando llegamos a tierra, no se molestan en decirme siquiera dónde estamos. Tampoco pregunto. Es una isla paradisíaca poco habitada, con playas de arena blanca y palmeras que se mecen suavemente con el viento. Sin embargo, bajo esa apariencia idílica, se esconde una sensación de peligro y opresión. Da la sensación de que Ojo de Cristal se ha hecho con ella, convirtiéndola en su propio reino de terror.

Me llevan a una pequeña cabaña al borde del acantilado. Desde allí puedo ver el barco anclado en la bahía, y más allá, el mar infinito.

Los días pasan y la rutina se instala. Me encargo de limpiar y cocinar para Ojo de Cristal y sus hombres mientras se preparan para el gran viaje. Quieren llevar tantos navíos como puedan, de manera que puedan transportar todo el tesoro.

En una ocasión, mientras sirvo vino, Edward Ojo de Cristal me coge del brazo.

—Te verías mucho más bonita si sonrieras un poco —me sugiera con una sonrisa que no me gusta en absoluto. Yo lo ignoro pero le sostengo la mirada—. Tómame un trago. Te ayudará a relajarte.

Niego con la cabeza. No quiero nada de lo que me ofrece. Su mirada se oscurece, y siento un escalofrío recorrer mi espalda.

—Te recuerdo que eres mi esclava, y las esclavas hacen lo que se les manda —dice, su voz tomando un tono amenazador.

Antes de que pueda reaccionar, me agarra de la cintura, me sienta sobre su regazo y me besa con fuerza. Sus labios son ásperos y fríos, y su aliento huele a ron y a tabaco. Me siento asqueada, como si estuviera comiendo algo podrido.

Lucho por liberarme, pero él es demasiado fuerte. Sus manos recorren mi cuerpo con una familiaridad repulsiva. Cuando finalmente me suelta, estoy temblando de miedo y rabia. Me levanto de un salto y me alejo de él lo más rápido que puedo mientras el resto de sus hombres aplauden y se ríen, como si fuera un espectáculo divertido.

Por suerte, eso es todo lo que ha llegado a tocarme durante mi estancia. La cual pronto llega a su fin. Los hombres de Ojo de Cristal ya se han reunido en la playa, sus rostros bronceados por el sol y sus ojos llenos de una salvaje alegría. Han preparado varios barcos, sus velas hinchadas por el viento. Ha llegado el momento de partir.

Me encuentro en mi habitación, probablemente tendría que estar recogiendo mis pertenencias pero resulta que no tengo ninguna. Lo único que me han dado son vestidos incómodos que revelan demasiado mi escote.

Cuando, de repente, la puerta se abre de golpe y se cierra sin previo aviso. Seguidamente unas manos fuertes y curtidas me tapan la boca para evitar que grite. Mi corazón se acelera como un tambor loco. Entro en pánico. Pataleo y araño sin miramientos hasta que escucho una voz familiar que me detiene en seco:

—¡Para, para! ¡Eleanor, soy yo! —dice Sebastian.

Lo miro fijamente, mis ojos escudriñando su rostro a la luz de la luna que se filtra por la

ventana. Pestaño tres veces, como si quisiera despertar de esta pesadilla. ¿Me he vuelto loca? ¿Estoy empezando a delirar por fin? Coloco una mano en su pecho, puedo sentir los latidos acelerados de su corazón. Puedo sentir su calor. Su mano se coloca sobre la mía y me aprieta con fuerza.

—¿Sebastian? —digo en un hilo de voz, mi voz ronca por el miedo y la sorpresa.

Él sonríe. Esa sonrisa encantadora y embaucadora que me vuelve completamente loca.

—Hola, rubita.

—¿Te creí muerto... Tú y... ¿Evelyn y Anne? —exclamo subiendo la voz, la incredulidad inundándome.

Él me hace una seña para que me mantenga en silencio.

—Están bien. Estamos todos bien —me asegura, su voz suave como una caricia.

Sigo tocando su pecho, sintiendo los músculos tensos bajo su ropa. No tiene ningún sentido, pero está aquí de verdad.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, mi voz temblorosa.

Sebastian deja salir un soplo.

—¿A ti qué te parece? He venido a buscarte —dice, y me aparta un mechón del rostro para colocarlo detrás de mi oreja. Sus dedos rozan mi piel, enviando un escalofrío por mi cuerpo—. Dime... ¿alguien te ha tocado? —pregunta entonces, la calma en su voz escondiendo una amenaza mortal.

Yo trago saliva. No debería ser así, pero me encanta cuando se muestra territorial conmigo. Incluso cuando... espera.

Le aparto la mano de un manotazo.

—¡Me entregaste a él! ¡Básicamente le diste permiso para que me hiciera suya delante tuyo!

La sonrisa se le borra de la cara con la misma facilidad con la que se enciende el fuego.

—Habría matado a cada hombre del barco antes de permitir que te llevara con él. Pero tuviste que abrir tu preciosa boquita, tuviste que contarle lo de la brújula.

—¡Quería acostarse conmigo! —digo como si no fuera razón suficiente—. ¡Y tú no ibas a hacer nada al respecto!

—Tenía un plan. Íbamos a sacarte de ahí, sana y salva. Pero tuviste que estropearlo todo.

Sus palabras me hacen dudar. Esta explicación tiene más sentido, pero aún así...

—¿Y cómo demonios iba yo a saberlo? —digo todavía enfadada, mi voz cargada de resentimiento.

Él suspira exasperado, como si estuviera harto de mis preguntas.

—No podías, pero si hubieras confiado en mí, aunque fuera solo un poco...

—Ya, claro. Porque me has dado muchos motivos para confiar en ti —digo sin creer lo que estoy escuchando. Mi tono es sarcástico, pero por dentro siento un nudo en el estómago.

—En realidad sí, pero no has sabido verlo. Eso no es problema mío.

—¿Saber verlo? —exclamo incrédula—. ¿Tienes trece años? Esto no es un juego de niños, si hay algo que quieras decirme, ¡dímelo!

Sebastian tensiona la mandíbula y mi corazón se detiene un momento, preparándome para lo que sea que le pone tan nervioso. Pero no dice nada, en vez de eso, me rodea la cintura y me atrae hacia él. Después me besa con una dulzura de lo más impropia de él, pero que logra que me tiemblen las piernas. Cuando se separa de mí, ni siquiera recuerdo por qué estábamos discutiendo.

—Vamos, cuando antes salgamos de la Isla Media Luna, mejor. Este no es un lugar seguro para nadie —dice, sus labios todavía pegados a los míos.

Sin embargo, algo en sus palabras llama mi atención.

—¿Dónde dices que estamos? —pregunto, la cabeza martilleándome sin razón.

—En la Isla Media Luna —repite, como si fuera lo más obvio del mundo.

El nombre me resulta familiar, algo extraño teniendo en cuenta que no he oído hablar de ninguno de los lugares de este mundo en el que he aparecido. Pero entonces lo recuerdo. Estaba en casa de mi abuela. Recuerdo haber encontrado el cofre con la brújula, y al tocarla... Una oleada de recuerdos me inunda. Recuerdo una luz cegadora que lo envolvió todo, un sonido agudo que resonó en mis oídos y la sensación de estar cayendo por un precipicio sin fin. Y entre todo el barullo, a mi abuela. Estaba demasiado conmocionada para prestarle atención, mucho menos para recordar sus palabras. Pero ahora me acuerdo.

“—¡El manantial! ¡En la Isla Media Luna!”, me había dicho, su voz llena de urgencia y miedo.

Las manos de Sebastian vuelven a sujetarme mientras me zarandea para traerme de vuelta de mis pensamientos.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —me pregunta con urgencia, su voz cargada de preocupación.

Yo lo miro, mi corazón late desbocado. La verdad se revela ante mí, como un rompecabezas que por fin encaja.

—¿Sabes si hay algún manantial en esta isla? —pregunto en voz baja, como si temiera la respuesta.

Él me observa atónito, sin comprender por qué seguimos hablando en vez de apresurarnos a escapar.

—La Isla Media Luna es famosa por ello. Antaño era un lugar sagrado, se decía que su manantial podía curar a la gente, volverla inmortal —me explica deprimida, sus ojos brillando de emoción—. Pero algunos de los que se han atrevido a sumergirse en sus aguas no han vuelto a salir nunca.

Mi mente trabaja a toda prisa. ¿Un manantial mágico que hace desaparecer a la gente? Creo que ese va a ser mi destino. Pero, ¿cómo llego allí?

Miro de nuevo a Sebastian. Me fijo en su mirada, en las facciones de su rostro, en el calor que emanan sus manos sobre mis hombros. En lo mucho que voy a añorar sus besos.

—Tengo que contarte algo, y necesito que me creas. —Mi voz tiembla ligeramente, pero intento mantener la calma.

Inhalo profundamente y empiezo a contarle la verdad sobre mí, de dónde vengo en realidad. Le hablo de mi mundo, de mi familia, de la brújula y de cómo me transporté al tocarla.

Veo cómo sus ojos se agrandan a medida que escucho mi historia, como si estuviera intentando procesar tanta información. Pero no me juzga, simplemente me escucha con atención.

Cuando termino de hablar, se queda en silencio unos segundos. Yo dejo que se tome su tiempo para asimilar mis palabras. Al fin y al cabo, si hubiera sido al revés, yo no me hubiera creído una sola palabra.

—Esto explicaría muchas cosas —dice entonces Sebastian, su voz grave y pensativa—. La forma en la que te encontré, tu osadía al hablar... ¿Pero por qué la brújula terminó en tus manos? ¿Y cómo sabía tu abuela lo que debes hacer para volver?

Yo me encojo de hombros. No tengo respuestas para esas preguntas que también me he hecho yo.

—Mi abuela siempre fue muy misteriosa —digo, tratando de recordar algún detalle que pueda ayudarnos—. Solía contarme historias de piratas, de aventuras y magia. Siempre creí que se debía a su imaginación pero ahora... —Mi voz se quiebra, la realidad de la situación

comenzando a calar en mí—. Ahora creo que sabía más de lo que nunca nos contó.

Mis palabras quedan interrumpidas por un grito que resuena por la fortaleza de Ojo de Cristal. De repente, recuerdo dónde me encuentro y que Sebastian ha acudido a rescatarme. Debemos irnos ya.

Sebastian me toma de la mano con fuerza y tira de mí hacia la salida de la habitación. Corremos por los pasillos oscuros y húmedos de la fortaleza, el eco de nuestros pasos retumbando en las paredes de piedra. Nos ocultamos en las sombras, deslizándonos entre la multitud de piratas que patrullan los corredores. Por un momento, pienso que vamos a conseguirlo, que vamos a escapar sin ser vistos. Pero entonces llegamos a un callejón sin salida.

Es un pasillo estrecho, mal iluminado, y húmedo. Veo a Sebastian tantear la pared con las manos, sus dedos deslizándose por las rugosas piedras. Le ayudaría, pero no comprendo del todo lo que está haciendo. Después de varios minutos de búsqueda infructuosa, Sebastian encuentra una pequeña palanca oculta entre las raíces de un árbol que se han colado entre las grietas de la pared. Es como si la naturaleza misma estuviera conspirando para ayudarnos a escapar. Con un esfuerzo, la levanta y una sección de la pared se desliza hacia un lado, revelando una estrecha abertura.

—Después de ti —me dice, su voz apenas un susurro, ofreciéndome la mano.

Entramos en un túnel oscuro y húmedo, el aire cargado de un olor a humedad y a algo más... a algo podrido. El sonido de nuestras pisadas sobre las piedras resuena en la oscuridad, amplificando cada latido de mi corazón.

—¿Seguro que es por aquí? —digo, mi voz temblorosa, la ansiedad acumulándose en mi pecho. El túnel parece interminable y la oscuridad es cada vez más opresiva.

—¿Por dónde te crees que he entrado? Vamos —me apremia, tirando de mi mano con más fuerza. Sé que está tratando de mantener la calma, pero puedo sentir su tensión.

Avanzamos a tientas, nuestras manos rozando las paredes frías y húmedas. De vez en cuando, un murciélago sale volando de su escondite, aleteando frenéticamente a nuestro alrededor. El sonido de nuestras respiraciones se mezcla con el eco de nuestros pasos, creando una sinfonía de miedo y desesperación.

El túnel oscuro se abre de golpe, revelando un claro de luna que ilumina una pequeña cala. El mar se agita suavemente contra las rocas, y el aire salado llena mis pulmones. Por un instante, la belleza del paisaje me distrae del peligro que nos acecha. Pero esa sensación de calma se desvanece rápidamente cuando un silbido agudo corta la noche.

Antes de que pueda reaccionar, Sebastian ya ha desenvainado su espada. La luz de la luna refleja el frío metal, brillando como un ojo vigilante. Frente a nosotros, Ojo de Cristal y una docena de sus hombres nos cierran el paso.

Capítulo 20

El líder pirata, con su ojo de cristal reluciendo como una gema maldita y las cicatrices que cruzan su rostro como garras de algún animal salvaje, sonrío con una crueldad que me hiela la sangre. Su voz, ronca y cavernosa, resuena en el pequeño claro.

—Te daba por muerto —espeta hacia Sebastian, su mirada fija en el joven. Yo gruño, recordando cómo los había lanzado a los tiburones. La imagen de esos enormes monstruos nadando en las oscuras aguas me produce un escalofrío— Oh, no me mires así. Sobrevivió, ¿o no? Además, ahora sabemos que le importabas tanto como yo creía. Puede que incluso más, teniendo en cuenta lo idiota que ha sido al meterse en mi guarida.

Se vuelve hacia sus hombres, su sonrisa ensanchándose.

—¿Qué me decís, chicos? —empieza a hablar como si no estuviéramos delante, como si fuéramos simples insectos a los que aplastar— ¿Creéis que la brújula funcionará aunque no le lata el corazón?

Un escalofrío recorre mi espalda. Mi vida corre peligro.

Uno de sus súbditos, un hombre corpulento con una cicatriz que le cruza el rostro de oreja a oreja, se ríe a carcajadas.

—Podemos cortarle una mano y probarlo con ella —dice con una sonrisa macabra, dejando al descubierto una hilera de dientes amarillentos.

Ojo de Cristal asiente, divertido. Después da la orden de ataque. Sus hombres avanzan hacia nosotros, espadas en mano, sus caras distorsionadas por la ira y la sed de sangre.

Sebastian se coloca frente a mí, protegiéndome con su cuerpo.

—No te tocarán. No lo permitiré —me susurra, sus ojos llenos de determinación.

Siento un nudo en la garganta. Nunca había visto a Sebastian tan serio, tan decidido.

La batalla comienza. Espadas chocan, el metal resuena contra el metal. Los gritos de los hombres se mezclan con el rugido del mar. Me quedo paralizada, observando la escena con horror. No sé qué hacer, solo puedo rezar para que Sebastian salga ileso.

De repente, siento un fuerte tirón en mi brazo. Alguien me ha agarrado. Me giro y veo a uno de los piratas, un hombre corpulento con una cicatriz que le cruza la cara.

—¡Tú vienes conmigo, niña! —ruge el pirata, su voz retumbando como un trueno en el pequeño claro.

Me agarra con fuerza, sus dedos clavándose en mi brazo. Lucho con todas mis fuerzas, pero es como intentar mover una montaña. El hombre es un coloso, fuerte como un oso. Justo cuando estoy a punto de perder la esperanza, siento un foganazo de acero frío atravesando su cuerpo. Me vuelvo y veo a Sebastian, su espada aún clavada en el pecho del pirata. Sus ojos brillan con una intensidad que me asusta.

Con un rugido salvaje, como el de una bestia herida, se abalanza sobre los otros piratas. Sus movimientos son rápidos y precisos, cada golpe certero. Es como si hubiera nacido para esto, para la batalla. Uno a uno, los piratas caen rendidos ante su furia. La sangre mancha la arena, tiñéndola de un rojo intenso.

Cuando solo queda Ojo de Cristal, el líder pirata se levanta del suelo, sacudiéndose la sangre de la espada. Su ojo de cristal brilla con una luz siniestra.

—Siempre supe que llegaría el día en el que nos enfrentaríamos, hijo —dice Edward Ojo de Cristal, su voz ronca y llena de veneno.

Las palabras del pirata me dejan helada. ¿Hijo? ¿Sebastian es su hijo? Observo a mi salvador de reojo y puedo ver la ira crispando su mirada. Su mandíbula se aprieta, sus venas se hinchan en el cuello.

—¡Tú no eres mi padre! —ruge Sebastian, su voz desgarrada por la ira y el dolor. La espada vibra en su mano, un prolongamiento de su furia. —Nunca lo fuiste.

Ojo de Cristal se ríe, una risa burlona que me pone los pelos de punta. Es una risa fría y calculadora, la risa de un hombre que ha visto morir a muchos y que no tiene miedo a la muerte.

—Puedes negarlo cuanto quieras, pero mi sangre corre por tus venas.

Un silencio sepulcral se cierne sobre el claro mientras los dos hombres se miran fijamente, sus ojos llenos de odio. El único sonido es el crepitar de las llamas que consumen el cuerpo de uno de los piratas caídos, un espectáculo macabro que parece reflejar la oscuridad que habita en sus almas. El viento susurra entre los árboles, como si la propia naturaleza contuviera la respiración ante la escena que se desarrolla a nuestros pies.

Y, entonces, de repente, Sebastian se abalanza sobre Ojo de Cristal. Las espadas chocan una vez más, pero esta vez la lucha es más personal, más visceral. Cada golpe es un grito de rabia, un intento de liberar años de dolor y resentimiento. Las espadas se cruzan en un baile mortal, dejando tras de sí un rastro de chispas y gruñidos guturales. La tierra tiembla bajo sus pies, y el aire se llena de un olor a hierro y a sudor.

Yo observo la escena, incapaz de moverme. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, como un tambor marcando el ritmo de la batalla. Siento una mezcla de terror y fascinación. Nunca había visto algo así, una lucha tan intensa, tan llena de odio y de pasión.

En un movimiento rápido, Sebastian logra desarmar a Ojo de Cristal. La espada del pirata cae al suelo con un tintineo metálico, silenciando el clamor de la batalla por un fugaz instante. Por un momento, creo que todo ha terminado. Pero entonces, Ojo de Cristal, con la agilidad de una serpiente herida, saca un puñal de su bota y se lo clava a Sebastian en el costado.

Un grito ahogado escapa de mis labios mientras mi mente se nubla al ver la cantidad de sangre que empieza a manchar la camisa de Sebastian. Algo dentro de mí se rompe en mil pedazos. Mi cuerpo se mueve por instinto, impulsado por una roca primigenia. Avanzo hacia ellos, mis pies arrastrándose por la tierra, y recojo una piedra del suelo. Con todas mis fuerzas, la lanzo contra la cabeza de Edward Ojo de Cristal. El hombre cae al suelo, aturdido, pero no inconsciente.

—Elea... —me llama Sebastian, su voz débil y ronca. Se lleva una mano al costado, presionando la herida para intentar detener la hemorragia. Me ofrece el puñal ensangrentado que hace unos instantes se encontraba clavado en su cuerpo.

Mis manos tiemblan incontrolablemente mientras lo sujeto. Edward me mira con ojos vidriosos, como si acabara de despertar de una pesadilla. Si tardo más en hacerlo, podría recuperar la conciencia y reanudar el ataque. No lo pienso más. Con un movimiento rápido y decidido, clavo el puñal en el cuello de Ojo de Cristal.

El cuerpo del pirata se desploma sin vida, manchando la arena con una nueva mancha de sangre. Un silencio sepulcral envuelve el claro, interrumpido solo por el sonido de las olas rompiendo contra las rocas y el débil jadeo de Sebastian. Me arrodillo a su lado, presionando la herida con todas mis fuerzas. La brisa marina acaricia mi rostro, salada y húmeda, pero no logra disipar el hedor a sangre y muerte que impregna el aire.

—Ni se te ocurra morirte —le amenazo, las lágrimas empañando mi visión.

Sebastian me sonrío débilmente, sus ojos verdes brillando como dos esmeraldas en la penumbra.

—Eso no sería nada divertido, ¿verdad? —susurra, su voz apenas un susurro.

Sigo presionando la herida, pero la sangre parece tener vida propia, resbalando entre mis dedos. Mi cerebro trabaja a mil por hora, buscando una solución. Entonces, acude a algo desesperado.

—Sebastian, mírame —digo, forzando una sonrisa—. El manantial, ¿sabes llegar a él?

Él asiente con la cabeza, su rostro pálido como la luna. Con un esfuerzo sobrehumano, lo ayudo a levantarse. Cojeando, nos adentramos en la selva, siguiendo un sendero apenas visible. Las raíces de los árboles se enredan en nuestros pies, y las ramas nos arañan la piel, pero seguimos adelante. No podemos detenernos.

La selva se cierra sobre nosotros como una boca hambrienta. La espesa vegetación, impenetrable y oscura, parece querer engullirnos. Con cada paso, Sebastian se debilita más. Su respiración se hace cada vez más agitada y sus piernas tiemblan. Y su piel... Oh, Dios, está muy pálido.

Finalmente, tras unos minutos que se estiran en una eternidad insoportable, vislumbro un destello de luz entre las hojas. El manantial. Un pequeño oasis en medio de la jungla, un círculo de agua cristalina rodeado de rocas y vegetación exuberante, su visión es un milagro en este infierno verde. El sonido del agua burbujeando es como una melodía celestial para mis oídos.

—¡Vamos, un poco más! —le apresuro, arrastrándolo a través de la última maraña de enredaderas.

Sebastian deja escapar una risa débil, un sonido tan frágil que casi se pierde entre el murmullo de la selva.

—Cuidado, o pensaré que has dejado de detestarme —dice con una media sonrisa que apenas disimula su sufrimiento.

Bufando, tiro de él con renovada determinación.

—Sigo detestándote —le aseguro, el tono mordaz apenas oculta mi preocupación—. Eres la persona más insufrible que he conocido nunca. Y si te mueres en mis brazos, no te lo perdonaré jamás.

Sebastian vuelve a reírse. Y luego, cierra los ojos.

Capítulo 21

—¡No, no, no! ¡No! —exclamo desesperada al sentir cómo todo su peso se desploma sobre mí.

Pero no pienso rendirme, no ahora que estamos tan cerca. Con un último esfuerzo, arrastro el cuerpo inerte de Sebastian hasta el borde del manantial. Lo apoyo suavemente en una roca, mientras el agua fría y cristalina nos envuelve en una bruma refrescante. Con manos temblorosas, desato su camisa, revelando una herida que parece devorar su carne. Sumerjo mis manos en el agua helada y las aplico sobre la herida, dejando que el líquido milagroso penetre en la piel lacerada.

Lo observo con detenimiento, mi corazón latiendo como un martillo en mi pecho. La luz del sol empieza a filtrarse a través del follaje, bañando su rostro pálido con una luz dorada. Pero no ocurre nada.

—¡Vamos, vamos! —suplico, repitiendo el proceso una y otra vez. Mis manos se entumescen, pero no cedo.

Una parte de mí, la que se aferra a la esperanza, cree que el manantial es mágico de verdad. Que si es cierto que puede ofrecer la inmortalidad, también debe tener propiedades curativas. Pero la otra parte de mí, la que todavía cree que todo esto es un sueño, me dice que el manantial no tiene nada de especial. Que la herida de Sebastian es demasiado grave y que, por más que lo intente, no hay nada que pueda hacer para salvarlo.

No puedo respirar. Mi pecho se oprime, como si una mano invisible me estrangulase. Observo su rostro, inmóvil, pálido. Su pecho ha dejado de moverse.

Las lágrimas me nublan la vista. Sebastian está muerto. Y es mi culpa.

Me derrumbo sobre él, abrazando su cuerpo sin vida. Siento un frío horrible recorrer mi espalda, la humedad de la tierra y el olor a musgo y hojas podridas. Pero nada de eso importa. Solo importa él. Solo importa el vacío que siento en mi interior.

Pero entonces, siento una caricia en mi espalda. Baja hasta mi trasero y me lo estruja con fuerza. Abro los ojos, asustada. Sebastian me está mirando, una sonrisa débil curvando sus labios.

—Si me das unos minutos podemos retomar como es debido —susurra mientras me lanza una mirada divertida.

Mi corazón se acelera con fuerza. ¿Está vivo? ¿Cómo es posible? Ignoro sus palabras y toco su herida, esperando encontrar alguna señal de sangre. Pero la herida está completamente cerrada, como si nunca hubiera existido.

—¿Cómo...? —balbuceo, incapaz de articular una pregunta coherente.

Sebastian se encoge de hombros.

—Supongo que el manantial sí que tiene poderes curativos después de todo.

Lo miro, incrédula y maravillada.

—Creí que te había perdido —susurro, con la voz quebrada por la emoción. Y entonces, sin poder contenerme, me lanzo a sus brazos y lo beso entre lágrimas.

Sebastian me devuelve el beso con suavidad, sus labios cálidos contra los míos, llenos de vida. Nos separamos lentamente, y lo miro a los ojos, sintiendo una mezcla de alivio y alegría indescriptible.

—Ese habría sido un final terriblemente aburrido —dice con una sonrisa, recuperando poco a poco el color. Su voz, aunque débil, tiene esa misma chispa que siempre lo ha caracterizado.

Un grito agudo me devuelve a la realidad. El sonido de ramas crujiendo y voces lejanas rompe la calma que habíamos creado. Tenemos que salir de aquí. Ahora que Ojo de Cristal está muerto, sus hombres nos perseguirán hasta vengar su muerte. Aquí no estamos seguros.

—Vamos, tenemos que irnos ya —digo poniéndome en pie, la adrenalina inundando mis venas.

Pero Sebastian me detiene, sujetándome del brazo. Yo lo miro extrañada.

—Eleanor —dice mi nombre como si le doliera hacerlo, y entonces mira hacia el manantial—. No sé cuándo tendrás otra oportunidad.

Comprendo entonces lo que me está diciendo. Estaba tan absorta en la recuperación de Sebastian que apenas he pensado en lo que significa este lugar para mí.

—Puedo volver a casa —susurro, pero entonces vuelvo mi mirada a él—. ¿Me estás dando la libertad?

Sebastian tensa la mandíbula. Sus ojos, normalmente tan fríos y calculadores, ahora reflejan un tormento que nunca antes había visto en ellos.

—Nunca debería habértela arrebatado —dice, y sus palabras me sorprenden. Me recoge un mechón de la cara y me lo coloca detrás de la oreja con dulzura—. Siento haberte hecho pasar por todo esto.

Una disculpa. Estoy recibiendo una disculpa del temido Sebastian Fane, capitán de la Sirena Negra.

—Y yo siento haber matado a tu padre —digo, aunque no lloraré su muerte.

Sebastian sonrío y se me parte el alma.

—Está bien, lo habría hecho yo mismo si no te me hubieras adelantado... —trata de bromear, pero yo lo acallo besándolo de nuevo.

Cuando nos separamos, tengo lágrimas en los ojos. Él me las limpia con el pulgar y yo cierro los ojos.

—Es una locura y una soberana tontería, pero creo que me estoy enamorando de ti —confieso de repente, mi voz apenas un susurro en el aire denso de la noche. Hay demasiadas cosas que quiero decirle, pero el tiempo parece haberse detenido, y las palabras se amontonan en mi garganta como nudos.

—Bien, me alegra saber que no soy el único idiota aquí —dice él, su voz ronca y llena de emoción—. Ahora, debes irte —añade, poniéndose en pie y tendiéndome una mano.

Yo lo sigo temblorosa, mis piernas apenas sosteniéndome. Su toque es cálido, reconfortante, y me cuesta soltarlo. ¿De verdad voy a volver? A la normalidad de mi vida, a la seguridad monótona y predecible.

Lentamente, me coloco en la orilla del manantial, sintiendo una extraña mezcla de esperanza y melancolía. Es como si una parte de mí se quedara atrás, arrastrada por la fuerza de la corriente invisible de este lugar mágico.

Levanto un pie, dispuesta a meterme en el agua, pero me detengo en el último momento al recordar algo crucial.

—¿Qué hay del tesoro de Lyra? —digo, volviéndome hacia él con preocupación—. Me necesitas para encontrarlo.

Sebastian niega con la cabeza, su mirada suave y decidida.

—Nos apañaremos —me asegura con una sonrisa que trata de ser tranquilizadora.

Yo asiento lentamente y vuelvo mi atención al manantial. Sus aguas cristalinas parecen llamarme, una promesa de retorno y de paz. Hago otro intento para meterme en el agua, pero esta vez, unas manos fuertes me detienen. Sebastian me da la vuelta bruscamente y me atrapa con sus

labios en un beso desesperado, hambriento, como si quisiera llevarse una parte de mí con él.

Cuando se separa, sus ojos brillan como una tormenta.

—No estaba preparado —susurra, su voz temblando—. Lo siento.

Me quedo inmóvil, sintiendo como si una parte de mí se estuviera desgarrando. Su beso me ha dejado aturdida, mi corazón latiendo con fuerza. Pero debo hacerlo, es lo correcto. No pertenezco a este lugar, por más que mi corazón quiera aferrarse a él.

Con un último vistazo a Sebastian, me sumerjo en el agua del manantial.

Capítulo 22

El oleaje me da náuseas mientras hago todo un esfuerzo por no ahogarme. Trato de no pensar en todas las criaturas que habitan bajo el mar, en los tiburones que sé que hay. Pataleo como una niña, tratando con todas mis fuerzas de mantenerme a flote. Es una imagen ridícula.

El agua salada me rodea, su sabor amargo llenando mi boca mientras lucho por respirar. Cada ola me arrastra y empuja, mis músculos arden con el esfuerzo. Mi mente es un torbellino de pensamientos, pero uno se destaca entre todos: no debería estar aquí.

El cielo gris sobre mí está cubierto de nubes amenazantes, y el viento sopla con una fuerza implacable. Estoy en medio de un océano infinito, mis fuerzas menguando con cada segundo que pasa. El miedo se apodera de mí, un frío que me atraviesa hasta los huesos.

Pero entonces unas manos fuertes y seguras me rodean la cintura, ayudándome a mantenerme a flote. Me ayuda a nadar, o a intentarlo, por lo menos, hasta que llegamos al inmenso navío. La bandera negra con la imagen de la sirena nunca deja de sorprenderme.

Nos tiran unas cuerdas y Sebastian me la ata alrededor de la cintura y de las piernas. Después se engancha a ella y ordena que nos suban.

—Recuérdame que te enseñe a nadar, es patético verte en el agua —escupe molesto entre jadeos.

Yo lo fulmino con la mirada pero no digo nada, he tragado demasiado agua para discutirle. Cuando llegamos a cubierta, Evelyn me recibe junto al curandero del barco. El resto de la tripulación se acerca nosotros entre vítores y aplausos por la misión exitosa.

—No sé cómo lo habéis hecho, pero habéis vuelto de una sola pieza —dice Evelyn sin dejar de examinarme.

Sebastian y yo compartimos una mirada discreta. Si supieran realmente lo que ha ocurrido, probablemente no nos creerían. Me ayudan a levantarme y lanzo una mirada hacia la isla, donde dejo atrás mi oportunidad de volver a casa.

Lo he intentado. Pero cuando el agua me llegaba por la cintura, cuando sentí el tirón... Me inundó el pánico. No quería volver. Lo que quería era quedarme aquí, por muy poco sentido que tenga.

Siento la mirada de Sebastian sobre mí, sé que piensa que me voy a arrepentir de mi decisión. Me lo ha hecho saber durante todo el camino. Y es posible que sea así. Pero siento que mi historia no ha terminado, no quiero termine. He elegido quedarme, y el futuro es incierto, pero es mío.

—¿Y ahora, capitán? ¿Cuál es nuestro rumbo? —pregunta uno de los marineros, mirándonos con expectación.

Sebastian sonrío, me mira y me ofrece la brújula que le ha arrebatado a su padre en algún momento de la noche. Yo ni siquiera me he dado cuenta.

Me acerco a él y la cojo entre mis manos. La aguja se vuelve loca un momento, y después se detiene en seco, señalando al noreste.

—Ese es nuestro rumbo —digo con firmeza, sintiendo una ola de determinación y libertad.

Los marineros asienten, confiados, y comienzan a prepararse para el viaje. Sebastian me mira, una sonrisa traviesa curvando sus labios.

—¿Así que tú das las órdenes ahora? —bromea Sebastian, acercándose más a mí, su mirada chispeante de diversión y deseo.

—Alguien tiene que hacerlo —respondo, devolviéndole la sonrisa mientras paso a su lado, dirigiéndome hacia su camarote.

El camarote del capitán es un refugio de madera oscura y mapas desplegados, donde la brisa del mar se mezcla con el aroma salado que nos envuelve. Cierro la puerta detrás de nosotros, y la intensidad del momento nos arrolla. Los ruidos del barco y de la tripulación se desvanecen, dejándonos en una burbuja de deseo y urgencia.

Horas más tarde, con el barco ya en marcha, Sebastian y yo nos tomamos un descanso de nuestras responsabilidades para aliviar todo el estrés acumulado. El viaje ha sido agotador y peligroso, pero ahora, en este instante, solo existimos nosotros dos.

Lo tengo a mis pies, sus manos firmemente sujetando mis muslos mientras su lengua obra magia en mí. Cada movimiento suyo me lleva al borde de la locura, y mis gemidos se mezclan con el sonido del oleaje contra el casco del barco. Gimo su nombre sin ningún tipo de control, mis dedos enredándose en su cabello oscuro, tirando de él en un intento de anclarme a la realidad.

La intensidad del orgasmo me arrolla como una tormenta, dejándome sin aliento y temblando. No me da tiempo a recuperarme antes de que se coloque sobre mí, sus ojos ardientes de deseo. Con una embestida poderosa, se adentra en mí, y un grito ahogado escapa de mis labios.

—Eres mía, Eleanor —murmura, su voz ronca y llena de promesas que envuelven cada palabra.

—Y tú eres mío, Sebastian —respondo, sintiendo cada fibra de mi ser vibrar con esa verdad.

Nuestras pieles se funden, nuestras almas se entrelazan. Es como si hubiéramos estado esperando este momento toda la vida. Y aunque sé que esto es solo el principio, una pequeña muestra de lo que está por venir, no puedo evitar sentir un cosquilleo de anticipación. Sobre todo, porque el tesoro de Lyra nos espera, una promesa de aventuras que nos llevará más allá de nuestros sueños más salvajes.



Nesperia

*Archipiélago de los
Montes Perdidos*

Arandale

Verdant

*Isla
Mecha Luna*

Zephyria

Meridell

Caldaroc

*Isla
Esmeralda*

*Isla
Coral*

*Isla
Delfin*

*Monte
Santo*

*Monte
Frente*

*Monte
Santo*

*Monte
Pauzante*

